

# minotauro

fantasía y ciencia - ficción



The Magazine of Fantasy and Science Fiction

6

# minotauro

## fantasía y ciencia-ficción

Richard McKenna	REGRESA, CAZADOR	3
Arthur C. Clarke	SUPERIORIDAD	40
John Anthony	EL HIPNOGLIFO	50
Jane Beauclerk	SERVIMOS A LA ESTRELLA DE LA LIBERTAD	59
Isaac Asimov	¿QUIÉN ESTÁ AHÍ?	73
Zenna Henderson	POTAJE	82
A. E. van Vogt	PROCESO	112
Terry Carr	AMIGO SALTADOR	119
	Editorial	2

Cubierta de Juan Esteban

6

*Minotauro. Fantasia y Ciencia-Ficción. N° 6. Julio-Agosto de 1965. Publicación bimestral. Editor responsable: Ediciones Minotauro S. R. L. Administración: Humberto I, 545, Buenos Aires. Redacción: Alsina 500, Buenos Aires. Director: Ricardo Gassey. Edición en castellano de The Magazine of Fantasy and Science Fiction, por acuerdo especial con Mercury Press, Inc. New York, U. S. A. Queda hecho el depósito que previene la ley. © 1965 Ediciones Minotauro. Registro de la Propiedad Intelectual N° 824.509. Se terminó de imprimir el día dos de agosto de mil novecientos sesenta y cinco en los talleres gráficos de la Compañía Impresora Argentina, S. A., calle Alsina 2049, Buenos Aires.*

## Editorial

*"Un día el hombre dejará la Tierra —ha escrito Charles-Noël Martin— y poco importa que ese día se retrase. Pues ese retraso no será nunca más que un instante en la infinitud del tiempo cósmico. Lo que importa es el contacto entre esta humanidad aun tan ignorante y lo que encontrará ineludiblemente en los azares del camino. Cuando los representantes del hombre lleguen a los mundos interestelares de los brazos galácticos se encontrarán allí ante estructuras evolutivas tanto o más complejas que las del mundo terrestre... La extensión espacial y la extensión temporal son infinitas. Los mundos de la evolución astrofísica se renuevan casi continuamente... Podríamos afirmar, en verdad, que todo es posible, y que todo existe..."*

*En este número aniversario Minotauro presenta una serie de relatos que tienen un tema o un elemento común verosímil y actual, aunque meramente hipotético desde el punto de vista del hombre de ciencia: la vida en o de otros mundos. El profesor Sagan (véase el artículo de Asimov en estas mismas páginas) examina las probabilidades de que haya vida en otros planetas, y se detiene ahí. Para Richard McKenna, Zenna Henderson, Jane Beauclerk, John Anthony, Terry Carr, los otros mundos habitados permiten ante todo cualquier experimento de estilo y de técnica, y la libre expresión de cualquier idea heterodoxa en el examen de las relaciones y problemas humanos. Los otros mundos habitados son mundos posibles, la ciencia-ficción misma, y (de acuerdo con la definición de John W. Campbell) "espacio para pensar y moverse".*

*Richard McKenna nació el 9 de mayo de 1913. Tenía 36 años cuando descubrió que deseaba ser escritor, 40 cuando empezó a estudiar en la Universidad de Carolina del Norte, 44 cuando vendió su primer cuento, y 49 cuando publicó su notable novela Los granos de arena, premio Harper, recuerdo de sus años de marino. Dos años después, el 1º de noviembre de 1964, murió mientras dormía, de un ataque al corazón. En una nota autobiográfica, había escrito: "Espero vivir cien años y escribir algo todos los días". Regresa, cazador narra un conflicto épico entre dos culturas humanas, y entre el hombre y una extraña forma de vida.*

## REGRESA, CAZADOR

*Richard McKenna*

EN ESTE PLANETA LOS MALDITOS árboles son inmortales, decían los recién llegados, de mal humor. No había madera para el fuego y tenían que quemar pirolene con fragmentos de tallos verdes. Roy Craig, inclinado sobre la hoguera, calentaba un humeante caldo de venado y pensaba que hubiese sido mejor utilizar la cocina eléctrica de la nave. Pero los recién llegados eran todos marcas rojas y querían encender hogueras al aire libre y tenían razón, por supuesto.

Cuatro de ellos estaban sentados frente a Craig, del otro lado del fuego, hablando a gritos y gargando perdigones explosivos. Estaban vestidos con trajes azules de faena y tenían un punto

rojo tatuado en la frente. Bork Wilde, el nuevo jefe de campo, los miraba con atención. Era un hombre alto y de facciones rudas, y tenía dos puntos rojos en la frente. Craig no tenía nada en la frente, excepto unas pecas, pues nunca se había sometido a la prueba mordiniana de masculinidad, y a pesar de que medía un metro ochenta de altura se sentía como un chico entre hombres. Era el único sin puntos en aquella cuadrilla de marcas rojas y ahora le encomendaban todas las tareas menores. No se sentía muy contento.

La cuadrilla de seis hombres había acampado junto a la nave —un carguero gris, de casco alto—, a prudente distancia de un re-

cinto amurallado que se alzaba en lo alto de la loma, a tres kilómetros. Alrededor del campamento, los tallos de plata, desnudos y acanalados, se ramificaban a quince metros de altura dando un tinte acuoso al crepúsculo. Normalmente, los tallos y ramas estaban cubiertos por hojas zoofitas de todos los tamaños y colores. Los hombres y el fuego habían excitado a las hojas, que se habían desprendido y flotaban ahora en una nube irisada y pulsátil, recogiendo los rayos del sol sobre el encaje plateado de las ramas superiores. Piaban y gorgjeaban difundiendo un aroma dulzón. Algunas, más audaces, bajaban hasta los hombres. Uno de los que cargaban perdigones, un individuo de cara de rata llamado Cobb, les arrojó una brasa llameante.

—¡Silencio, sabandijas! —rugió—. ¡Dejen pensar a un hombre!

—¿Pero tú piensas realmente, Cobb? —preguntó Whelan.

—Si pienso que pienso, entonces estoy pensando, ¿no?

Los hombres se rieron. Las raíces fibrosas, rojas y blancas, de la superficie se retiraban lentamente, enterrándose, o hacia los costados, dejando el suelo desnudo alrededor del fuego. Los recién llegados pensaban que escapaban de las llamas, pero Craig recordaba que las raíces hacían siempre lo mismo cuando la cuadrilla acampaba sin encender hogueras. A la mañana, toda el área

alrededor de la nave sería suelo desnudo. Un miriápodo de color castaño, y de unos tres centímetros de largo, salió del suelo y se escurrió detrás de las raíces. Craig le sonrió y revolvió el caldo. Una hoja verde y roja se dejó caer desde la nube y se le posó en la muñeca huesuda moviendo lentamente las tenues alas vellosas. El cuerpo era abultado y no parecía tener cabeza o apéndices. Craig volvió a un lado y a otro la muñeca y se preguntó ociosamente por qué la hoja no se caía. Era una bonita criatura.

Otra hoja, de alas grandes como platos, con dibujos dorados y verdes, se posó en el hombro de Wilde. Wilde le lanzó un manotón y le arrancó las alas con las puntas de los dedos. La hoja lloriqueó y se sacudió. Craig sintió un escalofrío.

—No haga eso —dijo involuntariamente, y luego, en tono de disculpa—: No hacen ningún daño, señor Wilde. Bajan sólo a curioso.

—¿Quién te pidió consejo, blanco? —preguntó Wilde perzosamente—. Me gustaría de veras que estas mariposas chupasangres pudiesen saber qué hago aquí.

Se volvió y pateó hacia la nave uno de los tallos débiles, turgentes y rígidos. Arrojó luego la hoja rota en la misma dirección y se rió mostrando unos dientes equinos.

Craig se mordió los labios.

—El caldo está listo —dijo—. Acérquense.

Limpieron el campamento y cayó la noche. Sólo una luna brillaba en el cielo. Las hojas plegaron las alas y se durmieron en las ramas superiores. El fuego se apagó. Los hombres roncaron envueltos en mantas. Craig se quedó sentado mirando a Sidis que había aparecido en el umbral de la cabina mayor. Sidis era un ecólogo de Belconti que había sido jefe de la vieja cuadrilla. Había venido en este primer viaje de los nuevos sólo para adiestrar a Wilde como jefe de cuadrilla. Insistía en comer y dormir dentro de la nave, soportando las burlas de los marcas rojas del planeta Mordin. Sidis tenía también la frente blanca, pero esto no lo consolaba mucho a Craig. El ecólogo era del planeta Belconti, donde había otras costumbres.

Para los hombres de Mordin, el coraje era el bien supremo. Descendían de una colonia terrestre perdida, que había vuelto a la edad de piedra, y que había ascendido luego hasta dominar la pólvora en una guerra incesante contra el terrible Gran Russel, el dinotauro que era la forma de vida dominante en el planeta Mordin antes que llegasen los hombres, y aun mucho tiempo después. Durante muchas generaciones los jóvenes candidatos a la masculinidad habían partido en bandas juramentadas a matar al Gran Russel con arcos y flechas. Luego se redescubrieron los rifles, y los cazadores salieron solos. Los sobrevivientes llevaban los pun-

tos rojos de la masculinidad. En la generación siguiente los planetas civilizados llegaron otra vez a Mordin. Hubo una inundación de conocimientos, y una explosión demográfica. De pronto no quedaron bastantes Russels vivos. La familia de Craig no había podido comprarle entonces una cacera de Gran Russel, y él no había podido convertirse en un hombre.

Puedo tener aún una oportunidad, pensaba Craig amargamente.

Diez años antes del nacimiento de Craig, el Consejo de Caza de Mordin advirtió que nadie había reclamado el planeta y decidió convertirlo en un gran campo de caza de dinotauros. La flora y fauna de tipo terrestre que vivía en Mordin no podía comer ni desplazar a las hojas. Mordin llamó a biólogos de Belconti para que exterminasen la vida nativa. Los trabajadores sirvieron a las órdenes de los biotécnicos de Belconti. Todos eran blancos; ningún marca roja obedecería a los débiles belcontis, entre los que se contaban muchas mujeres. Con el auxilio de una planta destructora, *thanasis*, los belcontis limpiaron dos grandes islas y reimplantaron allí especies de Mordin. Llamaron a una isla la Base, y edificaron en ella sus cuarteles. En la otra pusieron un dinotauro Gran Russel. El animal se desarrolló.

Cuando era niño, me dijeron que yo mataría a mi Gran Rus-

sel en este planeta, se dijo Craig. Se abrazó las rodillas. Ese Gran Russel era aún el único en el planeta.

Pues durante treinta años los continentes se resistieron a morir. Las hojas enquistaron áreas de *thanasis*, se adaptaron, recuperaron terreno. Los genetistas de Belconti diseñaron variedades aun más mortíferas de *thanasis*, llevándolas al límite extremo de su índice válido de recombinación. Luego de décadas de dudosas batallas, estas nuevas variedades comenzaron ostensiblemente a perder terreno. Los belcontis opinaron que era inútil proseguir los ensayos. Pero el planeta de las hojas se convirtió en un símbolo de futura esperanza para aliviar la inquietud social de Mordin. El Consejo de Caza no abandonaría la lucha. Marcas rojas fueron a estudiar biotécnica en Belconti. Luego regresaron al planeta de las hojas para hacer ellos mismos el trabajo.

Craig había ido allá también con un contrato de dos años. Trabajando con otros blancos bajo la dirección de un belconti, casi había olvidado la pena de la masculinidad no realizada. Había extendido su contrato otro par de años. Luego, hacía un mes, los marcas rojas habían venido de Mordin, a sustituir a los técnicos de Belconti y a los trabajadores de Mordin. Los belcontis volverían en su propia nave de relevo en el plazo aproximado de un año. Craig sería el único blanco en

el planeta excepto los belcontis, y éstos no contaban.

Ya estoy solo en realidad, se dijo. Apoyó la cabeza en las rodillas y deseó poder dormir. Alguien le tocó el hombro. Alzó los ojos y vio a Sidis.

—Entra un rato, Roy —susurró Sidis—. Quiero hablarte.

Craig se sentó a la larga mesa de la cabina principal, frente a Sidis. Sidis era un hombre delgado y moreno, con las suaves maneras de la gente de Belconti y una sonrisa torcida.

—Me preocupa lo que harás en los próximos dos años —dijo—. No me gusta el modo como te dan órdenes, sobre todo ese pequeño y antipático Cobb. ¿Por qué lo soportas?

—No puedo impedirlo. Soy un blanco.

—Eso no significa nada. Será una ley de aquí, pero no es una ley justa.

—Es justa pues es natural —dijo Craig—. No me gusta no ser un hombre, pero así son las cosas.

—Eres un hombre. Tienes veintidós años.

—No seré un hombre mientras no me sienta como tal —dijo Craig—. Y no me sentiré como tal mientras no mate mi Gran Russel.

—Temo que aun en ese caso te sentirás distinto —dijo Sidis—. Te he observado durante dos años y se me ocurre que tienes ciertas cualidades que no sirven para este mundo. De modo que te haré una propuesta. —Eché una ojea-

da a la puerta y luego miró otra vez a Craig. —Declarate ciudadano de Belconti, Roy. Todos te apoyaremos. Sé que Mil Ames te encontrará un empleo en la administración. Puedes regresar a Belconti con nosotros.

—¡Gran Russel! —dijo Craig—. Nunca podría hacer eso, señor Sidis.

—¿Por qué no? ¿Quieres pasarte aquí la vida como un blanco? ¿Tendrás algún día una mujer?

—Quizá. Alguna desdeñada por los marcas rojas. Me odiará, y maldecirá su mala suerte.

—¿Y eso te parece justo?

—Es justo porque es natural, y es natural que una mujer quiera a un hombre verdadero y no simplemente a un muchacho crecido.

—No es así para las mujeres de Belconti. ¿Qué dices, Roy?

Craig apretó las manos entre las rodillas. Bajó la cabeza y la meneó lentamente.

—No. No. No podría. Mi lugar está aquí. Quiero ayudar a que en el futuro ningún muchacho se sienta traicionado, como yo me he sentido. —Craig alzó la cabeza. —Además, ningún hombre de Mordin ha escapado a una lucha. Sidis sonrió.

—Esta lucha está perdida de antemano.

—No. Será como dice el señor Wilde. En los laboratorios del campamento de la Base usarán un trans-algo, he oído decir.

—Un translocador en la matriz genética —dijo Sidis. Se le en-

sombreció la cara—. Puedo asegurarte que no lo usarán mientras Mil Ames dirija los laboratorios. Luego que nos vayamos se matarán a sí mismos en menos de un año. —Miró fijamente a Craig. —No quería decírtelo, pero esta es una de las razones por las que espero que vengas con nosotros.

—¿Qué es eso de que nos mataremos nosotros mismos?

—Con un sistema libre proscrito.

Craig sacudió la cabeza. Sidis parecía pensativo.

—Escúchame. Ya sabes que estos tallos se unen todos bajo tierra como si formasen una planta —dijo—. La *thanasis* bombea en ellos sistemas de enzimas que se duplican a sí mismos, tratando de predigerir todo el continente. Diseñamos los sistemas libres en el laboratorio. Son capaces de digerir a un hombre, y por eso los vacunamos contra la nueva variedad, cada vez que diseñamos una. Hemos diseñado también un virus específico de control capaz de matar todas las variedades de la *thanasis*. Bien. —Sidis juntó las puntas de los dedos. —Mediante el translocador la *thanasis* puede diseñar de nuevo su propio sistema libre. El resultado podría ser algo inmune a todo, algo que ningún virus de control conocido sería capaz de dominar. Luego nos mataría a todos y reinaría en el planeta.

—Eso es lo que ocurrió en el planeta Froy, ¿no?

—Sí. No hay posibilidad de evi-

tarlo. Por eso te pido que vayas con nosotros a Belconti.

Craig se puso de pie.

—Casi deseo que no me haya hablado usted del peligro —dijo—. Ahora no puedo pensar en irme.

Sidís se reclinó en su asiento y extendió los dedos sobre la mesa.

—Habla con Midori Blake antes de decir algo definitivo. Sé que te tiene afecto, Roy. Siempre pensé que ella te gustaba.

—Me gusta estar cerca de ella —dijo Craig—. Me gustaba cuando ustedes iban allá, en vez de acampar al aire libre. Me gustaría aún ahora.

—Trataré de convencerlo a Wilde. Piénsalo, ¿quieres?

—No, no puedo pensar —dijo Craig—. No sé qué siento. —Se volvió hacia la puerta.— Caminaré un rato y trataré de pensar.

—Buenas noches, Roy.

Sidís extendió la mano hacia un libro.

La segunda luna se elevaba en ese momento. Craig caminó por un bosque de tallos plateados y fantasmales. Las hojas posadas en los tallos piaban somnolientas, perturbadas por la presencia extraña. Soy demasiado ignorante para ser un belconti, pensó Craig. Estaba cerca de la muralla circular. Los tallos crecían allí más juntos, eran más duros y se unían al fin en un muro ascendente de treinta metros. Craig subió un trecho y se detuvo. Era insensato ir más arriba sin un traje protec-

tor. La *thanasis* crecía del otro lado. Sus sistemas libres se difundían en radios de cientos de metros, aun en los días tranquilos. Los tallos plateados entremezclaban sus raíces como una planta gigante. La *thanasis* los atacaba como una enfermedad y los tallos se defendían amurallándose para detener el crecimiento de la planta y obligarla a envenenarse a sí misma. Craig subió unos pocos metros más.

Por supuesto, soy bastante culpable como para vencer a Cobb, pensó. Para vencer a cualquiera de los hombres de la cuadrilla, excepto al señor Wilde. Pero sabía que en una pelea se le doblarían las rodillas y que se quedaría sin voz, pues los otros eran hombres y él no.

—Pero no soy un cobarde —dijo en voz alta.

Subió a la cima. La *thanasis* era un mar de oscuridad a la luz de las lunas. Podía ver a sus pies el contorno de las hojas estrechas y puntiagudas, cubiertas de vello y cargadas de veneno que el agua de las lluvias debería llevar a las raíces de la pendiente. Pero la muralla detenía el agua envenenada. La plantación de *thanasis* estaba ahogándose en esta agua. Craig veía los zarcillos extendidos hacia el muro inexorable, ansiosos por descargar sus sistemas libres en el tejido enemigo y luego succionar y absorber. Los zarcillos sintieron el calor del cuerpo de Craig y se movieron débilmente. Allí abajo se veía la forma ascen-

dente y leñosa. Decían que aun los matorrales de un metro de altura eran capaces de devorar a un hombre en una semana.

No estoy asustado, pensó Craig. Se sentó, se sacó las botas y dejó que los pies desnudos le colgaran sobre la *thanasis*. Midori Blake y todos los belcontis hubiesen pensado que estaba loco. No sabían lo que era el coraje; eran sólo cerebros. Le gustaban sin embargo. Midori sobre todo. Pensó en ella mientras miraba por encima de la oscura *thanasis*. Todo el continente tendría que ser así al principio. Luego matarían a la *thanasis* con un virus de control y plantarían hierba y árboles verdaderos y traerían pájaros y todo sería como eran ahora la Base y las islas del Russel. Sidís estaba equivocado. La transmateria los ayudaría. Tenía que quedarse y ayudar a ganar el resto del dinero que necesitaba. Ahora que se había decidido se sentía mejor. En seguida sintió que algo le tirocneaba suavemente el tobillo izquierdo.

Un dolor repentino y agudo le atravesó el hueso. Recogió bruscamente la pierna. El zarcillo se quebró y subió con él, todavía retorciéndose y clavándose en la carne. Craig silbó y juró entre dientes mientras se arrancaba el zarcillo con el taco de la bota, teniendo cuidado de no tocarlo con las manos. Luego se puso la bota derecha y corrió de vuelta al campamento para que lo tratasen.

Llevó la bota izquierda en la mano, pues sabía que el tobillo se le hincharía en seguida. Cuando llegó al campamento el dolor le paralizaba toda la pierna.

Sidís estaba todavía levantado. Neutralizó el veneno, le dio un sedante a Craig, y lo ayudó a acostarse en una de las cuchetas de la nave. No hizo ninguna pregunta. Miró a Craig con su torcida sonrisa.

—Ustedes, los de Mordin —dijo, y meneó la cabeza.

Los belcontis decían siempre lo mismo.

A la mañana, Craig tuvo que aguantar las burlas de Cobb. Wilde estaba furioso.

—Si estás tratando de ganarte una semana en la lista de enfermos, apunta otra vez —dijo—. Te doy dos días.

—Necesita dos semanas —dijo Sidís—. Haré el trabajo de Craig.

—No, no será necesario —dijo Craig—. No duele tanto como para que no pueda trabajar.

—Tómate el día —dijo Wilde ablandado.

—Trabajaré hoy —dijo Craig—. Estoy perfectamente.

Fue un día de tortura al sol ardiente y amarillo. Cada vez que apoyaba en el suelo el pie vendado, Craig sentía un dolor lancinante que le subía por la espina dorsal. Hundió la barrena automática en una muralla de tallos, y la savia aromática, roja, purpúrea, brotó a borbotones y le empapó las vendas. Sembró

luego los perdigones explosivos, se echó al hombro sus aparatos y caminó hasta la posición siguiente. Repitió la operación una y otra vez, como una máquina, sin detenerse a comer el almuerzo, ignorando las hojas que se le adherían al cuello y las manos. Había decidido terminar su recorrido antes que los otros, aunque eso lo matara. Pero cuando concluyó y tuvo tiempo de pensar, descubrió que el pie le dolía bastante menos. Sujetó un trapo rojo a su barreno y lo movió por encima de la cabeza. La máquina voladora descendió a recogerlo. Sidis manejaba la nave.

—Eres el primero —dijo—. No entiendo cómo estás vivo. Tienes que descansar ahora.

—Manejaré los controles —dijo Craig—. Me siento bien.

—Supongo que estás probando algo. —Sidis sonrió—. Muy bien.

Se apartó y Craig se sentó a los controles. Manejar la máquina voladora era uno de los trabajos menores que Craig prefería. Le gustaba estar solo en la pequeña cabina de control de dos asientos, con ventanas alrededor. Se elevó hasta una altura de trescientos metros y miró a lo largo de la pared de tallos que se perdía en el horizonte. A la luz del día el mar de *thanasís* era verde oscuro. La zona de hojas fuera de la muralla brillaba con un color plateado, y tenía una aureola de colores móviles. Era muy hermosa. Lejos y arriba, en el norte, vio una nube de color entre las

otras, aborregadas. Era una masa de hojas migratorias que flotaba en el viento. Hermosa también.

—Transfieren sustancia muy rápidamente para levantar o reparar los muros —oyó que Sidis le decía a Wilde en la cabina principal—. Notará usted que la biomasa es menos densa al pie de la pendiente. Cuando usted libera el agua envenenada, el efecto es inmediato y la *thanasís* se propaga aceleradamente. Pero siempre se forma un nuevo cerco.

—La próxima vez hará saltar arcsos de ochenta kilómetros.

Craig descendió planeando para recoger a Jordan. Jordan era un hombre rechoncho, rubio, de la edad de Craig. Trepó a bordo sonriendo.

—Nos ganaste otra vez. ¿eh, Craig? —dijo—. Se necesitan agallas, muchacho. Te felicito.

—Tengo dos años más de práctica —dijo Craig.

Se sentía muy bien ahora. Era la primera vez que Jordan lo llamaba por el nombre y no "blanco". Tomó altura de nuevo. Jordan se sentó en el asiento vacío.

—¿Cómo está el pie? —preguntó.

—Bastante mejor. Podría calzarme la bota, sin atarme los cordones.

—No lo intentes. Esta noche me encargo yo de las tareas domésticas —dijo Jordan—. Tú descansa ese pie, Craig.

—Allá está Whelan haciendo señas —dijo Craig.

Descendió a recoger a Whelan con la cara roja de placer. Cuan-

do Rice y Cobb subieron también a la máquina, Craig se elevó a tres kilómetros de altura y Wilde accionó el explosivo. Treinta kilómetros de tejido de cerco se alzaron en una fuente de polvo y llamas. Las hojas volaron en nubes aterrizadas y cromáticas siguiendo los contornos de las ondas explosivas. Abajo, una sábana de agua envenenada oscureció la llanura de plata.

—¡Ja! ¡Adelante, *thanasís*! —gritó Wilde—. Magnífico espectáculo.— Suspiró.— Bueno, ha sido un buen día, hombres. Sidis, ¿cómo podríamos acampar?

—Estamos a sólo una hora de la isla Burton —respondió Sidis—. Cuando yo trabajaba en esta área, me detenía todas las noches en la estación de taxonomía.

—Quisiera echarle una ojeada a esa isla —dijo Wilde—. El Consejo de Caza ha proyectado algo ahí.

Le gritó unas órdenes a Craig. Craig subió a quince kilómetros de altura y dirigió rápidamente la nave hacia el sudeste. Sobre el horizonte de plata ondeaba un mar purpúreo. Un rosario de islas apareció a los lejos. Había sido un buen día, pensó Craig. Jordan parecía querer que fuesen amigos. Y ahora al fin vería otra vez a Midori Blake.

Hizo descender la nave en un suelo removido, cerca de los edificios familiares de piedra gris que se alzaban en el extremo este. Los hombres salieron de la má-

quina, y Helen y George Toyama, canosos, sonrientes, vestidos con delantales de laboratorio se acercaron a saludarlos. Craig se había calzado la bota izquierda, pero dejando los cordones sueltos. Helen le dijo que Midori estaba pintando en el barranco.

Craig se fue cojeando sendero abajo, pasó junto a la casita de Midori y las habitaciones de los Toyama en los acantilados de la izquierda. Midori y los Toyama eran los únicos pobladores de la isla Burton; un santuario de investigación que nunca había sido tocado por la *thanasís*, y el único lugar, además de la Base, habitado por seres humanos.

El barranco era el sitio preferido de Midori. Pintaba allí continuamente, una y otra vez, sin sentirse nunca satisfecha. Craig lo conocía bien: el precipicio de cuarzo, la laguna y la cascada, las hojas que bailaban a la luz del sol, el bosque de tallos plateados que transformaba la luz del día en un claro de luna. Midori decía que era esa luz peculiar lo que se le escapaba. A Craig le gustaba mirarla pintar, sobre todo cuando ella se olvidaba de él y cantaba entre dientes. Era una muchacha hermosa, delicada, de ojos negros, y era bueno estar en el mismo mundo con ella. Craig oyó el canto de Midori entre el rumor de la cascada y el piar de las hojas. Se acercó y se detuvo junto al caballete, al lado de un peñasco de cuarzo. Midori lo oyó, se volvió y le sonrió cálidamente,

—¡Roy! ¡Qué alegría verte! —dijo—. Temía que te hubieras vuelto a casa.

Midori era menuda, y llevaba un vestido gris. Tenía el pelo corto, y una voz cantarina, y se movía con la gracia rápida de un pájaro. Craig le sonrió, feliz.

—Durante un tiempo pensé que hubiese sido mejor volver —dijo—. Ahora me alegra haberme quedado.

Se acercó cojeando a Midori.

—¡Tu pie! —dijo Midori—. Ven y siéntate. Aquí, en la roca. ¿Qué ocurrió?

—Me tocó la *thanasis*. No tiene importancia.

—¡Sácate la bota! Te aprieta.

Midori ayudó a descalzarse a Craig, y le acarició el tobillo hinchado y rojo, con las puntas de los dedos. Luego se sentó a su lado.

—Sé que te duele. ¿Cómo pasó?

—No me sentía muy contento —dijo Craig—. Me senté en un cerco con los pies desnudos.

—Roy, tonto. ¿Por qué no estabas contento?

—Oh... cosas. —Unas hojas brillantes se le posaron en el tobillo desnudo, Craig no las ahuyentó.— Dormiremos al aire libre ahora, en vez de venir aquí. Los nuevos muchachos son todos marcas rojas. Soy nadie otra vez y...

—¿Quieres decir que ellos piensan que son mejores que tú?

—Son mejores, y eso es lo que duele. Matar a un Gran Russel es algo así como un acto espiritual, Midori. —Craig se frotó el

pie derecho.— Un día habrá en este planeta bastantes Russels y ningún niño crecerá engañado.

—Las hojas no morirán —dijo Midori dulcemente—. Es evidente ahora. Hemos perdido la partida.

—Vosotros, los de Belconti. Los mordinianos nunca se entregan.

—La *thanasis* ha sido derrotada. ¿Matarás a las hojas con rifles?

—Por favor, no bromees a propósito de rifles. Emplearemos una trans-algo en la *thanasis*.

—¿Translocación? Oh, no. —Midori se llevó los dedos a los labios.— No es posible controlarla fuera de los laboratorios. No se atreverán.

—Los mordinianos se atreven a cualquier cosa —dijo Craig orgullosamente—. Todos estos hombres estudiaron en Belconti, y saben cómo hacerlo. No es lo mismo.

Se frotó otra vez el pie derecho. Las hojas se le habían posado ahora en la cabeza y los hombros, y le cubrían el tobillo desnudo. Trinaban débilmente.

—¿Qué pasa, Roy?

—Me hacen sentir ignorante. He estado trabajando en los cerros dos años, y ellos ya saben más que yo de las hojas. Quiero que me digas algo de las hojas que pueda sorprenderlos. ¿Sienten?

Midori llamó un rato apoyando la mejilla en la palma de la mano.

—Las hojas son raras y maravillosas y yo las quiero —dijo lentamente—. Son en parte plantas y en parte animales. La vida

nunca se dividió en reinos en este planeta.

Las zoofitas voladoras, explicó Midori, funcionaban como hojas en relación con los tallos vegetativos. Pero estos tallos controlaban su propia temperatura. La red de raíces conductoras del continente llevaba los fluidos a cualquier parte y en cualquier cantidad mediante un sistema de válvulas peristálticas. Un tallo con hojas era un verdadero organismo.

—Pero las hojas, Roy, no pueden vivir sin tallos, y van siempre de un lado a otro. Todo es parte de todo. Nuestro trabajo aquí, en la isla Burton, consiste en clasificar las hojas, y no podemos hacerlo. Cambian continuamente, en todos los planos, físicos o químicos. No hay *clases*. —Midori suspiró.— Esto es lo maravilloso. ¿Te sirve de algo?

—No lo entiendo del todo. Es lo que te decía hace un rato. Soy un ignorante —dijo Craig—. Díme algo simple que pueda llamar la atención a los otros.

—Bueno, díles esto. Los dibujos coloreados de las hojas son sistemas plásticos que sintetizan diferentes colores. Recombinan partes para formar nuevos organismos, sin necesidad de esperar el desarrollo de la evolución, en graduaciones bioquímicas de una amplitud inconcebible para el hombre. Cualquiera sea el veneno o el sistema libre que diseñamos para la *thanasis*, las hojas encuentran siempre una contra-

sustancia, y cada vez con mayor rapidez. Por eso la *thanasis* ha sido derrotada.

—¡No! ¡No digas esas cosas, Midori! —protestó Craig—. La traslocación...

—Ni siquiera eso —interrumpió Midori—. Las hojas tienen un poder de traslocación ilimitado y cualquier número de sexos. Son sin duda, colectivamente, el más poderoso laboratorio bioquímico de toda la galaxia, algo así como una inteligencia bioquímica, casi una mente, una mente que aprende con mayor rapidez que nosotros. —Las menudas manos de Midori le sacudieron el brazo a Craig.— Sí, díles eso. Es necesario que entiendan. La inteligencia humana ha sido derrotada aquí. Ahora probaréis la ferocidad humana... Oh, Roy.

—Que les diga eso —murmuró Craig amargamente—. Vosotros, la gente de Belconti, pensáis que todos los mordinianos somos estúpidos. Parece como si quisierais que perdiéramos.

Midori se volvió y se puso a limpiar los pinceles. Oscurecía y las hojas se posaban otra vez en los tallos. Craig, tristemente silencioso, pensaba en las manos de Midori, que le habían tocado el brazo. Midori habló otra vez, dulcemente.

—No sé. Si quisierais tener aquí granjas y casas... Pero sólo pensáis en la muerte ritual del hombre y el dinotauro.

—Quizá las almas de las gentes se completan de modo distinto

en los distintos planetas —dijo Craig—. Sé que a la mía le falta un pedazo. Y sé qué pedazo es ese. —Apoyó ligeramente la mano en el hombro de Midori.— En los días de fiesta vuelo alguna vez a la isla Russel sólo para mirar un rato al Gran Russel, y entonces sé. Me gustaría llevarle a te lo vieses. Entenderías entonces.

—Entiendo ya, y no estoy de acuerdo.

Midori sacudió los pinceles, pero no se apartó de la mano de Craig. Craig pensó en lo que ella había dicho.

—¿Por qué nunca vemos una hoja muerta? —preguntó—. ¿Por qué en todo un continente no hay leña bastante para encender un fuego?

Midori se rió y se volvió hacia Craig. El brazo de Craig se deslizó a lo largo de la espalda de la muchacha. Craig trató de no tocarla.

—Se devoran a sí mismas internamente —dijo Midori—. Lo llamamos reabsorción. Pueden nacer de nuevo en otro sitio y con otra forma, como un cerco, por ejemplo. Roy, en este planeta no se ha conocido nunca la muerte o la decadencia. Todo es reabsorbido y reconstituido. Tratamos de matarlas y ellas sufren, pero esta... sí, esta *mente* no puede concebir la idea de la muerte. No hay concepción bioquímica de la muerte.

—Oh, Midori, ¡las hojas no piensan! —dijo Craig—. No me atrevería a asegurar que sienten.

—Sí, sienten. —Midori se puso de pie apartando el brazo de Craig.— Ésos pios son gritos de dolor. Papá Toyama recuerda que en otro tiempo había silencio en el planeta. Desde que está aquí, hace ya veinte años, la temperatura ha subido doce grados en las hojas, que han doblado también el ritmo metabólico y la velocidad de los impulsos neurónicos, reduciendo la cronicidad...

Craig se incorporó y alzó las manos.

—Alto el fuego, Midori —dijo—. Ya sabes que no conozco esas palabras. Estás enojada conmigo.

La cara de Midori no se veía bien en la oscuridad.

—Creo que estoy asustada —dijo la muchacha—. Estoy asustada de lo que hemos hecho sin saber lo que hacíamos.

—Esos pios siempre me han puesto triste, de algún modo —dijo Craig—. Nunca le haría daño a una hoja. Pero, Gran Russel, cuando pienso en continentes enteros que lloran día y noche, durante años... tú también me asustas, Midori.

Midori empezó a empaquetar su equipo de pintora. Craig se calzó la bota izquierda. Se ató fácilmente los cordones, sin sentir ningún dolor.

—Iremos a casa y prepararé la cena —dijo Midori.

Habían hecho eso a veces, en otro tiempo, en un tiempo mejor. Craig tomó la caja de pinturas y caminó junto a Midori, co-

jeando apenas. Subieron por el sendero del acantilado.

—¿Por qué te quedaste cuando ya había vencido tu contrato, si el trabajo te pone triste? —preguntó Midori de pronto.

—Dos años más y habré ahorrado bastante como para comprar una cacería de Gran Russel en Mordin —dijo Craig—. Pensarás que es una razón bastante tonta.

—De ningún modo. Pienso que podrías tener una razón más tonta todavía.

Craig buscó a tientas alguna respuesta. No entendía la frialdad repentina de Midori. La voz de Jordan resonó allá arriba.

—¡Craig! ¡Eh, Craig!

—¡Sí, aquí Craig!

—¡Pronto! ¡Corre! —aulló Jordan—. Bork está furioso porque no estás cargando perdigones. Te he guardado un poco de caldo.

La vida en el campamento fue desde entonces mejor para Craig. Jordan se turnó con Craig en las tareas domésticas e invitó a Rice y a Whelan a que hicieran lo mismo. Sólo Wilde y Cobb seguían llamando "blanco" a Craig.

Jordan se había instalado en la cabina de mando mientras Craig llevaba la máquina a la isla de la Base. La isla Russel asomaba como una mancha azul en el horizonte, hacia el sur, y en el este se veía el borde dentado del continente.

—De regreso en casa. Cerveza y vida al aire libre, ¿eh, Craig?

—dijo Jordan—. Quizá podamos salir de caza.

—Ojalá —dijo Craig.

La isla de la Base tenía buen aspecto: seiscientos kilómetros cuadrados de llanura y lomas con montes de robles y hayas. Abundaban los animales de caza y los pájaros trasplantados de Mordin. En el lado norte, los edificios y los campos rectilíneos señalaban la presencia del hombre. La luz del sol se reflejaba en los invernales donde crecía la *thanasis*, guardada por barreras de iones. La isla era la imagen ideal del futuro del planeta, cuando la *thanasis* hubiese destruido las hojas, y hubiera sido destruida a su vez, y la vida nativa de Mordin hubiese reemplazado a ambas. La isla de la Base era un nuevo hogar para los hombres de Mordin.

Eran la primera cuadrilla de cercos que llegaba a la isla. Wilde informó que habían destruido dos mil kilómetros de cerco, cincuenta por ciento más que el promedio de los hombres de Belconti. Barim, el jefe de cazadores, los felicitó. Era un hombre corpulento, de voz grave y pelo gris, con cuatro puntos rojos en la frente. Craig estrechaba por primera vez la mano de un hombre que había matado cuatro Russels.

Barim recompensó a la cuadrilla con una semana de carne de animales de caza. Jordan salió a cazar con Craig. Craig derribó veinte ciervos y doce jabalíes y decenas de aves. Jordan se burló

de Cobb, que había cazado menos, y el hombrequito se enojó.

Los nuevos hombres habían traído una alegría jovial y ruidosa a la Base que le gustaba bastante a Craig. Craig se enteró de algunas cosas. Barim había ordenado la producción inmediata de polen translocador. Mildred Ames, la jefa bióloga de Belconti, se había opuesto. Pero los laboratorios eran propiedad de Mordin. Barim les ordenó a sus propios hombres que comenzaran a trabajar. La señorita Ames puso el grito en el cielo. Barim echó a todos los belcontis. La señorita Ames contraatacó —estoque contra garrote— y metió otra vez a su gente en los laboratorios, aunque como observadores solamente, en beneficio de la ciencia. La batalla había sido muy animada, concluyó Craig.

Las gentes de Mordin que trabajaban en el laboratorio se refan: los belcontis están celosos, asustados, les daremos una lección. ¡Una buena lección, por los huesos del Gran Russell!

Craig vio varias veces a la señorita Ames, que rondaba los laboratorios. Era una mujer alta, delgada, y ahora andaba siempre con el ceño fruncido. Había nombrado a Sidis observador del laboratorio. Sidis no trabajaría más en los cercos.

Craig pensaba en lo que había dicho Midori. Le gustaba particularmente esa noción de reabsorción y esperaba la oportunidad de soltarla en la mesa común.

La oportunidad se le presentó una mañana a la hora del desayuno. La cuadrilla de Wilde compartía una mesa con los hombres del laboratorio en la amplia sala de piso de piedra. Había siempre allí un clamor de voces y un confuso ruido de cubiertos y platos. Craig estaba sentado entre Cobb y Jordan y frente a un hombre rechoncho y calvo del laboratorio llamado Joe Breen. Joe trajo a la conversación el tema de los cercos. Craig dijo en seguida:

—Esos cercos, los construyen muy rápidamente. Los tallos se devoran a sí mismos y crecen otra vez. El proceso se llama reabsorción.

—Reabsorben hijos de perra, ¿eh? —dijo Joe—. ¿Qué opinas del modo en que se aparean?

Wilde gritó desde la cabecera de la mesa:

—¡Ese modo no es para mí!

—¿Qué quiere decir? —le murmuró Craig a Jordan.

Cobb lo oyó.

—El blanco quiere conocer los hechos reales de la vida —dijo en voz alta—. ¿Quién le dirá la verdad?

—¿Quién sino papá Bork? —gritó Wilde—. Te explicaré qué hacen, blanco. Cuando una de esas sabandijas siente el cosquilleo se junta hasta con una docena de las otras. Todas se amontonan en un tallo y se reabsorben en uno de esos bultos rosados que se ven en todas partes. Al rato el bulto se abre y deja caer un montón de lombrices. ¿Entiendes?

Todos los hombres sonreían. Craig enrojeció y sacudió la cabeza.

—Los nuevos bichos se arrastran y se plantan a sí mismos y de cada uno nace un tallo fitógeno —dijo Jordan—. Durante todo un año producen hojas como locas. Luego se convierten en tallos vegetativos.

—Demonios, he visto muchas de esas lombrices —dijo Craig—. No sabía que fuesen semillas.

—¿Sabes cómo se distinguen las lombrices hembras de las lombrices machos, blanco? —preguntó Cobb.

Joe Breen se rió.

—Por favor, Cobb —dijo Jordan—. El sexo de esas lombrices no se especifica, se cuenta. —Le hablaba ahora a Craig—. Tienen un par de patas por cada padre.

—¡Eh, eso es magnífico! —dijo Wilde—. Quizá una docena de sexos, y cada uno arrancando un pedazo de todos los otros en una sola operación. ¡Es realmente magnífico!

—Una vez en la vida puede estar bien —dijo Joe—. Pero, Gran Russell, y hablamos de poliploides y multihíbridos... Me gustaría poder desarrollar a la *thanasia* de ese modo.

—Yo la desarrollaré a mi modo —dijo Wilde—. Denme sólo la posibilidad.

—Estas mujeres de Belconti piensan que los mordinianos son brutos —dijo Joe—. Será mejor que te reserves para Mordin.

—Hay una hermosa presa de

caza que vive sola en la isla Burton.

—¡Sí! El blanco la conoce —dijo Cobb—. ¿Qué opinas, blanco?

Craig cerró la mano sobre la taza de café.

—Es graciosa, tranquila, reservada —dijo—. Una muchacha buena y decente.

—Quizá el blanco no hizo la prueba —dijo Cobb. Le guiñó un ojo a Joe—. A veces a las tranquilas sólo es necesario pedirsele.

—¡Denme la posibilidad y seré yo quien se lo pida! —gritó Wilde.

—El viejo Bork se acercará a ella con sus dos marcas rojas y brillantes y ella caerá en posición de carga, lista como un fusil accitado —dijo Joe.

—¡Sí, y descubrirá que el viejo Cobb de una sola marca se le ha adelantado! —gritó Cobb.

Sonó la bocina que llamaba al trabajo. Los hombres se incorporaron con un ruido de sillas arrastradas.

—Seguirás vigilando la fermentación hasta el lunes —le dijo Wilde a Craig—. Luego comenzaremos un nuevo trabajo al aire libre.

Craig deseó estar en los campos. Sentía una repentina repugnancia por el campamento de la Base.

El nuevo trabajo consistía en espolvorear con polen translocador las áreas del continente norte donde —vistas desde el aire— unos rayas plateadas en las masas verdes señalaban que las hojas se

habían infiltrado en las viejas plantaciones de *thanasis*. Las plantas destructoras, sin flores, y con sexos en diferentes individuos, eran polinizadas por el viento. Las cicatrices de los viejos cercos aparecían como dibujos en relieve a lo largo de medio continente. Tallos nuevos, plateados e iridescientes, cubrían la mayor parte de los sitios que habían sido devastados hacía un tiempo por la *thanasis*. Wilde señalaba en un mapa los cercos que sería necesario volar la próxima vez. Los hombres tenían que trabajar con trajes y cascos protectores de color negro, sofocantes. No dejaban los lugares contaminados, comían alimentos en conserva, y ya no se reunían alrededor del fuego. Al cabo de dos semanas agotaron el cargamento de polen y descendieron en la isla Burton. Dedicaron medio día a la tarea de librarse de la contaminación. Craig rompió filas tan pronto como pudo y corrió por el camino del desfiladero.

Encontró a Midori junto a la laguna. La muchacha había estado bañándose, y tenía el vestido amarillo pegado al cuerpo, y el cabello empapado. Craig no pudo dejar de pensar que él podía haber llegado unos minutos antes. Recordó la voz ronca de Cobb: a veces las muchachas tranquilas sólo esperan que uno les pida. Meneó la cabeza. No. No.

—Hola, Midori —dijo.

Unas hojas pequeñas, con dibujos dorados, rojos y verdes, se ha-

bían posado en los brazos y en los hombros desnudos de Midori. La muchacha dijo que la alegraba verlo, y sonrió tristemente cuando Craig le contó que estaban sembrando polen translocador. Una hoja bajó al hombro de Craig, que trató de cambiar de tema.

—¿Por qué lo hacen? —preguntó—. Los muchachos creen que chupan sangre, pero nunca me dejan marcas.

—Sacan muestras de fluidos, pero tan pequeñas que no lo sientes.

Craig apartó la hoja con un movimiento de la mano.

—¿Hacen eso realmente?

—Muestras muy, muy pequeñas. Sienten curiosidad por nosotros.

—¿Probando la comida, eh? —Craig frunció el ceño.— Pero si ellas pueden comerlas, ¿cómo es posible que los cerdos y los dinosaurios no puedan comerlas a ellas?

—Roy tonto. No nos comen. Quieren entendernos, pero no conocen otros símbolos que los átomos y los grupos y radicales químicos. —Midori se rió.— A veces me pregunto qué pensarán de nosotros. Quizá crean que somos semillas gigantes. Quizá crean que somos una sola molécula, terriblemente complicada. —Rozó con los labios una hoja pequeña, plateada y roja, que tenía en el brazo. La hoja se le subió a la mejilla.— Es el modo que tienen de vivir con nosotros.

—Bueno, pero eso es lo que llamamos comer.

—Se alimentan sólo de agua y de la luz del sol. No conciben una vida que devore vida. Oh, Roy, no nos comen. ¡Es como un beso!

Craig pensó que si él fuera una hoja podría tocar a Midori; los brazos y los hombros suaves, la mejilla firme. Suspiró profundamente.

—Conozco un beso mejor.

Midori bajó los ojos.

—¿Sí, Roy?

—Sí —dijo Roy, inseguro. Sentía una picazón en las manos sudorosas, torpes, demasiado grandes—. Midori, yo... algún día yo...

—¿Sí, Roy?

—¡Eh, la cuadrilla! —rugió una voz en lo alto del sendero.

Era Wilde que bajaba a trancos, con una sonrisa que exhibía sus grandes dientes equinos.

—Papá Toyama nos ha preparado una fiesta. Vamos —dijo. Miró de cerca a Midori y silbó entre dientes—. La pequeña y bonita Midori podría comer también con nosotros.

—Gracias, señor Wilde —respondió Midori con una voccecita fría.

Mientras subía por el sendero, Wilde le dijo a Midori:

—Aprendí la danza *tanko* en Belconti. Le dije a Toyama que si tocaba algo, nosotros bailaríamos para él luego de la comida.

—No tengo realmente ganas de bailar —dijo Midori.

Wilde y Cobb se sentaron junto

a Midori, y luego se alternaron cortejándola rudamente en la salita. Craig hablaba con Helen Toyama en un rincón. Helen era una mujer regordeta, plácida, que fingía no oír las torpes historias de caza que se contaban Jordan, Rice y Whelan. Papá Toyama estaba de pie, sirviendo vino. Parecía delgado, viejo y frágil. Craig miraba a Midori. Wilde tenía una cara cada vez más roja y hablaba cada vez más alto y no se apartaba de Midori. Bebía un tazón tras otro de vino. De pronto se puso de pie.

—¡Un brindis! —gritó—. ¡De pie, hombres! ¡Presenten armas a la pequeña y bonita Midori!

Los hombres se pusieron de pie y bebieron. Wilde rompió su tazón apretándolo entre las manos. Se guardó un trozo en el bolsillo y le alcanzó otro a Midori. Midori lo rechazó meneando la cabeza. Wilde sonrió mostrando los dientes.

—Los veremos a menudo, amigos, muy pronto —dijo—. Barim los traladará a todos a la Base. Nuestros hombres del laboratorio vendrán la próxima semana a recoger los materiales útiles.

La cara de papá Toyama, afilada y amable, perdió el color.

—Habíamos pensado siempre que la isla Burton sería un santuario dedicado al estudio de las hojas.

—No era lo que pensábamos nosotros, los de Mordin.

Toyama miró, impotente, de Helen a Midori.

—¿Cuánto tiempo nos queda para terminar nuestros proyectos?

—Wilde se encogió de hombros. —Un mes, digamos. Si necesitan tanto tiempo.

—Lo necesitamos, y más. —El viejo hablaba ahora con una voz colérica.— ¿Por qué no podemos quedarnos hasta que llegue la nave de relevo de Belconti, por lo menos?

—Esto ha sido nuestro hogar durante veinte años —dijo Helen dulcemente.

—Le diré al Cazador que les dé todo el tiempo posible —dijo Wilde más tranquilo—. Pero tan pronto como consigamos en las cámaras unas semillas translocadoras puras, sembraremos esta isla. Nos parece que obtendremos un efecto máximo en suelo virgen.

Papá Toyama parpadeó y asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Más vino? —preguntó mirando alrededor.

Wilde bailó con Midori y a Craig le pareció que la música de papá Toyama tenía un sonido raro, triste, como los trinos de las hojas.

Estos híbridos translocadores son realmente mortíferos, afirmaban los hombres del laboratorio. Los sistemas libres tenían una estabilidad térmica, y provocarían en las hojas los efectos de una fiebre. El índice de recombinación era fantástico. Habría que esperar, por supuesto, a que

la acción de los híbridos se manifestara realmente. Los tallos estaban aún infiltrándose en las áreas de la *thanasis*. Esos bastardos de Belconti tendrían que haber iniciado la translocación hacía años, gruñían los hombres del laboratorio. Asustados, tratando de prolongar sus empleos, y de conservar este planeta para ellos. Pero ahora sólo era necesario esperar.

Craig y Jordan se hicieron buenos amigos. Una tarde Craig estaba sentado a la mesa, en el salón de bebidas, cavernoso y humeante, esperando a Jordan. Una hora antes, en el campo de tiro, había disparado contra tres imágenes del Gran Russel batiendo a Jordan por diez puntos. Barim, que pasaba casualmente por el campo, le había palmeado la espalda a Craig y lo había llamado "rifle sólido". Craig sonreía al recordarlo. Vio que Jordan venía con la cerveza, abriéndose camino entre las filas de mesas ruidosas y pobladas y el horno donde giraba el cuerpo del cerdo. Jordan puso cuatro botellas en la mesa de madera tosca.

—¡Bebe, cazador! —dijo sonriendo—. ¡Muchacho, hoy te la has ganado!

Craig le devolvió la sonrisa y bebió un largo trago.

—Sentía la cabeza de hielo —dijo—. Era como si no fuese yo quien disparaba.

Jordan bebió y se engujo la boca con el dorso de la mano.

—Así es también en la realidad

—dijo—. Te conviertes en un gran rifle.

—¿Cómo es, Jordan? ¿Cómo es entonces?

—Nadie puede decirlo. —Jordan alzó los ojos hacia el humo.— No comes durante dos días, te hacen pasar por las ceremonias de caza, empiezas a sentirte de un modo raro, con la cabeza liviana, como si no tuvieras familia ni nombre. Entonces... —Apretó los puños.— Bueno, entonces... para mí... allí estaba el Gran Russel acercándose, cada vez más enorme... llenando el mundo... sólo él y yo en el mundo. —Jordan empalideció y cerró los ojos.— Ese es el momento. ¡Oh, ese es el momento! —Suspiró, y miró solemnemente a Craig.— Disparé como si fuera algún otro, como tú dijiste. Tres tiros a un flanco y *sentí* cómo lo alcanzaba.

Craig notó que el corazón le golpeaba el pecho. Se inclinó hacia adelante.

—¿Estabas asustado entonces, un poco por lo menos?

—No te asustas, pues en ese momento tú mismo eres el Gran Russel. —Jordan se inclinó también hacia adelante, murmurando:— Sientes que tus propios tiros te alcanzan, Craig, y sabes que ya nunca volverás a tener miedo. Es como si tú y el Gran Russel estuviesen bailando una danza sagrada desde hace un millón de años. Luego, en alguna parte de ti mismo, sigues bailando esa danza hasta que te mueres.

Jordan suspiró, se reclinó en la

silla y extendió la mano hacia la botella.

—Sueño mucho con eso —dijo Craig. Le temblaban las manos—. Me despierto asustado y sudoroso. Bueno, de todas maneras, mandé mi nota de inscripción al Colegio de Cazadores con la nave en que tú llegaste.

—Triunfarás, Craig. ¿No oíste como el Cazador te llamaba "rifle sólido"?

Craig sonrió, feliz.

—Sí, y fue como si lo hubiese dicho muchas otras veces.

—Mueve ese trasero, Jordan —dijo una voz jovial.

Era Joe Breen, el hombre calvo y fornido del laboratorio. Tenía seis botellas en las manos velludas. Sidis venía detrás. Joe puso las botellas en la mesa.

—Este es Sidis, mi ojo vigilante de Belconti —dijo.

—Conocemos a Sidis, es un viejo volador de cercos también —dijo Jordan—. Hola, Sidis. Estás engordando.

—Hola, Jordan, Roy —dijo Sidis—. No se te ha visto mucho últimamente.

Sidis y Joe se sentaron. Joe desatapó las botellas.

—Estamos casi todos los días afuera —dijo Craig.

—Estarán afuera más aún, tan pronto como obtengamos la semilla translocadora pura —dijo Joe—. No falta mucho. Sidis consigue continuamente nuevas variedades.

—Las conseguiremos y las plantaremos, ¿eh, Craig? —dijo Joe.

dan—. Sidis, ¿por qué no te libras de Joe y vienes otra vez a volar cercos?

—Hay mucho que aprender aquí en los laboratorios —dijo Sidis—. Nos haremos famosos con esto, si Joe y sus compinches no nos matan antes que publiquemos los resultados.

—Al diablo con los laboratorios. Para mí no hay nada como el campo. ¿No es cierto, Craig?

—Es cierto. El campo es limpio y agradable, gracias a las hojas —dijo Craig—. La reabsorción evita que haya cosas sucias, podridas y muertas. . .

—¡Bueno que me disparen por la espalda! —Joe golpeó la mesa con su botella.— La cerveza te pone poético, blanco —se burló—. Quieres decir realmente que se comen a sus propios muertos y sus propios excrementos. ¡Ahí tienes un tema para un poema!

Craig sintió aquella ira familiar e insensata.

—Gracias a ellos la vida no se detiene —dijo—. No comen otra cosa que agua y luz.

—Se alimentan con agua y helio —dijo Joe—. He estado leyendo unos informes. Un viejo, llamado Toyama, piensa que cataliza la fusión del hidrógeno.

—Sí. Es un hecho confirmado —dijo Sidis—. Crecen de noche y bajo tierra y en el invierno. Si uno lo piensa un rato, son realmente maravillosas.

—Diablos. Otro poeta —dijo Joe—. Todos ustedes los de Belconti son poetas.

—No, pero ojalá tuviésemos más poetas —dijo Sidis—. Roy, ¿no olvidaste lo que te dije hace un tiempo?

—No soy poeta —dijo Craig—. No he compuesto nunca una línea.

—Craig es de los nuestros. Barim lo llamó hoy "rifle sólido" —dijo Jordan, decidido a cambiar de tema—. Joe, ese viejo, Toyama, está todavía allí. En la isla de Burton. Tenemos órdenes de trasladarlo a la Base en nuestro próximo viaje de inspección.

—¡Gran Russel, debe de haber pasado aquí veinte años! —dijo Joe—. ¿Cómo aguantó?

—Se trajo a su mujer —dijo Jordan—. Craig mismo lleva aquí tres años, y lo soporta bien.

—Se está transformando en un condenado poeta —dijo Joe—. Blanco, te recomiendo que te vuelvas a casa en la próxima nave de relevo, mientras eres todavía un hombre.

Craig encontró sola a Midori. La casa parecía vacía. Los cuadros estaban apilados junto a cajones de libros y ropa. Midori lo recibió con una sonrisa, pero parecía fatigada y triste.

—Es duro, Roy. No quisiera irme —dijo—. No soporto pensar lo que van a hacer ustedes en esta isla.

—Nunca pienso en lo que hacemos, excepto que es necesario hacerlo —dijo Craig—. ¿Te ayudo a empacar?

—Ya hemos terminado. Estamos

trabajando desde hace días. Y ahora Barim se niega a transportar nuestras cajas de muestras. —Midori parecía estar a punto de echarse a llorar.— Papá Toyama tiene el corazón destrozado.

Craig se mordió los labios.

—Diablos, podemos transportar cincuenta toneladas —dijo—. Y nos sobra espacio. ¿Por qué no pedirle al señor Wilde que lleve esas cajas?

Midori tomó el brazo de Craig y alzó hacia él los ojos.

—¿Se lo pedirías, Roy? Yo... yo no quisiera deberle un favor.

Craig encontró una oportunidad luego de la cena en casa de los Toyama. Wilde había dejado de hacerle la corte a Midori y había llevado afuera su tazón de vino. Craig lo siguió y le preguntó si no podían llevar las cajas. Wilde miraba el cielo. Las dos lunas se movían en un campo claro poblado de estrellas.

—¿Y qué hay en todas esas cajas? —preguntó Wilde.

—Muestras, platinas y esas cosas. Es algo muy querido para ellos.

—Todo es nuestro ahora. Se supone que yo debiera destruirlo —dijo Wilde—. Oh, diablos. Muy bien, pero tú te encargarás de llevarlas a bordo. —Rió entre dientes.— Le pediré a Midori que hagamos un último paseo hasta esa laguna de ella. Le diré que tú estás cargando las cajas. —Le dio un codazo a Craig.— Puede ser una ayuda, ¿eh?

Luego de haber embarcado las

ochenta cajas, Craig se elevó a treinta metros de altura probando la estabilidad del aparato. Por la ventanilla lateral vio que Midori y Wilde salían de la casa de Toyama y desaparecían en el sendero del desfiladero. Wilde apoyaba el brazo en el hombro de la muchacha. Craig descendió a la casa de los Toyama, pero no tenía ganas de unirse otra vez al grupo. Se quedó afuera durante una hora, paseando de un lado a otro, sintiendo una furia apagada y dolorosa. Luego salieron los otros miembros de la cuadrilla, discutiendo ruidosamente.

—¡Eh, Craig! ¿Dónde has estado, muchacho? —Jordan palmeó el hombro de Craig.— Le aposté a Cobb que puedes ganarle mañana en el campo de tiro, como me ganaste a mí. Le haremos pagar la cerveza al viejo Cobb, ¿eh, muchacho?

—Me harán pagar un comino —dijo Cobb.

—No te escaparás —dijo Jordan—. Vamos, Craig. A dormir. Tienes que estar bien mañana.

—No tengo sueño —dijo Craig.

—Apuesto a que el viejo Bork está dando en el blanco en este momento —dijo Cobb.

Todos se rieron excepto Craig.

A la mañana siguiente, mientras volaban de regreso a la Base, Craig, que manejaba la máquina, oía que Wilde entonaba canciones de caza y hacía chistes en la cabina principal. Parecía todavía borracho. Cuando llegaron, hasta

ayudó a la cuadrilla a llevar los equipajes al edificio de los belcontis. Craig no encontró la ocasión de hablar con Midori. No estaba tampoco seguro de querer encontrarla. Esa misma tarde Cobb lo dejó muy mal parado en el campo de tiro. Jordan trató de consolarlo, pero Craig bebió hasta emborracharse. A la mañana siguiente lo despertaron las sacudidas insistentes de Jordan.

—¡Despierta, maldita sea! ¡Salimos otra vez, ahora mismo! —dijo Jordan—. Que Bork no sepa que te has quedado dormido. Algo le salió mal anoche en la casa de los belcontis y está furioso como una víbora sin cabeza.

Cuatro horas más tarde, todavía somnoliento y enfermo, vestido con el traje negro protector, Craig hizo descender la máquina otra vez en la isla Burton. Llevaban un cargamento de semillas translocadoras puras. Los hombres salieron.

—Jordan y el blanco —ordenó Wilde con el ceño fruncido—, siembren el camino del desfiladero hasta la cascada.

—Pensé que empezaríamos en los lugares altos y soleados —dijo Jordan—. Aquí hay mucha sombra.

—¡Siembren, he dicho! —Wilde mostró los dientes de caballo.—Vamos, Rice, Cobb, Whelan. Vayan alrededor de esos edificios.

Cuando terminaron la siembra, Jordan y Craig descansaron brevemente en el peñasco de cuarzo junto a la laguna. Craig

miró alrededor por primera vez. Las hojas bailaban y piaban encima de ellos. Los tallos que subían por las pendientes empinadas transmutaban la luz dorada del sol en una plateada y clara luz de luna que centelleaba en las paredes de cuarzo y en el agua de la cascada.

—Caramba, se está bien aquí —dijo Jordan—. Es bastante emocionante, ¿verdad? Será un hermoso campo de caza algún día.

—Vámonos —dijo Craig—. Nos esperan.

Dejaron la isla a la caída del sol. Craig miró los edificios abandonados por la ventanilla lateral. La casa de Midori, pequeña, olvidada, parecía acusarlo.

En la Base seis hombres murieron a causa de un sistema libre mutante antes que pudieran sintetizar un inmunizador. Un virus de control escapó de un translocador y los hombres de Wilde tuvieron que resignarse a descansar luego de meses de trabajo. La Base, antes jovial y ruidosa, parecía ahora apagada y triste. Los hombres de los laboratorios hablaban de sabotaje de los belcontis. Bebían durante horas, sin alegría.

En su primer día libre, Craig buscó una máquina de paseo, encontró a Midori en los edificios de los belcontis, y la invitó a volar. Midori se puso una blusa blanca, un collar de perlas, y una falda azul y amarilla. Parecía triste, y distraída. Craig olvidó

que estaba enojado con ella y trató de animarla. Volaban a casi dos mil metros de altura, hacia el sur.

—Estás hermosa con ese vestido. Pareces una hoja —dijo.

Midori sonrió débilmente.

—Mis pobres hojas. Cómo las extraño —dijo—. ¿A dónde vamos, Roy?

—A la isla Russel, allá abajo. Quiero que veas al Gran Russel.

—Quiero verlo —dijo Midori. En seguida dio un grito y apretó el brazo de Craig—. ¡Mira ese color en el cielo! ¡A la derecha!

—Hojas migratorias —explicó Craig—. Las vemos ahora continuamente.

—Ya sé. Acerquémonos. Por favor, Roy.

Craig llevó la máquina hacia la nube verde y dorada. Había allí millones de hojas, todas con el saco opalescente de hidrógeno inflado, e iban hacia el noreste con el viento.

—¡Qué hermosas son en el aire! —gritó Midori, con el rostro animado y ojos chispeantes—. ¡Entra, por favor, Roy!

Craig recordó haber visto a Midori animada del mismo modo, mientras pintaba en el desfiladero. Puso la máquina a la velocidad del viento dentro de la nube y perdió en seguida toda sensación de movimiento. Las hojas vívidamente coloreadas oscurecían el cielo, la tierra y el mar. Craig se sintió perdido y mareado. Se acercó más a Midori. La muchacha abrió su ventanilla

para que entraran los trinos y el aire aromático.

—Son tan hermosas que no puedo soportarlo —dijo—. No tienen ojos, Roy. Sólo nosotros podemos saber qué hermosas son.

Midori pió y trinó con una voz aguda y clara. Una hoja escarlata, verde y plateada se posó en la mano extendida de Midori, y la muchacha cantó para ella. La hoja desinfló su saco y agitó levemente unas alas de terciopelo. Craig se movió, incómodo.

—Parece casi como si te conociera —dijo.

—Sabe que la quiero.

—¿Que la quieres? ¿Es posible querer a algo tan distinto? —Craig frunció el ceño—. El amor no es eso para mí.

Midori alzó los ojos.

—¿Qué es el amor para tí?

—Bueno, desear proteger a quien quieres, luchar por él, hacer cosas por él. —Craig tenía la cara encendida.— ¿Qué puedes hacer por unas hojas?

—Tratar de que no las exterminen —dijo Midori dulcemente.— No empieces otra vez. No me gusta pensar en eso. Pero sé que debe ser así.

—Nunca será así —dijo Midori—. Lo sé. Mira todos esos dibujos y colores distintos. Papá Toyama recuerda un tiempo en que todas las hojas eran verdes. Desarrollaron los nuevos pigmentos y figuras fabricando sustancias contra la *thanasis*. —Midori bajó la voz.— Piénsalo, Roy. Todos esos colores y dibujos son ideas nue-

vas en la mente bioquímica, inconcebiblemente poderosa, de este extraño planeta. Esta nube es un mensaje, de un extremo a otro. ¿No te asusta?

—Tú me asustas. —Craig se alejó un poco de Midori. — Yo no sabía que han estado cambiando de ese modo.

—¿Quién ha pasado aquí bastante tiempo como para notarlos? ¿Quién se preocupa tanto como para mirar y ver? —Le temblaban los labios a Midori. — Pero piensa en la agonía y en los cambios. Los hombres han trabajado durante años tratando de matar este planeta. ¿Qué pasaría si algo... de algún modo... *entendiese*?

Craig sintió un frío en la nuca. Se apartó más de Midori. Se sentía raro y solo, hundido en aquella nube de perfume y trinos, fuera del tiempo y del espacio, inmóvil. No se atrevía a mirar a Midori.

—¡Maldición, este planeta pertenece al Gran Russel! —dijo roncamente—. ¡No fracasaremos! Por lo menos nunca recuperarán la Base o la isla Russel. Las semillas no pueden caminar por el agua.

Midori lo miró fijamente, y Craig no pudo saber si la muchacha lo juzgaba o le rogaba o lo interrogaba. Bajó los ojos.

—Sácate esa cosa de la mano —dijo—. Cierra la ventanilla. Nos iremos de aquí.

Media hora más tarde, la máquina volaba sobre las hierbas

verdes y normales y los robles normales de la isla Russel. Craig descubrió al Gran Russel y lo enfocó en la pantalla y miró con Midori cómo la bestia perseguía y mataba un búfalo. Midori ahogó un grito.

—Tres metros de alto, cuatro toneladas, y ligero como un gato —dijo Craig orgullosamente—. Ese pelo largo y rojizo es como alambres. Las manchas azules son corazas defensivas.

—¿No le bastan esos dientes para matar a sus presas? —preguntó Midori—. ¿Para qué enemigos necesita esas garras y cuernos terribles?

—Los de su propio especie, y nosotros. Nuestros muchachos lo cazarán aquí, en este mismo planeta, y se harán hombres. Nuestros hombres lo cazarán aquí, para curar sus almas.

—¿Estás enamorado de esa bestia, no es cierto? ¿Sabes que eres un poeta? —Midori no podía apartar los ojos de la pantalla. —Es hermosa, feroz y terrible, pero no lo que las mujeres llamamos belleza.

—Es el dios del planeta. Se necesitan cuatro disparos perfectos para derribarlo —dijo Craig—. Salta y ruge como un mundo que se acaba. Oh, Midori, ¡yo también tendré mi día!

—Pero puedes morir.

—Con la mejor de las muertes. En los días perdidos de la colonia nuestros abuelos lo perseguían con arcos y flechas —dijo Craig—. Aun ahora nos reunimos

a veces en una banda de juramentados y lo combatimos hasta la muerte con arcos y flechas.

—He leído acerca de esas bandas. Supongo que no es posible que sientas otra cosa.

—No quiero sentir otra cosa. Una banda juramentada es el mayor honor que pueda recibir un hombre —dijo Craig—. Pero gracias por tratar de entender.

—Quisiera entender, de veras, Roy. ¿Pero no puedes creer en tu propio coraje si no enfrentas al Gran Russel?

—Eso es lo que las mujeres no entenderán nunca. —Craig sorprendió la mirada interrogativa de Midori. — Las muchachas se convierten naturalmente en mujeres, pero el hombre tiene que hacerse a sí mismo. Es como si sólo el Gran Russel pudiese darme mi coraje de hombre. Hay cantos y ceremonias con sal y fuego... y luego el muchacho como un pedazo del corazón y... No quiero hablar de eso. Te reirías.

—Tengo ganas de llorar más que de reír. —Midori miró a Craig con una expresión rara. — Hay distintos tipos de coraje, Craig. Tienes más coraje de lo que crees. Debes buscar tu verdadero coraje en ti mismo y no en el del Gran Russel.

—No puedo. —Craig apartó los ojos. — No será nadie en mi interior mientras no enfrente al Gran Russel.

—Llévame a casa, Roy. Me parece que me echaré a llorar. —Mi-

dori bajó la cabeza y se llevó las manos a la cara. — Yo no tengo mucho coraje.

Volaron en silencio hacia la Base. Cuando Craig la ayudó a bajar de la máquina, Midori lloraba realmente. La muchacha apoyó un momento la cabeza en el pecho de Craig. Tenía en el pelo el aroma de las hojas.

—Adiós, Roy —dijo, con una voz tan débil que Craig apenas la oyó.

Luego Midori dio media vuelta y se fue corriendo.

Craig no la vio durante un tiempo. La cuadrilla de Wilde se pasaba los días en el campo, volando cercos y plantando semillas translocadoras. Craig se sentía mejor lejos de la Base. El humor de la gente de la isla era áspero ahora. En todas partes, a lo largo del continente del norte, unos nuevos tallos plateados, verdes y rojos manchaban las áreas de color verde oscuro de la *thanasis*. Otras cuadrillas informaron que en los continentes central y sur ocurría lo mismo. Wilde estaba todo el día furioso. Cobb maldecía amargamente ante cualquier nimiedad. Jordan dejó de bromear. Una noche, en el campamento, mientras trataba de conciliar el sueño, Craig oyó que Wilde gritaba preguntas incrédulas en el comunicador de la máquina. Poco después Wilde salía echando maldiciones para despertar a los hombres.

—¡Hay hojas en la isla de la

Base! ¡Los tallos brotan en todas partes!

—¡Gran Russel del cielo! —dijo Jordan incorporándose—. ¿Cómo es posible?

—¡Los plantaron los bastardos de Belcontil! —dijo Wilde—. Barim los arrestó a todos en nombre de las leyes de la Base.

Cobb se puso a maldecir en una voz tranquila y monótona.

—Los mataremos a todos —dijo Wilde ásperamente—. Sembraremos las semillas que nos quedan e iremos a ayudar.

Craig se sentía entumecido. No podía creerlo. Poco después del mediodía hacia descender la máquina en el campamento de la Base, en el área viciada que se extendía más allá de la rampa de emergencia. Wilde se limpió rápidamente y fue a ver a Barim mientras la cuadrilla descontaminaba la máquina. Cuando salieron del túnel de irradiación con ropas nuevas, Wilde los estaba esperando.

—¡Blanco, ven conmigo! —la dró.

Craig lo siguió hasta el edificio de piedra gris que se alzaba a orillas del prado. Entraron y Wilde empujó a Craig y lo metió en una sala.

—Aquí está, Cazador —dijo, y cerró la puerta.

Los muros de piedra estaban decorados con rifles, flechas y arcos. El corpulento jefe de cazadores, de pelo gris, con cuatro puntos rojos en la frente, esperaba sentado ante un escritorio de

madera, de frente a la puerta. Miró friamente a Craig, y le indicó con un movimiento de cabeza que se sentara en una silla, junto a la pared. Craig se sentó tiesamente en la más cercana a la puerta de entrada. Tenía la boca seca.

—Roy Craig —dijo Barim muy serio—, se te juzgará por la vida y el honor de acuerdo con las leyes de la Base. Jura ahora decir la verdad en nombre de la sangre del Gran Russel.

—Juro decir la verdad en nombre de la sangre del Gran Russel —dijo Craig con una voz que le pareció falsa a él mismo y sintiendo que transpiraba.

—¿Qué dirías de alguien que traicionase deliberadamente nuestro proyecto de destruir las hojas? —preguntó Barim.

—Sería culpable de traición de caza, señor. Sería un proscrito.

—Muy bien. —Barim juntó las manos y se inclinó hacia adelante clavando los ojos grises en Craig—. ¿Qué había en esas cajas que trajiste de la isla Burton? ¿Qué le dijiste a Bork Wilde?

Craig sintió un nudo en el estómago.

—Platinas, muestras, cosas científicas, señor.

Barim le hizo varias preguntas acerca de las cajas. Craig trató desesperadamente de decir la verdad sin nombrar a Midori. Barim lo obligó a nombrarla y luego lo interrogó acerca de las actitudes de la joven. Craig sintió un miedo terrible y creciente. No

apartó los ojos de la mirada de Barim y contó tortuosamente lo ocurrido, evitando citar a Midori. Al fin Barim quebró el eslabón de miradas dando una palmada en la mesa.

—¿Estás enamorado de Midori Blake, muchacho? —rugió.

Craig bajó los ojos.  
—No sé, señor —dijo, pensando tristemente cómo podía saber uno si estaba enamorado—. Bueno... me gusta estar con ella... nunca pensé... somos muy buenos amigos. —Tragó saliva.— No lo creo, señor —dijo al fin.

—Hay semillas de hojas sueltas en la isla —dijo Barim—. ¿Quién las plantó?

—Pueden caminar y plantarse ellas mismas, señor.

Craig sentía la boca seca como polvo. Evitó la mirada de Barim.

—¿Crees que Midori Blake sería moralmente capaz de traerlas aquí y soltarlas?

Craig torció involuntariamente la boca.

—Moralmente... no entiendo bien, señor...

Le transpiraban las manos.

—Pregunto si sería capaz de querer hacerlo, y de hacerlo.

Craig sintió un frío en el corazón. Miró a Barim a los ojos.

—No, no señor —dijo—. Nunca creería eso de Midori.

Barim sonrió ásperamente y dio otra palmada en la mesa.

—¡Wilde! —gritó—. ¡Traígalos!

Midori entró primero, vestida con una blusa blanca y una falda negra. Tenía la cara muy pálida,

pero serena, y le sonrió débilmente a Craig. Luego apareció Mildred Ames, delgada, vestida de blanco, y en seguida Wilde, con el ceño fruncido. Wilde se sentó entre Craig y la señorita Ames, y Midori en un extremo.

—Señorita Blake, el joven Craig ha sido claramente instrumento suyo, como usted misma ha afirmado —dijo Barim—. El juicio ha concluido y sólo falta la sentencia. Una vez más le suplico que nos diga por qué ha hecho esto.

—Usted no entendería —dijo Midori—. Contétese con lo que sabe.

Había hablado en voz baja, pero con firmeza. Craig se sintió desanimado y enfermo.

—Puedo entender sin perdonar —dijo Barim—. Por usted misma, tengo que conocer el motivo. Usted debe de estar loca.

—Sabe muy bien que no.

—Sí. —Barim pareció encogerse en su asiento.— Invente un motivo, entonces. —Casi suplicaba ahora.— Diga que odia a Mordin. Diga que me odia a mí.

—No odio a nadie. Siento pena por todos ustedes.

—¡Yo le diré un motivo! —La señorita Ames se puso de pie de un salto, con la cara encendida.— ¡Han jugado con la translocación de un modo insensato e irresponsable poniéndonos en peligro a todos! ¡Admitan la derrota y váyanse!

Esta intervención ayudó a que Barim recobrarla la compostura.

—Por favor, siéntese, señorita Ames —dijo con calma—. Dentro de tres meses la nave de relevo la alejará del peligro. Pero nosotros no admitimos la derrota ni tememos la muerte. No le pedimos a nadie que nos llore.

La señorita Ames se sentó, tiesa y desafiante. Barim volvió otra vez los ojos a Midori, con una cara de hierro.

—Señorita Blake, es usted culpable de traición de caza. Ha traicionado usted a su propia especie en una lucha con una forma extraña de vida —dijo—. Si no admite un motivo razonablemente humano, he de concluir que ha abjurado usted de su propia especie.

Midori no respondió. Craig le echó una mirada. La joven estaba sentada muy derecha, tranquila, con los pies juntos, y las manos en el regazo. Barim dio una palmada en la mesa y se puso de pie.

—Muy bien. En nombre de las leyes del campamento, la sentencia a usted, Midori Blake, a que sea apartada de la especie. Es usted una mujer y no pertenece a Mordin; por lo tanto le evitaré la pena más severa. Se la dejará, sin nada hecho con las manos, en la isla Burton. Allí podrá nutrirse un tiempo de los frutos y raíces de la Tierra, que usted ha traicionado. Si sobrevive hasta que llegue la nave de relevo, será devuelta a Belconti. —Barim miró fieramente a Midori.— ¿Tiene algo que decir an-

tes que dé orden de ejecutar la sentencia?

Los cuatro puntos rojos parecieron más brillantes en la palidez repentina de la frente del Cazador. Algo se quebró en Craig. Se levantó de un salto, gritando.

—¡No puede hacer eso, señor! ¡Es pequeña y débil! No conoce nuestras costumbres...

—¡Siéntate! ¡Cállate, llorón!

Wilde tironeó de Craig arrastrándolo hacia la silla.

—¡Silencio! —gritó Barim.

Wilde se sentó respirando con dificultad.

—Conozco demasiado bien las costumbres de ustedes —dijo Midori—. No necesito misericordia. Lléveme a la isla Burton.

—¡Midori, no! —La señorita Ames se volvió hacia la joven.— Te morirás de hambre. ¡La *thanasís* te matará!

—Tú tampoco entiendes, Mildred —dijo Midori—. Señor Barim, ¿me otorgará lo que pido?

Barim se inclinó hacia adelante, apoyándose en los codos.

—Así ha sido ordenado —dijo roncamente—. Midori Blake, casi me ha hecho sentir otra vez el gusto del miedo. —Se enderezó y volviéndose hacia Wilde habló con una voz impersonal:— Cumpla la sentencia, Wilde.

Wilde se puso de pie y le ordenó a Craig:

—Lleva la cuadrilla a la máquina. Que todos se pongan los trajes protectores. Corre, muchacho.

Craig salió tambaleándose a la luz del crepúsculo.

Craig llevó la máquina hacia el noreste, adelantándose al sol, recuperando la luz del día. En la cabina principal, detrás de él, dolía el silencio. Se inclinó hacia adelante, apartándose del mamparo de la cabina, como si quisiese empujar la máquina con los músculos. No quería pensar. Sabía que así tenía que ser y sin embargo no podía soportarlo. Luego de una angustiada eternidad hizo descender la máquina junto a los edificios desiertos de la isla Burton. Todos dejaron la máquina: los hombres vestidos de negro, Midori aún con la blusa blanca y la falda negra. Se mantuvo aparte, sin hablar, mirando su casita a orillas del precipicio. Las hojas de color verde oscuro de la *thanasís* crecían en todos los senderos.

—Abran los equipos de los cercos —ordenó Wilde—. Vuelen todos los edificios. Blanco, tú vienes conmigo.

En la casa de Midori, Wilde le ordenó a Craig que plantara perdigones explosivos cada tres pies a lo largo de los cimientos. Un sólo perdigón hubiese sido suficiente. Craig dijo al fin:

—El Cazador no dijo que hiciésemos esto, señor Wilde. ¿No podemos dejarle esta casa por lo menos?

—No la necesita. La *thanasís* la matará antes que amanezca.

—Dejemos que muera aquí entonces. Le gustaba mucho esta casa.

Wilde sonrió sin alegría, des-

nudando sus dientes de caballo. —Es una proscrita, blanco. Conoces la ley: nada hecho con las manos.

Craig inclinó la cabeza, apretando los dientes. Wilde silbaba una melodía sin sentido mientras Craig ponía los perdigones. Regresaron a la máquina y Jordan informó que ya habían puesto los explosivos para volar los otros edificios. Midori no se había movido. Craig quería hablar con ella, decirle adiós. Sabía que si trataba de hacerlo no encontraría las palabras y se pondría a gritar. La rara sonrisita de Midori parecía haberla llevado ya a otro mundo, a un millón de años luz de Roy Craig y los otros. Cobb miraba a Midori con una cara de rata ansiosa.

—Detonaremos desde el aire —dijo Wilde—. La explosión nos mataría si nos quedásemos aquí.

—Antes tenemos que sacarle las ropas —dijo Cobb—. Recuerda la ley, Bork: nada hecho con las manos.

—Es cierto —dijo Wilde.

Midori se quitó la blusa, mirando fijamente a Wilde. Una niebla roja le nubló los ojos a Craig.

—Carguen los equipos —dijo Wilde de pronto—. A la máquina todos. ¡Salten, perros!

Desde la ventanilla lateral junto a los controles Craig vio que Midori se alejaba por el camino del desfiladero. Caminaba tan descuidadamente como si fuese a pintar. La *thanasís* le tocaba las

piernas desnudas y Craig creyó ver el vívido color rojo, y sintió el dolor en su propia piel. La máquina se elevó con un rugido convulsivo. Cuando Wilde voló los edificios, Craig no miró por la ventanilla.

Alejándose del sol, hundido en un infierno sin pensamientos, Roy Craig corrió al encuentro de la noche.

Los hombres de Mordin libraron la batalla perdida de la Base con fuego, sustancias químicas y azadas. Craig trabajaba hasta caerse de cansancio para no tener que pensar. Los tallos crecían bajo tierra con una energía inverosímil. Reaparecían más numerosos cada vez, como cabezas de hidra. Nuevos capullos de hojas, del tamaño de una uña de pulgar, tenían el aire de la Base en animados torbellinos. En una ocasión Craig vio que Joe Breen lanzaba hachazos a las hojas danzantes.

Barim decidió al fin de mala gana que el campamento se trasladase a la isla Russel y que en la isla de la Base se sembrara *thanasis*. Craig se desmayó mientras ayudaba a levantar el nuevo campamento. Despertó en cama, en uno de los pequeños cuartos de la enfermería de la Base. El médico de Mordin le sacó muestras de sangre y le hizo algunas preguntas. Craig admitió haber sentido náuseas y dolores en las articulaciones durante varios días.

—Estuve un poco trastornado,

doctor —dijo defendiéndose—. No me di mucha cuenta.

—Tengo otros veinte que se dieron cuenta —gruñó el médico.

Salió del cuarto con el ceño fruncido. Craig se durmió, y cayó en una pesadilla interminable en la que huía de unos ojos de mujer. Despertaba a medias cuando le daban alguna medicina o lo sometían a alguna prueba clínica. Se dormía otra vez y enfrentaba un dinotauro Gran Russel que lo miraba con inescrutables ojos femeninos. A la mañana del segundo día despertó y vio a papá Toyama en otra cama que habían metido en el cuarto.

—Buenos días, Roy —dijo papá Toyama, sonriendo—. Me hubiera gustado encontrarte en otro sitio, de veras.

Había muchos enfermos y por lo menos diez habían muerto, le dijo a Craig. Los hombres de Belconti habían vuelto a los laboratorios y trabajaban frenéticamente tratando de identificar el agente y el vector. Craig se sentía vacío y con dolor de cabeza. No le importaba mucho. Vio la figura desdibujada de la señorita Ames, vestida con delantal blanco, que daba un rodeo a su cama y se detenía entre él y papá Toyama. La mujer tomó la mano del viejo.

—George, querido amigo, lo hemos encontrado —dijo.

—No sonrías, Mildred.

—No sonrío. Me he pasado la noche analizando los espectros de difracción —dijo—. Es lo que te

miamos, una variedad de dos variedades Ris.

—Ajá. Lo del planeta Froy otra vez —dijo el viejo serenamente—. Me gustaría ver a Helen. No nos queda mucho tiempo.

—Sí —dijo la señorita Ames—. Me ocuparé de eso.

Unos pasos rápidos y pesados sonaron afuera.

—Ah, estaba usted aquí, señorita Ames.

Barim, vestido de cazador, con ropas de cuero, cubrió el vacío de la puerta. La señorita Ames se volvió y lo miró por encima de la cama de Craig.

—Me dijeron que encontró el virus —dijo Barim.

La señorita Ames sonrió levemente.

—Sí.

—Bueno, ¿qué defensa hay? Doce han muerto. ¿Qué puedo hacer?

—Puede dispararle con un rifle. Es un sistema libre de *thanasis* que ha alcanzado dos grados de libertad temporal. ¿Significa algo para usted?

Las pesadas mandíbulas de Barim se cerraron como una trampa.

—No —dijo el hombre en seguida—, pero me doy cuenta. La plaga, ¿no es cierto?

La señorita Ames asintió.

—Ningún traje puede protegernos. No hay cura posible. Estamos todos infectados.

Barim se mordió el labio inferior y miró a la mujer en silencio.

—Ojalá nunca hubiésemos venido aquí —dijo al fin—. Pondré

en órbita el cohete de emergencia para advertir a la nave de relevo. Eso la salvará, cuando llegue, y Belconti podrá advertir al sector. —Una débil sonrisa ablandó las facciones torvas y ásperas de Barim.— ¿Por qué no me lo refriega por la nariz? ¿Por qué no me dice ahora que ya me había avisado?

—¿Necesito hacerlo? —La señorita Ames alzó la mandíbula.— Los compadeczo a ustedes, hombres de Mordin. Ahora morirán todos sin dignidad, pidiendo agua a gritos y llamando a sus madres. ¡Cómo detestarán esa muerte!

—¿Y eso la consuela? —Barim seguía sonriendo.— No, señorita Ames. Me he pasado la noche pensando que podía ser la plaga. Los hombres están labrando ya puntas de flecha. No uniremos en una banda juramentada y moriremos todos luchando con el Gran Russel. —Barim hablaba ahora con una voz más profunda y los ojos brillantes.— Unos irán tambaleándose, otros arrastrándose y llevaremos a los impedidos y todos moriremos como hombres.

—Como salvajes. No, no. —La señorita Ames alzó las manos en un ademán de sorpresa protesta.— Perdone, señor Barim, mis palabras. Necesito su ayuda, y la de todos sus hombres. Si nos esforzamos, algunos podrán sobrevivir.

—¿Cómo? —gruñó Barim—. En el planeta Froy...

—En el planeta Froy nuestra gente sólo contaba con recursos humanos. Pero estoy segura de

que aquí las hojas han sintetizado ya el inmunizador de la plaga, un inmunizador que parece escapar a las posibilidades de la ciencia terrestre. —La señorita Ames habló con una voz temblorosa.— Por favor, ayúdenos, señor Barim. Si podemos encontrarlo, aislarlo y estudiar su estructura. . .

Barim la interrumpió bruscamente.

—No. Demasiado largo. Uno no debe escapar chillando a la muerte, señorita Ames. Mi alternativa es decente y segura.

La señorita Ames alzó otra vez la barbilla y habló con una voz aguda:

—¿Cómo se atreve a condenar a sus propios hombres sin consultarlos? Pueden elegir luchar por la vida.

—No. No los conoce. —Barim se inclinó y sacudió el hombro de Craig con afecto y rudeza a la vez.— Muchacho —dijo—, te levantarás e irás con nosotros en una banda juramentada, ¿no es cierto?

—No —dijo Craig, alzando la cabeza de la almohada y apoyándose temblorosamente en los brazos.

La señorita Ames sonrió y le palmeó la mejilla.

—Te quedarás y nos ayudarás a sobrevivir, ¿no es verdad?

—No —dijo Craig.

—Muchacho, ¡cuidado con lo que dices! —advirtió Barim—. El Gran Russel puede morir también de la plaga. Le debemos una muerte limpia.

Craig se incorporó del todo. Miraba fijamente hacia adelante.

—Inmunda sea la sangre del Gran Russel —dijo lenta y claramente—. Inmunda con excrementos y carroña. Inmunda. . .

El puñetazo de Barim tiró la cabeza de Craig contra la almohada, partiéndole el labio.

—¡Estás loco, muchacho! —murmuró el Cazador, muy pálido—. ¡Ni aun loco puedes decir esas palabras!

Craig se incorporó a medias otra vez.

—Ustedes son los locos, no yo —dijo. Se pasó la lengua por los labios y la sangre le goteó sobre la chaqueta de dormir—. Moriré proscrito, así moriré. Proscrito en la isla Burton. —Se encontró con la mirada incrédula de Barim.— Inmunda sea. . .

—¡Silencio! —gritó Barim—. Sí, serás proscrito. Te llevará una cuadrilla, extraño.

Dio media vuelta y salió rápidamente del cuarto. La señorita Ames lo siguió.

—Hombres de Mordin —dijo, meneando la cabeza.

Craig se sentó en el borde de la cama y se alisó la empapada tela del pijama. El cuarto giró, borroso, a su alrededor. La sonrisa de Papá Toyama era como una luz.

—Estoy avergonzado. Estoy avergonzado. Por favor, perdonanos, Papá Toyama —dijo Craig—. No sabemos hacer otra cosa que matar, matar y matar.

—Todos hacemos lo que debe-

mos hacer —dijo el viejo—. La muerte cancela las deudas. Será bueno descansar.

—No mis deudas. Nunca descansaré —dijo Craig—. Lo supe de pronto. Gran Russel, cómo lo supe. Supe que amaba a Midori Blake.

—Era una muchacha rara. Helen y yo pensábamos que te quería, allá en la isla Burton. —Papá Toyama inclinó la cabeza.— Pero nuestras vidas son sólo piedrecitas en una cascada. Adiós, Roy.

Jordan entró poco después, vestido con un traje negro protector. Miró a Craig con una expresión amarga de desprecio. Señaló la puerta con el pulgar.

—¡Arriba, extraño! ¡En marchal

En pijama y descalzo, Craig lo siguió. Alguien gritó en algún lugar de la enfermería. Parecía la voz de Cobb. Cruzaron el campo de las naves. El paisaje parecía una escena submarina. Unos hombres cargaban combustible en el cohete de emergencia. Craig se sentó en la máquina apartado de los otros. Faltaba Cobb. Wilde tenía la cara roja y temblaba con los ojos brillantes de fiebre. Jordan se sentó a los controles. Nadie habló. Craig dormitó y vio unas sombras coloreadas mientras la máquina dejaba atrás el sol. Despertó cuando descendían en la isla Burton, a la luz del alba.

Descendió y se quedó de pie, tambaleándose, al lado de la máquina. La *thanasis* asomaba entre los escombros de los edifi-

cios y crecía en los senderos hasta la altura del pecho. Las hojas se agitaban en los tallos y piaban somnolientas en el aire húmedo. Los ojos de Craig buscaban algo, un recuerdo, una presencia, una consumación, un descanso, no sabía bien qué. Lo sentía muy cerca. Wilde se acercó por detrás y lo empujó. Craig echó a caminar.

—¡Extraño! —llamó Wilde.

Craig se volvió. Miró los ojos febriles que brillaban sobre la sonrisa de dientes equinos. Los dientes se movieron:

—Inmunda sea la sangre de Midori Blake. Inmunda con excrementos y. . .

En los huesos y en los músculos de Roy Craig estalló una fuerza que no venía de ninguna parte. Saltó, descargó el puño y sintió en los nudillos los dientes rotos de Wilde. Wilde cayó. Los otros bajaron en desorden de la máquina.

—¡Derecho de sangre! ¡Derecho de sangre! —gritó Craig.

—¡Derecho de sangre! —repitió Wilde.

Jordan contuvo a Rice y a Whelan. Craig sintió que un fuego le animaba los nervios. Wilde se incorporó escupiendo sangre, balanceando los puños. Craig fue a su encuentro. El mundo giró y osciló, atravesado por colores centelleantes, con jadeos, gruñidos y maldiciones. No obstante, firmes en el centro de las cosas, Wilde sostenía la pelea y Craig respondía rápidamente. Sintió los golpes, pero ningún dolor, y luego

sus propios golpes, en todo el cuerpo, hasta los tobillos. Cayeron entre la escoria de los edificios, dando puntapiés, manotazos, sin aliento, y lucharon de rodillas golpeando con puños y brazos. La escena se aclaró al fin y Craig vio con un ojo el cuerpo inerte y doblado de Wilde. Se incorporó tambaleándose. Se sentía sin peso y limpio por dentro.

—Derecho de sangre, extraño—dijo Jordan, ceñudo y esperando.

—Déjemoslo así—dijo Craig.

Se volvió hacia la senda de los acantilados, ignorando los dolores que sentía en el pecho, aplastando las plantas exuberantes de la *thanasís*. Una campana llamaba dentro de su cabeza. De regreso, de regreso, de regreso. No miró hacia atrás.

La *thanasís* era más rala en el desfiladero sombrío. Craig oyó la cascada y unos viejos recuerdos descendieron sobre él. Se volvió para mirar el agua y se le doblaron las piernas. Se arrodilló junto al peñasco de cuarzo. Midori estaba allí de algún modo. Ella era de este lugar.

La luz del alba entraba ahora oblicuamente en el desfiladero. Centelleaba en el cuarzo y dibujaba un arco iris en la espuma de la cascada. Las hojas se elevaban desde los fantasmales tallos plateados para bailar su propio arco iris en el aire. Algo subió en la garganta de Craig, ahogándolo. Las lágrimas le empañaron el ojo sano.

—Midori—dijo—. Midori.

La presencia era ahora abrumadora. Craig sintió que le estallaba el corazón. No podía encontrar palabras. Alzó los brazos y la cara amoratada al cielo, y gritó incoherentemente. Luego la oscuridad barrió el dolor intolerable.

*Movimientos titánicos. Vientos que se apresuraban. Violencias en enjambre.*

*Uniones en la oscuridad. Un trillón de un trillón de veces de búsquedas pacientes. Luces rotas que se filtraban, plateadas, verdes, doradas, rojas.*

*Mitigaciones. Lisuras. Transformaciones en otras cosas.*

*Conciencia llameante, vasta como un planeta y diminuta como un átomo, sin foco. La protosenibilidad de un dios que anhela conocerse a sí mismo. Interminable y paciente agonía en busca del ser.*

*Forma y color que se despliega. Centelleos de terrible alegría y de amor inexpressable. Miraba. Sentía. Olía. Gustaba.*

*Cristalinas extensiones polares. Vino de dulzura. Dorado resplandor solar en el agua azul. Caricia de un viento perfumado. Espina de amargura. Tamborileo de lluvia. Curva plateada y verde de una colina. Rugidos y sacudidas de tormenta. Acrutud de sal. Montañas dormidas. Golpe de olas. Dibujos de estrellas derramados en la oscuridad. Ausencia de aspereza. Lunas frescas de la noche.*

*Saba y amaba.*

*Hombres ocultos bajo unas malezas. Llanura verde. Sol alto y dorado. Rugidos. Forma roja y velluda que salta. Arcos que se estiran. Luces de flechas que susurran. Gritos roncros de hombres. Lanzas. Cuerpos desgarrados. Atravesados por cuernos, golpeados por patas. Forma grande que se agacha. Tritura. Sangre que corre. Gritos que se apagan.*

*Sabía y lamentaba.*

*La mujer en la laguna. El caballo en corrientes de luz solar. Gracia. Belleza que era dolor.*

*El amor la sacudia, terriblemente.*

*Disposición reposada, total, e imaculada, para siempre. El hombre forjado otra vez. Excitación que estalla. De regreso. ¡De regreso! ¡De regreso!*

*Despertó en su mundo.*

Era como despertar fresco y descansado en la hermosa mañana de un día donde va a ocurrir algo maravilloso. Craig estaba sentado en una cavidad al pie de un enorme tallo de plata. Apartó unos fragmentos que parecían de papel y vio el estanque y oyó la cascada. Midori dio un grito de alegría y se acercó corriendo. Craig se incorporó, sano y fuerte, para darle la bienvenida.

—¡Midori! Midori, ¿cuándo moriste?—Quería saber un millón de cosas, pero había una que le parecía más importante:— ¿Puedo perderte otra vez?

—Nunca.

Midori sonreía, radiante. Ambos estaban desnudos. Craig no se sentía excitado ni avergonzado.

—No morimos, Roy—dijo Midori—. Nos hicieron de nuevo.

—La plaga los mató a todos.

—Sí, pero nosotros no morimos.

—Cuéntame.

Craig escuchó como un niño, creyendo sin entender. De algún modo la existencia planetaria había encontrado en su infinito espectro de vida una banda que correspondía a los seres humanos.

—Como si fuésemos moléculas gigantes aisladas y esta vida hubiese descubierto nuestra fórmula estructural—dijo Midori.

Los humanos habían sido reabsorbidos en la biomasa del planeta, librados luego de la *thanasís* y reconstituidos sin mácula.

—Somos inmunes a la *thanasís* ahora—dijo Midori—. Nos han hecho de nuevo, Roy.

Craig no tenía ya la cicatriz roja de la *thanasís* en el tobillo. Todas sus otras cicatrices habían desaparecido también. Tomó las manos de Midori, contempló su belleza, y creyó.

—Tratamos durante tanto tiempo de matarlas—dijo.

—Las hojas no podían saberlo. Para ellas la muerte y la ruina son sólo cambios vitales—dijo Midori, sonriendo maravillosamente—. Esta vida nunca se divide, Roy. En la totalidad no hay sino amor.

—Amar es hacer una totalidad—dijo Craig—. Sé acerca del amor ahora.

Le contó a Midori sus visiones.  
—Yo también las tuve. Nos fundimos con la conciencia planetaria.

—Seguiremos comiendo y bebiendo y durmiendo... y todo? Midori rió.

—¡Tonto Roy! —Tironeó de las manos de Craig.— Por supuesto. Ven, te mostraré.

Tomados de la mano corrieron a la laguna. Las arenas le lastimaban los pies a Craig. Junto a la laguna los tallos se habían unido como cercos formando una serie de cuartos conectados, como conos huecos. Craig siguió a Midori por los cuartos. Eran limpios y secos y había en ellos sombras plateadas. Salieron otra vez y Midori le mostró unas excrescencias castañas en algunos tallos. Arrancó una, le sacó la cubierta que parecía un papel delgado, y descubrió unos nódulos perlados, del tamaño de ciruelas, apretados en la cavidad. Partió un nódulo en dos con los dientes y se llevó la otra mitad a los labios.

—Prueba —dijo.

Craig comió. Era una materia fresca y quebradiza, con un sabor delicioso e insólito. Comió otros nódulos, contemplando a Midori.

—Hay cientos de estas vesículas —dija la muchacha—. Todas tienen sabor distinto. Crecieron sólo para nosotros.

Craig la miró y luego observó la belleza del desfiladero, inundado por una luz intensa y transmutada. No pudo soportarlo. Ce-

rró los ojos y se apartó de Midori.

—No puedo. No puedo, Midori —dijo—. No soy bastante bueno para esto.

—Lo eres, Roy.

—Tú querías esto antes. Pero yo sólo pensaba en destruirlo. Y ahora ha hecho esto por mí.  
—Craig sintió en su interior un dolor agónico.— Quisiera devolverle ese amor y no puedo. No ahora. Ni más tarde. No puedo, Midori.

—Roy. Escúchame. —Midori estaba ante Craig otra vez, pero él no abrió los ojos.— Esta vida emergió con potencialidades infinitas. Dominó el ambiente utilizando sólo partes minúsculas de esas potencialidades. Nunca se dividió ni luchó contra sí misma para evolucionar de un cierto modo. Vivió como en un sueño. Podía haber pasado la eternidad soñando.

—¿Hasta que nosotros llegamos, quieres decir? ¿Con la *thanasis*?

—Sí. La obligamos a cambiar, a intentar recombinaciones genéticas, a acelerar procesos. Lo que ocurría en un sitio, podía ser duplicado en otra parte, pues todo es uno. Un año aquí equivale a millones de años de evolución terrestre. La vida se elevó a un nuevo nivel de conciencia.

Craig sintió la mano de Midori en el brazo. No abrió los ojos.

—¡Escúchame, Roy! Nosotros la despertamos. Nos conoce y nos quiere por eso.

—¡Nos quiere por la *thanasis*!

—Quiere también a la *thanasis*. Conquistó a la *thanasis* con amor.

—Y me conquistó también a mí. Me domó. Como una mascota. Un parásito. ¡No, no puedo, Midori!

—¡Oh no! Roy, por favor, ¡entiende! Nos piensa ahora, bioquímicamente. Como las hojitas más minúsculas, somos pensamientos de esta mente extraña. Se me ocurre que hemos dado nitidez a su conciencia, de algún modo. Hemos sido para ella como un sistema de símbolos, como un instrumento que da forma...

Midori bajó la voz. Craig podía sentir su calor y su cercanía.

—Somos también pensamientos de ella que se piensan a sí mismos, los primeros que ella tiene —murmuró Midori—. Es un misterio grande y sagrado. Nos quiere y nos necesita. —La muchacha se apretó contra Craig.— ¡Roy, mírame!

Craig abrió los ojos. Midori sonrió, suplicante. Craig le acarició la suave curva de la espalda y sintió que ella se estremecía. La abrazó con fuerza. Todo estaba bien.

—Puedo quererla ahora —dijo—. La quiero a través de ti.

—Te devolveré su amor —susurró Midori— en el hombro de Craig.

Luego, tomados del brazo, deslumbrados por aquel amor, caminaron hacia el mar. Se detuvieron en la arena centelleante y el agua fresca les golpeó los tobillos.

—Roy, ¿lo has pensado? Nunca estaremos enfermos, nunca envejeceremos. Nunca tendremos que morir.

—Craig hundió la cara en los cabellos de Midori.

—Nunca es mucho tiempo.

—Si nos cansamos, podemos ser reabsorbidos y perdersen otra vez en la conciencia planetaria. Pero eso no es la muerte.

—Nuestros hijos pueden continuar.

—Y los hijos de nuestros hijos.

—Podría hacer esto por cualquiera ahora, ¿no es cierto? —preguntó serenamente Roy.

—Sí. Por cualquier ser humano viejo o enfermo que viniese aquí —dijo Midori—. Recobrarán la juventud y la fuerza para siempre.

—Sí. —Craig alzó los ojos hacia el cielo azul y abovedado.— Pero ahí arriba hay un cohete con un mensaje de advertencia, para que no se acerquen. Desearía, desearía que ellos pudiesen saber...

—Que ellos son su propia plaga.

—Craig le acarició la cabeza a Midori.

—Un día lo sabrán —dijo. ♦

*Título original:* Hunter, come home. *Traducción de M. Figueroa.*

*En las últimas horas de la segunda guerra mundial el director de los subterráneos de Doarhaus explicó así la derrota alemana: un exceso de armas superiores (la bomba V-2 de von Braun) y pocas armas inferiores (aviones de caza). Superioridad fue durante un tiempo lectura obligatoria en los cursos de ingeniería aeronáutica del Instituto de Tecnología de Massachusetts.*

## SUPERIORIDAD

Arthur C. Clarke

DESEO ACLARAR ANTE TODO QUE con este relato —enteramente espontáneo— no trato de ganarme la simpatía de nadie ni de mitigar la sentencia de la Corte. Escribo esto para refutar algunas informaciones falsas, aparecidas en los periódicos que me han permitido leer, o que he oído por la radio de la prisión. Estas informaciones han dado una imagen totalmente errónea de la causa de nuestra derrota, y como jefe de las fuerzas armadas de mi raza, en el momento de la cesación de hostilidades, siento que debo protestar contra quienes acusan falsamente a mis compañeros de armas.

Espero asimismo que esta declaración explique los motivos de mis dos peticiones a la Corte, y que la incitará a acordarme un favor que no se me puede negar en nombre de ningún principio.

La causa real de nuestro fracaso fue muy sencilla: a pesar de todas las declaraciones en contrario no se debió a falta de coraje en nuestros hombres ni a alguna falla de la Flota. Fuimos derrotados por una sola razón: la ciencia inferior de nuestros enemigos. Repito: la ciencia inferior de nuestros enemigos.

Cuando estalló la guerra no dudábamos de la victoria final. Las flotas combinadas de nuestros aliados excedían en número y en armamento a las de nuestros enemigos, y éramos superiores en casi todas las ramas de la ciencia militar. Estábamos seguros de que no nos arrebatarían esta superioridad. Los hechos probaron, ay, que nuestra confianza estaba demasiado bien fundada.

En los comienzos de la guerra nuestras armas principales eran el torpedo automático de largo al-

cance, las esferas de relámpagos dirigibles y las distintas variedades del rayo Klydon. Todas las unidades de la flota disponían de este equipo, y aunque el enemigo tenía armas similares, sus instalaciones eran en general menos poderosas. Contábamos además con el apoyo de un Servicio de Investigación Militar mucho más importante, y con esta ventaja inicial no podíamos perder.

La campaña se desarrolló de acuerdo con los planes previstos, hasta que libramos la batalla de los Cinco Soles. La ganamos, por supuesto, pero no habíamos esperado tanta resistencia de parte del enemigo. Comprendimos entonces que la guerra podía ser más difícil y más larga de lo que habíamos pensado. Se convocó, por lo tanto, a una conferencia de comandantes supremos para discutir la futura estrategia.

El general profesor Norden, nuevo jefe del Servicio de Investigación que acababa de ser nombrado para sustituir a Malvar, nuestro mayor hombre de ciencia, muerto recientemente, asistía por vez primera a una de esas conferencias de guerra. Malvar había sido responsable, más que ningún otro factor aislado, de la eficiencia y poder de nuestras armas. La pérdida de este hombre nos había afectado, pues, gravemente; pero nadie dudaba de la eficiencia de su sucesor, aunque a muchos de nosotros no nos pareció prudente nombrar a un hombre de ciencia

teórico en un puesto de tanta importancia. Sin embargo, éramos sólo una minoría.

Recuerdo muy bien la impresión que nos dio Norden en esa conferencia. Los asesores militares estaban preocupados y como de costumbre pidieron consejo a los hombres de ciencia. ¿Había alguna posibilidad, les preguntaron, de que mejorásemos nuestro armamento, acrecentando así aún más nuestra ventaja?

La respuesta de Norden fue absolutamente inesperada. Le habíamos preguntado esto a Malvar, frecuentemente, y él siempre había hecho lo que nosotros deseábamos.

—Francamente, caballeros —dijo Norden—, lo dudo. Nuestras armas actuales han llegado prácticamente a la perfección. No deseo criticar a mis antecesores y el excelente trabajo realizado por el Servicio de Investigaciones en el curso de las generaciones últimas, pero ¿han advertido ustedes que desde hace un siglo no ha habido ningún cambio básico en los armamentos? Temo que esto sea el resultado de una tradición que se ha vuelto conservadora. El Servicio de Información se ha dedicado durante mucho tiempo a perfeccionar las viejas armas en vez de inventar otras nuevas. Felizmente, nuestros adversarios han cometido el mismo error, aunque esta situación puede cambiar en cualquier momento.

Las palabras de Norden causaron una impresión desagradable,

pero esta había sido sin duda su intención, pues lanzó inmediatamente un ataque a fondo.

—Lo que necesitamos son armas nuevas, armas enteramente distintas de todas las que hemos utilizado hasta ahora. Podemos crear estas armas. Nos llevará tiempo, por supuesto, pero desde que me he hecho cargo de la organización he reemplazado a algunos de los investigadores más viejos por hombres jóvenes, y he orientado los trabajos hacia campos inexplorados muy prometedores. Creo en verdad que pronto seremos testigos de una revolución en el arte de la guerra.

No nos convenció. El tono de la voz de Norden había sido demasiado presuntuoso. No sabíamos entonces que no anunciaba nunca un proyecto que no hubiese perfeccionado en el laboratorio. *En el laboratorio...* para Norden, la fase operativa.

No había pasado un mes cuando nos trajo las pruebas del caso: la Esfera Aniquilante, que desintegraba completamente la materia en un campo de varios cientos de metros. Tanto nos entusiasmó la nueva arma que no advertimos un defecto fundamental: el hecho de que era una esfera y que destruía por lo tanto el complicado equipo generador en el instante mismo del lanzamiento. Esto, claro está, significaba que no podía utilizársela en naves de guerra, sino sólo en proyectiles teleguiados. Nos pusimos inmediatamente a la tarea de transfor-

mar todos los torpedos automáticos en instrumentos capaces de llevar la nueva arma. Por el momento no lanzaríamos nuevas ofensivas.

Comprendemos ahora que este fue nuestro primer error. Creo aún que fue un error natural, pues nos había parecido que todas nuestras armas se habían vuelto anticuadas de la noche a la mañana y las considerábamos casi reliquias primitivas. No nos dábamos cuenta entonces de la magnitud de la tarea que habíamos emprendido y del tiempo que necesitaríamos para llevar a la batalla esta superarma revolucionaria. Desde hacía un siglo no ocurría nada parecido y no podía guiarnos ninguna experiencia previa.

No habíamos pensado tampoco que el problema de la transformación de los torpedos fuese tan difícil. Hubo que diseñar un nuevo tipo, pues el modelo común era demasiado pequeño. Esto significaba a su vez que sólo las naves mayores podían lanzar el arma, pero ya estábamos dispuestos a pagar este precio. Al cabo de seis meses, instalamos la esfera en las naves pesadas de la flota. Los ensayos y maniobras de prueba fueron satisfactorios y nos dispusimos a entrar en acción. Saludábamos ya en Norden al arquitecto de la victoria, y él nos había prometido armas aun más espectaculares.

En seguida ocurrieron dos cosas. Una de nuestras naves de

batalla desapareció completamente durante un vuelo de ensayo, y la investigación mostró que en ciertas condiciones el radar de largo alcance de la nave podía provocar la explosión de la esfera en el momento mismo del lanzamiento. La modificación necesaria para salvar este defecto era mínima, pero nos retrasó otro mes y fue motivo de fricciones entre los jefes navales y los hombres de ciencia. Estábamos ya preparados otra vez para la acción, cuando Norden anunció que el radio de eficacia de la esfera había sido decuplicado, es decir que la posibilidad de destruir a una nave enemiga había sido multiplicada por mil.

Teníamos que modificar otra vez las armas, pero pensamos que el nuevo retraso valía la pena. Durante todo este tiempo, por supuesto, no habíamos atacado en ningún frente, y el enemigo, envalentonado, lanzó una inesperada ofensiva. Así perdimos los sistemas de Kyrane y Florianus, y la fortaleza planetaria de Rhamsandron.

Fue un golpe molesto, pero no grave, pues los sistemas recapturados por el enemigo no eran hostiles, y nuestra administración había encontrado allí dificultades. Recobraríamos, sin duda, nuestras posiciones en el futuro próximo, tan pronto como pudiésemos utilizar la nueva arma.

Estas esperanzas sólo se cumplieron en parte. Tuvimos que renovar la ofensiva con un nú-

mero insuficiente de Esferas Aniquilantes, y nuestro éxito fue por lo tanto limitado. Hubo, sin embargo, otro impedimento más serio.

Mientras equipábamos al mayor número posible de nuestras naves con el arma irresistible, el enemigo había acelerado febrilmente su programa naviero. Las naves de que disponía eran del viejo tipo, con las viejas armas, pero ahora superaban en número a las nuestras. Cuando entramos en acción, descubrimos que el número de unidades atacantes dejaba atrás nuestras provisiones en un ciento por ciento. Las nuevas armas automáticas se encontraban así con demasiados blancos y perdían el rumbo, y nuestras bajas excedieron el número previsible. Las bajas del enemigo fueron aún más numerosas, pues una vez que la Esfera alcanzaba su objetivo la destrucción era segura, pero el resultado final no nos había sido tan favorable como habíamos esperado.

Además, mientras el grueso de nuestra flota libraba estas batallas, el enemigo lanzó un ataque audaz contra los sistemas débilmente defendidos de Eriston, Duranus, Carmanidor y Faranidon, recapturándolos a todos. Nos encontramos así expuestos a la amenaza de bases enemigas situadas a menos de cienmilla años luz de nuestros planetas.

Se convocó entonces a una reunión de comandantes supremos y hubo allí muchas recriminacio-

nes. Casi todos culpaban a Norden. El gran almirante Taxaris, en particular, sostuvo que gracias a nuestra arma supuestamente irresistible estábamos mucho peor que antes. Hubiéramos debido continuar la construcción de naves convencionales, declaró, evitando así la pérdida de nuestra superioridad numérica.

Norden, furioso, llamó a los comandantes navales chapuceros ingratos. Pero comprendí que estaba preocupado —como todos nosotros— por el curso inesperado de los acontecimientos. Nos insinuó que quizá hubiera un modo de remediar rápidamente la situación.

Sabemos ahora que la organización había estado trabajando en el Analizador de Batallas durante muchos años, pero en ese entonces la noticia fue para nosotros una verdadera revelación y quizá perdimos la cabeza. Las argumentaciones de Norden, por otra parte, eran seductoras y convincentes. ¿Qué importa, nos dijo, que el enemigo tenga dos veces más naves que nosotros si la eficiencia de las nuestras puede ser duplicada y aun triplicada? El factor que limitaba las guerras, desde hacía decenas de años, no pertenecía al orden de la mecánica sino de la biología, pues era cada vez más difícil para una mente o grupo de mentes resolver las cambiantes complejidades de las batallas en un espacio de tres dimensiones. Los matemáticos de Norden habían analizado

algunas batallas clásicas del pasado descubriendo que aunque habíamos obtenido la victoria nuestras unidades habían operado con menos de la mitad de su eficiencia teórica.

El Analizador de Batallas modificaría esto reemplazando el estado mayor de operaciones por calculadoras electrónicas. En teoría la idea no era nueva, pero hasta ahora no había sido más que un sueño utópico. Nos costó creer, a muchos de nosotros, que no fuese sino una fantasmagoría. Sin embargo, luego de asistir a varias batallas ficticias, muy complejas, quedamos todos convencidos.

Decidimos entonces instalar las máquinas en cuatro naves pesadas. Cada una de las flotas principales contaría así con un analizador. En este momento comenzaron las dificultades, aunque no lo supimos hasta mucho después.

El Analizador contenía poco menos de un millón de tubos electrónicos y necesitaba la atención de un equipo de quinientos técnicos. Como era absolutamente imposible acomodar a este personal suplementario a bordo de una nave de guerra, cada una de las cuatro unidades tenía que ser acompañada por una nave de pasajeros, para transportar a los técnicos que no estaban de servicio. Los trabajos de instalación de las computadoras fueron también lentos y tediosos, pero hicimos un esfuerzo extraordinario y

conseguimos completarlos en seis meses.

Luego, consternados, tuvimos que enfrentar un nuevo contra-tiempo. Para servir a los Analizadores se habían seleccionado alrededor de cinco mil especialistas, preparados cuidadosamente en las escuelas técnicas. Al cabo de siete meses, un diez por ciento de estos hombres era víctima de colapsos nerviosos y sólo un cuarenta por ciento lograba sortear con éxito las pruebas finales.

Una vez más se sucedieron las acusaciones mutuas. Norden, por supuesto, dijo que los investigadores no eran responsables, ganándose así la enemistad de los servicios de personal y de instrucción técnica. Se decidió al fin que sólo usaríamos dos de los cuatro Analizadores, y que pondríamos en acción los otros dos tan pronto como dispusiéramos de más técnicos. No había tiempo que perder, pues la moral del enemigo aumentaba y lanzaba una ofensiva tras otra.

La flota del primer Analizador recibió orden de recapturar el sistema de Eriston. Ya en camino, y por uno de esos azares de la guerra, la nave que llevaba a los técnicos chocó con una mina a la deriva. Un crucero de guerra hubiese sobrevivido, pero la nave de pasajeros fue completamente destruida, junto con su inapreciable carga. De modo que abandonamos la operación.

La otra expedición tuvo más éxito, al principio. Pronto fue

evidente que el Analizador confirmaba las previsiones de los inventores: el enemigo sufrió una seria derrota en el primer encuentro. Se batió inmediatamente en retirada, dejándonos en posesión de Saphran, Leucon y Hexamerax. Pero los observadores enemigos debían de haber advertido el cambio en nuestras tácticas y la presencia inexplicable de una nave de pasajeros en el corazón de nuestra flota de guerra. Debían de haber notado, también, que nuestra primera flota se había retirado luego de la pérdida de una nave similar.

En el próximo encuentro, el enemigo aprovechó su superioridad numérica para lanzar un ataque abrumador contra la nave del Analizador y la nave satélite desarmada. Este ataque no tuvo en cuenta las pérdidas —las dos naves, por supuesto, estaban muy protegidas— y logró al fin su objetivo. El resultado fue la virtual decapitación de la flota, y no tuvimos tiempo de readoptar los viejos métodos de combate. Retrocedimos perseguidos por el fuego graneado del enemigo y perdimos todo lo que habíamos ganado además de los sistemas de Lormya, Ismarus, Beronis, Alpranid y Sideneus.

En este momento el gran almirante Taxaris expresó su desaprobación suicidándose y yo asumí el comando supremo.

La situación era ahora grave e irritante. El enemigo avanzaba con sus naves anticuadas, inefi-

caces, aunque ahora mucho más numerosas, mostrando un obstinado conservadorismo y una total falta de imaginación. Era deprimente pensar que si hubiéramos continuado las construcciones navieras, sin buscar nuevas armas, nuestra posición hubiera sido mucho más ventajosa. Hubo muchas discusiones acaloradas en las que Norden defendía a los hombres de ciencia, únicos responsables de la situación de acuerdo con la opinión de todos los otros. No obstante, y esta era la dificultad principal, Norden podía probar que todas sus afirmaciones habían sido ciertas, y que tenía una excusa perfecta para todos los desastres. Y nosotros ya no podíamos echarnos atrás: había que encontrar el arma irresistible. Al principio había sido un lujo que hubiese acertado la duración de la guerra. Ahora era una necesidad, si queríamos obtener la victoria. Teníamos que defendernos, lo mismo que Norden.

Norden estaba más decidido que nunca a recobrar su prestigio y el de la organización. Pero habíamos sufrido dos decepciones, y no cometeríamos otra vez el mismo error. Los veinte mil hombres de ciencia de Norden producirían seguramente muchas nuevas armas. Nosotros seguiríamos nuestro propio camino.

Estábamos equivocados. La última arma era algo tan fantástico que aun ahora parece difícil creer que haya existido alguna vez.

Tenía un nombre inocente, neutro —Campo Expotencial—, que nada decía de sus verdaderas posibilidades. Había sido descubierta por algunos matemáticos de Norden en el curso de una investigación teórica acerca de las propiedades del espacio. Todos sin excepción quedaron sorprendidos cuando advirtieron que los resultados de la investigación tenían aplicación física.

Es difícil explicar al lego cómo opera el campo. De acuerdo con las descripciones técnicas el campo "produce una condición expotencial del espacio, de modo que una distancia finita en el espacio lineal y normal puede ser infinita en el seudo espacio". Norden citó una analogía que a muchos de nosotros nos pareció muy útil. Era como si uno tomase un disco chato de goma —imagen de una región del espacio normal— y luego estirase su centro hasta el infinito. La circunferencia del disco no cambiaría, pero el "diámetro" sería infinito. En el espacio ocurría lo mismo, cuando actuaba el generador de campo expotencial.

Si un anillo de aparatos hostiles, por ejemplo, rodeaba a nuestras naves, bastaba encender el generador para que el enemigo pensase que la nave de la máquina y las del otro extremo del círculo se habían retirado a la nada. Sin embargo, la circunferencia del círculo sería la misma, aunque el trayecto al centro sería de duración infinita, pues a

medida que uno avanzaba las distancias parecerían crecer continuamente, en relación con los cambios en la "escala" del espacio.

Era una situación de pesadilla, pero muy útil. Nada podía alcanzar a una nave que llevaba el Campo. Rodeada por una flota enemiga sería tan inaccesible como si estuviese en el otro extremo del universo. Por supuesto, no podría regresar a la lucha sino desconectando el Campo, pero esto también era una ventaja, y no sólo para la defensa sino asimismo para el ataque. Pues una nave provista del Campo podía acercarse secretamente a cualquier nave enemiga y aparecer de pronto en medio de esa flota.

Esta vez el arma nueva no parecía tener fallas. No necesito decir que investigamos todas las objeciones posibles antes de comprometernos otra vez. Afortunadamente el equipo era bastante simple y no necesitaba de muchos asistentes. Luego de largas discusiones, decidimos acelerar la producción del generador. Evidentemente, teníamos poco tiempo, y la guerra se volvía contra nosotros. Habíamos perdido ya casi todas nuestras conquistas iniciales y las fuerzas del enemigo habían incursionado varias veces en nuestro propio sistema solar.

Logramos contener al adversario mientras reequipábamos la flota y preparábamos las nuevas técnicas de combate. Para emplear el Campo era indispensable localizar la formación enemiga,

establecer una trayectoria que intersecara esa formación, y luego encender el generador durante un período calculado de tiempo. Al cortar el campo —si los cálculos habían sido exactos— uno se encontraría en el centro mismo de la formación, y podría causar daños considerables aprovechando la confusión del enemigo. Si era necesario uno podía retirarse del mismo modo.

Las primeras maniobras de prueba fueron satisfactorias y el equipo parecía digno de confianza. Luego de numerosos simulacros de ataque las tripulaciones se acostumbraron a la nueva técnica. Tomé parte en uno de estos vuelos de prueba y recuerdo vívidamente mis impresiones cuando encendimos el generador. Las naves que nos rodeaban parecieron alejarse como si se encontraran en la superficie de una burbuja en expansión, y en un instante se habían desvanecido completamente. Lo mismo las estrellas, aunque podíamos ver la galaxia a nuestro alrededor como un débil anillo de luz. El radio virtual de nuestro seudo espacio no era realmente infinito, sino de unos quinientos mil años luz, de modo que la distancia a las estrellas más lejanas de la galaxia no había aumentado mucho, aunque las más cercanas, por supuesto, habían desaparecido.

Estas maniobras de prueba, sin embargo, tuvieron que ser interrumpidas a causa de una multitud de dificultades técnicas meno-

res que descubrimos en distintas partes del equipo, principalmente en los circuitos de comunicación. Eran dificultades más molestas que graves, pero decidimos regresar a la base y corregirlas allí.

En ese mismo momento el enemigo inició lo que quería ser sin duda un ataque decisivo al planeta fortificado de Iton, en los límites de nuestro sistema solar, y tuvimos que lanzarnos a la batalla antes de haber ajustado los equipos.

El enemigo debió de creer que habíamos descubierto el secreto de la invisibilidad, y así era, en cierto sentido. Nuestras naves salieron bruscamente de la nada e infligieron tremendos daños, durante un tiempo. Y luego ocurrió algo desconcertante e inexplicable.

Yo comandada entonces la nave *Hircania*. Habíamos operado como unidades independientes, cada una contra un objetivo asignado. Los detectores observaron una formación enemiga y los oficiales midieron cuidadosamente la distancia. Establecimos la trayectoria y encendimos el generador.

Dejamos el campo expotencial en el momento en que debíamos de estar pasando por el centro del grupo enemigo. Advertimos consternados que entrábamos en el espacio normal a una distancia de muchos centenares de kilómetros, y cuando descubrimos al enemigo, él también nos descubrió a nosotros. Nos batimos rápidamente en retirada e hicimos

otra tentativa. Esta vez estábamos tan lejos del enemigo que él nos vio primero.

Era obvio que algo funcionaba mal. Decidimos entonces ponerlos en contacto con otras unidades de la flota para saber si habían experimentado las mismas dificultades. Una vez más fracasamos, y sin motivo comprensible, pues los aparatos de comunicación parecían funcionar perfectamente. Tuvimos que pensar, aunque esta idea era fantástica, que todo el resto de la flota había sido destruido.

No deseo describir las escenas de que fui testigo cuando las unidades desperdigadas de la flota regresaron trabajosamente a sus bases. En realidad, no habíamos sufrido muchas bajas, pero las tripulaciones estaban completamente desmoralizadas. Casi todas las naves habían perdido contacto con las otras unidades de la flota y habían descubierto fallas inexplicables en los equipos telemétricos. El Campo Expotencial, evidentemente, era la causa de estos errores, que no aparecían hasta que apagábamos el generador.

Encontramos la explicación demasiado tarde. Habíamos perdido virtualmente la guerra, y la derrota final de Norden no nos sirvió de mucho consuelo. Como ya he dicho, los generadores producían una distorsión radial del espacio, y a medida que uno se acercaba al centro del seudo espacio artificial las distancias parecían más y más grandes.

Cuando se cerraba el generador, la situación era otra vez normal.

Pero no del todo. No era nunca posible restaurar *exactamente* el estado inicial. Encender y apagar el Campo equivalía a alargar y contraer la nave que llevaba el generador. Había además algo así como un efecto histérico, de modo que la situación inicial era irreproducible, debido a los miles de cambios eléctricos y a los movimientos de masa que la actividad del campo producía en la nave. Estas asimetrías y distorsiones eran acumulativas, y aunque muy pocas veces superaban el uno por ciento, bastaban para perturbar los telémetros de precisión y los circuitos de los aparatos de comunicación. Ninguna nave aislada podía detectar el cambio sino comparando otros equipos con los propios o tratando de comunicarse con otras naves.

El resultado fue un caos indescriptible. Nadie sabía ya con certeza si el elemento de una nave podía servir de algo a bordo de otra. Ni siquiera los tornillos y tuercas eran intercambiables, y no había piezas de repuesto. Si hubiésemos tenido tiempo, hubiéramos podido superar estas dificultades, pero miles de naves enemigas estaban atacando entonces con armas que parecían de hacía siglos, comparadas con las que habíamos inventado. Nuestra armada magnífica, estropeada por

nuestra propia ciencia, luchó como pudo hasta que fue aplastada y obligada a capitular. Las naves provistas de generadores de campo eran aún invulnerables, pero inútiles como unidades combatientes. Cada vez que encendían los generadores para escapar a algún ataque enemigo, la distorsión permanente de los equipos aumentaba aún más. Al cabo de un mes, todo había terminado.

Esta es la verdadera historia de nuestra derrota, pero no pretendo defenderme con ella ante la Corte. Hago esta declaración, como ya he dicho, para refutar a quienes han insultado y difamado a mis hombres, y señalar la verdadera causa de nuestra desgracia.

Finalmente reitero mi pedido. La Corte podrá juzgar ahora que tengo mis razones, y espero que se me conceda en seguida.

La Corte sabe que las condiciones de alojamiento y la vigilancia constante a que estamos sometidos, día y noche, son bastante penosas. Sin embargo, no me quejo de esto. No me quejo tampoco de que hayan encerrado a dos hombres en cada calabozo, a causa de la falta de espacio.

Pero no me hago responsable de mis actos futuros si me obligan a seguir compartiendo mi celda con el profesor Norden, ex jefe del Servicio de Investigación de mis fuerzas armadas. ♦

*Título original: Superiority. Traducción de J. Valdivieso.*

*John Anthony es el seudónimo de un notable poeta norteamericano, profesor de literatura, y director de una conocida casa editora.*

## EL HIPNOGLIFO

*John Anthony*

JARIS TENÍA EL OBJETO EN LA palma de la mano mientras acariciaba con el pulgar el hueco de la cara pulida.

—Es realmente la pieza que más estimo en mi colección —dijo—, pero no tiene nombre. La llamo el hipnoglifo.

—¿El hipnoglifo? —dijo Maddick dejando otra vez en la mesa un magnífico ópalo venusino, del tamaño de un huevo de ganso y de colores abigarrados.

Jaris le sonrió al hombre más joven.

—El hipnoglifo —repitió—. Tome, échele una ojeada.

Maddick sostuvo el objeto en la palma, acariciándolo suavemente, pasando lentamente el pulgar por el hueco.

—¿Esto es su pieza más estimada? —preguntó—. Pero cómo, no es más que un pedazo de madera.

—Un hombre —dijo Jaris— puede ser descrito como nada más que un pedazo de carne, pero tiene algunas propiedades insólitas.

Maddick paseó la mirada por

el cuarto de tesoros mientras acariciaba el hueco con el pulgar.

—Es verdad. Nunca he visto más propiedades en un cuarto.

La voz de Jaris apartó suavemente el filo de codicia que había asomado en la voz del hombre más joven.

—La vida de usted no ha sido muy larga. Quizá aún pueda aprender algo nuevo.

Maddick enrojeció un instante, frunció apenas los labios y se encogió de hombros.

—Bueno, ¿para qué sirve? —preguntó extendiendo la mano y mirándose los dedos que acariciaban el objeto.

Jaris rió entre dientes.

—Para lo que usted está haciendo, exactamente. El objeto es irresistible. Una vez que lo toma usted en la mano, el pulgar acaricia automáticamente el hueco, y odia automáticamente tener que dejar de acariciarlo.

La voz de Maddick tuvo ese tono que los muy jóvenes reservan para complacer a los muy viejos.

—Es un aparatito agradable —dijo—. ¿Pero por qué ese nombre tan presuntuoso?

—¿Presuntuoso? —dijo Jaris—. Me parece descriptivo, nada más. El objeto es realmente hipnótico. —Sonrió observando cómo los dedos de Maddick jugaban con el objeto.— Quizá usted recuerde a un escultor llamado Gainsdale que creó cosas parecidas a fines del siglo veinte. Fundó una escuela llamada Tropismo.

Maddick se encogió de hombros, absorto aún en el objeto.

—Todos y cada uno fundaron una escuela de algo en esa época.

—Era una teoría interesante —dijo Jaris tomando un cristal arturiano del espacio y mirando el abanico de rayos luminosos—. Gainsdale argumentaba, y con razones suficientes me parece, que en la superficie de todo organismo hay respuestas táctiles naturales. Un gato prefiere naturalmente que lo acaricien de cierto modo. Un heliotropo se mueve naturalmente hacia la luz.

—Y a uno le toman naturalmente el pelo —se burló Maddick—. Hasta ahora hemos enumerado ciertas ideas básicas de tropismo, con una *t* minúscula. ¿Qué más?

—No importan tanto las ideas sino las aplicaciones prácticas —dijo Jaris, ignorando la rudeza del hombre más joven—. Gainsdale llevó simplemente sus estudios de tropismo más allá que ningún otro. Que ningún otro en la Tierra, por lo menos. Opinaba que

todas las superficies del cuerpo responden naturalmente a ciertas formas y texturas, y comenzó a esculpir objetos que de acuerdo con sus propias palabras hacían naturalmente felices a las superficies del cuerpo. Creó objetos para frotarse la nuca, o para frotarse la frente. Hasta pretendía curar así el dolor de cabeza.

—Antigua terapéutica china, simplemente —dijo Maddick—. No hace más de una semana compré un talismán del siglo octavo que cura reumatismos por frotamiento. Una mera curiosidad.

—Gainsdale conoció ciertamente la glífica oriental —dijo Jaris—, pero trató de sistematizar esas ideas en una serie de principios. En una ocasión intentó resucitar la moda de los netzké japoneses, esas figuritas pulidas que los samurais llevaban en los cinturones. Sin embargo, Gainsdale prefería esculpir para todo el cuerpo. Experimentó con la joyería psíquica y diseñó brazaletes que eran naturalmente agradables para el brazo. Durante un tiempo creó sillas que eran irresistibles para las nalgas.

—Todo un arte —dijo Maddick, haciendo girar el objeto que tenía en la mano y tomándolo otra vez como antes para que el pulgar pudiese acariciar la pequeña concavidad—. Podríamos decir que bajó directamente a los fundamentos.

Le sonrió a Jaris como celebrando su propio ingenio, pero no encontró respuesta.

—Era, realmente, todo un hombre —dijo Jaris muy serio—. No sé si se le ocurrió la idea por ese asunto de las sillas y las nalgas, pero poco después comenzó a experimentar con accesorios que preservarían la potencia sexual. Una liga de defensa de esto o de aquello le impidió seguir adelante, pero vale la pena recordar que tuvo un hijo cuando ya había cumplido los ochenta y cuatro.

Maddick miró brevemente a Jaris, de soslayo.

—¡Al fin una aplicación práctica!

Jaris observó la mano de Maddick que aún acariciaba el hipnoglifo. Los dedos del joven se movían automáticamente.

—Luego —dijo Jaris ignorando la mirada de Maddick— se puso a esculpir bloques de dormir, almohadas de madera parecidas a esos bloques de porcelana del Japón, pero moldeadas para dar placer a la cabeza. Gainsdale decía que provocaban hermosos sueños. Pero sobre todo esculpió objetos para las manos, como los artifices japoneses de talismanes que se limitaron a crear netzkes. Al fin y al cabo, la mano no es sólo el órgano táctil natural. Tiene además la clase de movilidad que responde más agradablemente a la textura y a la masa.

Jaris dejó el cristal del espacio y contempló la mano de Maddick.

—Exactamente como hace usted en este momento —dijo—. Gainsdale buscaba el objeto que la mano humana no puede resistir.

Maddick se miró la mano. Los dedos se le movían como si estuviesen solos con la cosa, separados del brazo y de la mente.

—Reconozco que es agradable —dijo—. ¿Pero no le parece un poco traído por los pelos? No me hará creer usted que el placer es realmente irresistible. Si no podemos dominar nuestros deseos de placer, ¿cómo no nos estrangulamos luchando por acariar este objeto?

—Quizá —dijo Jaris suavemente— porque mi deseo de acariar lo es menor que el suyo.

Maddick paseó los ojos por el cuarto de tesoros.

—Quizá pueda usted permitírselo —dijo, y durante un instante no hubo suavidad en su voz. Pareció darse cuenta él mismo, pues cambió inmediatamente de tema—. Pero yo creía que usted sólo coleccionaba objetos extraterrestres. ¿Cómo se explica que tenga esto aquí?

—Por una curiosa coincidencia —dijo Jaris—. O una de las muchas curiosas coincidencias. El objeto que usted tiene en la mano es extraterrestre.

—¿Y las otras curiosas coincidencias? —dijo Maddick.

Jaris encendió un cigarro infecto.

—Me parece que debiéramos comenzar por el principio —dijo a través del humo.

—Algo me hacía presentir que había aquí una historia —dijo Maddick—. Ustedes los coleccionistas son todos iguales. Nunca

he conocido a ninguno que no fuese un aficionado a los cuentos. Quizá éstos sean la verdadera razón de un objeto de una colección.

Jaris sonrió.

—Una enfermedad profesional. ¿Coleccionamos para contar historias, o contamos historias para poder coleccionar? Quizá si se le cuento bien pueda coleccionarlo a usted. Bueno, siéntese y trataré de superarme. Un nuevo auditorio, una nueva oportunidad.

Le indicó a Maddick que se sentara en un sillón de hueso, muy tallado. Puño la vasija humectante, los sellos de la droga, y una garrafa de brandy del Danubio al alcance de la mano de Maddick, y se sentó al escritorio invitándolo con una seña a que se sirviera él mismo.

—Supongo —dijo Jaris luego de esa pausa anterior al relato que ningún narrador puede omitir—, supongo que una de las razones por las que aprecio tanto este objeto es que me lo procuré en mi último viaje al espacio exterior. Como usted ve —añadió señalando la colección con un leve movimiento de la mano—, cometí el error de regresar rico, y eso mató en mí la inquietud de los viajes. Heme pues aquí atado a la Tierra por mi propia avidez.

Maddick, hundido en su sillón, acariciaba el hueco con el pulgar.

—Ser insolentemente rico no es el peor destino imaginable.

Pero Jaris estaba enfrascado en su historia.

—Yo había estado buscando cristales del espacio en los alrededores de Deneb Kaitos —continuó— cuando de pronto la fortuna se me cruzó realmente en el camino: un anillo de asteroides, un enjambre de esos maravillosos cristales. Cargamos la nave con cantidad suficiente como para comprar dos veces la Tierra, y ya nos volvíamos cuando descubrimos que Deneb Kaitos tenía un sistema planetario. Distintas expediciones habían visitado ya la región, pero nadie había mencionado el sistema y nosotros habíamos estado tan ocupados con la carga que no habíamos hecho muchas observaciones. Comprendí entonces que el supuesto anillo de asteroides era en realidad un planeta que había estallado y que describía una órbita alrededor de su sol. Los fragmentos contenían un ocho por ciento de diamantes puros, de modo que habíamos descubierto sin duda el mayor filón del universo.

—Inspeccionamos rápidamente el sistema y decidimos posarnos en DK-8 para las verificaciones habituales y la búsqueda de formas de vida. En DK-6 había ya indicaciones de vida, pero insuficientes para justificar una escala suplementaria. En cambio, en DK-8 las indicaciones eran notables. Tan notables que era muy posible que ganáramos el Premio de la Federación. Comparado con una nave cargada de cristales del espacio, aun un millón de unida-

des no era más que unas monedas, pero la idea de descubrir un nuevo grupo inteligente nos atraía mucho. El complejo de Colón, presumo.

"En fin, nos posamos en DK-8, y allí conseguí ese objeto que usted tiene en la mano. En DK-8 es un implemento de caza.

Maddick pareció estupefacto.

—De caza —dijo—. ¿Quiere usted decir como en el caso de David y Goliath? ¿La piedra de una honda?

—No —dijo Jaris—. No es un proyectil. Es una trampa. Los nativos la emplean para cazar animales.

Maddick miró el dispositivo, acariciándolo siempre.

—Oh, por favor —dijo—. No querrá decir que disponen las trampas, esperan a que entren las termitas y luego se comen a las termitas. No esa clase de trampa.

La voz se le endureció a Jaris un instante.

—Hay muchas cosas raras en el espacio. —En seguida dijo con una voz más dulce:— Es usted joven todavía. Tiene bastante tiempo. Ese dispositivo, por ejemplo, usted no creerá que es el fundamento de toda una cultura. No está preparado para creerlo.

La sonrisa de Maddick decía: "Bueno, al fin y al cabo, no esperará usted que acepte esas bobadas".

—Un cuento es un cuento —dijo en alta voz—. Prosigga.

—Sí —dijo Jaris—. Supongo que

es increíble. Como todo el espacio, por otra parte: una constante recurrencia de lo increíble. Al cabo de un tiempo uno olvida qué es la norma. Uno es entonces ya un verdadero hombre del espacio. —Miró un momento la colección brillante a su alrededor.— DK-8, por ejemplo. Una vez que el indicador nos advirtió que encontraríamos inteligencia, no nos sorprendió descubrir seres casi humanos. En esa época se creía universalmente que la inteligencia era propia de los primates y de sus familias. La inteligencia no podría nacer si no se tiene una mano prensil y un arco supraorbital. Un mono se adapta a su ambiente desarrollando una cola y unas manos que le permiten pasar de árbol a árbol y unos ojos que miden la distancia de los saltos. Pero ocurre que la mano es buena también para tomar cosas y que los ojos son buenos para mirarlas de cerca, y pronto el mono se pone a recoger cosas y comienza a tener ideas. Y pronto también comienza a emplear utensilios. Un unglado no podría servirse de una herramienta ni aun en un billón de años; no tiene nada con que sostenerla. No hay razón, me parece, para que los lagartos no tengan una cierta inteligencia, excepto que no la tienen. Es probable que la causa sea un sistema nervioso inferior.

Jaris se interrumpió de pronto, comprendiendo que se había de-

jado llevar por el entusiasmo de la argumentación.

—En realidad, he regresado hace poco tiempo —dijo con una sonrisa—. En el espacio estos temas son motivo de discusiones acaloradas. —Habló otra vez con una voz más suave.— Decía yo que no nos sorprendió mucho encontrar seres casi humanos, pues ya habíamos advertido indicaciones de vida inteligente...

—Es raro que no haya oído hablar de eso —dijo Maddick—. Estoy bastante al corriente, y una verdadera similitud...

—Ocurre —interrumpió Jaris a su vez— que no informamos.

La sorpresa alteró la voz de Maddick.

—Cielo santo, ¿y me lo dice usted a mí? ¿Qué puede impedirme que lo denuncie en la Base de la Federación del Espacio donde le sondearán el cerebro? —Paseó los ojos una vez más por la sala de tesoros como haciendo un inventario, y frunció los labios ávidamente, un momento. En seguida dijo con voz más tranquila:— Claro, antes tendría que creerle.

Jaris se reclinó en su silla, como perdido en sus propios pensamientos, y durante un instante pareció que hablaba desde el fondo de una caverna.

—No tiene ninguna importancia —dijo—. Y además —continuó con una sonrisa, hablando ahora desde más cerca—, usted ha dicho que no me cree.

Maddick se miró la mano que acariciaba continuamente las su-

perficie lisa del objeto. El pulgar serpeaba en la concavidad pulida, entrando, subiendo y saliendo, entrando, subiendo y saliendo. Maddick alzó los ojos, buscando la mirada de Jaris.

—¿Debería creerle? —preguntó.

Una vez más examinó la cámara de tesoros, deteniéndose un rato en el gabinete de cristales del espacio.

Jaris advirtió la mirada de Maddick y sonrió.

—Sí, yo también lo he pensado. Una víctima fácil para un chantajista.

Maddick apartó los ojos.

—Si el chantajista acepta esa historia.

Jaris sonrió.

—Siempre la misma duda. ¿Qué opinaría usted si le dijese que esa similitud permite que los terrestres se acoplen con los DK?

Maddick esperó largo rato antes de contestar, con los ojos clavados en el objeto, en los dedos que se movían y acariciaban. Meneó la cabeza como queriendo alejar una idea.

—Ya nada puede sorprenderme, realmente. Es raro, pero le creo a usted. Y hay algo más raro aún. Se que yo debiera decirle que es imposible. —De pronto elevó la voz.— Un momento. ¿Qué significan estos disparates? —En seguida dijo otra vez con calma:— Muy bien. Sí, así es. Le creo a usted. Debo de estar loco, pero le creo a usted.

—¿Lo suficiente como para denunciarme?

Maddick enrojeció.  
—Me temo que no le harán caso y le dirán que es imposible —continuó Jaris—. Una verdadera lástima —añadió con cansancio—. Como le dije antes, yo hubiese sido una buena presa para un chantajista. —Hizo una pausa y concluyó, dulcemente:— No se preocupe, hijo.

Maddick no se indignó. Se miró la mano que acariciaba aún el objeto y dijo con indiferencia:

—¿Es un desafío?

Jaris meneó la cabeza.

—Un lamento —dijo—. Echó una bocanada de humo y habló más animadamente—. Además, todos los argumentos que niegan esta posibilidad son muy sólidos. Distintas formas de vida pueden acoplarse en algunas de las ramas de evolución divergentes si las especies están relacionadas entre sí por un antecesor común bastante próximo. El león y el tigre, por ejemplo, o el caballo y el asno. Pero no ocurre lo mismo en las evoluciones convergentes. Es probable que se desarrolle en otro mundo una especie que se parece de algún modo al hombre, y con espacio y tiempo suficientes podrían desarrollarse muchos individuos, pero la química y la fisiología del huevo y del espermatozoide son demasiado complejas para que sea posible una relación sin un antecesor común. No obstante, los terrestres pueden acoplarse con las mujeres DK, y se han acoplado con ellas. Esto parece increíble, dicho así en este

cuarto, pero al cabo de un tiempo uno descubre que no hay nada imposible en las profundidades del espacio.

—Las profundidades del espacio —dijo Maddick dulcemente, como si acariciase las palabras con el mismo placer sensual con que acariciaba el objeto pulido.

Jaris advirtió este cambio de tono en la voz de Maddick y asintió.

—Tiene usted tiempo. Un día irá allá. Pero volvamos a DK-8. La única diferencia real entre un DK y un ser humano es el pelo y la estructura de la piel. DK-8 tiene una atmósfera densa y tropical, con abundancia de anhídrido carbónico y nieblas perpetuas. Los rayos del sol atraviesan difícilmente la atmósfera. Por consiguiente, la vida animal de la que nacieron las criaturas inteligentes de DK nunca tuvo que desarrollar una piel protectora. El pelo es desconocido en el planeta. En cambio, las formas de vida de DK desarrollaron una piel extremadamente sensible a los rayos difusos del sol. La piel es blanda y pálida como la de una babosa. Si un DK fuese expuesto a los rayos directos del sol durante unos pocos minutos, moriría de insolación.

Jaris adelantó el cigarrillo y echó una nube de humo sobre el extremo encendido.

—La naturaleza —dijo— juega siempre dos cartas al mismo tiempo. La mano preñil se desarrolló por un motivo y se convirtió en

algo útil para otra cosa. Del mismo modo, la piel extremadamente sensible de los DK se desarrolló en un principio para absorber la mayor cantidad posible de luz solar, y se convirtió con el tiempo en la base de un sentido táctil tremendamente desarrollado.

—Todo esto es válido para los animales dominados por los tropismos. Cuando un animal empieza a acariciar uno de esos objetos, como usted ahora, no puede ya detenerse.

Maddick sonrió y se miró la mano sin responder. Los costados pulidos del objeto brillaban opacamente, y su pulgar corría bajando, entrando y subiendo, en la pequeña concavidad. Bajando, entrando y subiendo.

—Casi podría decirse —continuó Jaris— que los DK han desarrollado una ciencia táctil, hasta un grado desconocido para nosotros. La energía que hemos consumido para crear una cultura de utensilios, la han empleado ellos para crear una cultura táctil. No es una sociedad muy desarrollada, de acuerdo con nuestras normas: un matriarcado de tribus muy rígido con unas pocas herramientas básicas que sólo las mujeres pueden manejar, una casta particular de mujeres. Las otras descansan en terrazas ordenadamente distribuidas en las faldas de las lomas, y se pasan la vida inmóviles absorbiendo energía solar o ideando hechizos basados principalmente en el hipnotismo y en las gratificaciones táctiles.

Jaris hizo una pausa y habló en seguida con una voz más dulce y algo distante.

—Por supuesto, estas mujeres son increíblemente obesas. Al principio nos pareció repulsivo verlas tendidas de ese modo, pero en DK-8 la obesidad es realmente una característica de supervivencia. La mayor superficie absorbe mayor energía solar. Y estas mujeres controlan de un modo tan perfecto la superficie de la propia piel que tienen cuerpos curiosamente bien proporcionados.

Jaris se echó hacia atrás y entornó los ojos.

—Asombroso control —susurró. En seguida rió entre dientes.

—Pero usted estará preguntándose seguramente cómo pueden trabajar una madera tan dura casi sin herramientas. Si mira usted atentamente verá que el objeto no tiene casi grano. No es en realidad de madera, sino una especie de semilla gigante, parecida a una nuez de aguacate. Sabrá usted que una nuez fresca de aguacate puede ser moldeada como arcilla, pero cuando se la deja secar se vuelve extremadamente dura.

—Extremadamente dura —asintió Maddick, distante.

—Las mujeres del clan moldean estas cosas, y los hombres las llevan a los bosques. Como usted ya habrá supuesto, los hombres son debilucho y poco numerosos y pronto se morirían de hambre si sólo contasen para la caza con sus propios músculos. Estos disposi-

tivos se encargan de todo. Los animales, de una sensibilidad táctil muy elevada, se pasean por los bosques y encuentran de pronto una de estas cosas. Empiezan a acariciarla, a tocarla, y no pueden detenerse. Los hombres ni siquiera los matan. La carnicería es prerrogativa del clan gobernante de mujeres. Los hombres esperan simplemente a que el animal haya entrado en el estado adecuado y lo llevan luego al matadero. El animal no sale del estado hipnótico, por supuesto.

—Por supuesto —asintió Maddick moviendo los dedos suave y rítmicamente.

Jaris se recostó en la silla.

—Hay aún una cosa que usted debiera saber —dijo con la misma cortesía de siempre, pero con un leve tono de triunfo—. Los hombres no son siempre dóciles. El problema se resuelve hipnotizándolos casi en el momento mismo en que nacen. Es una práctica secular.

—Lamentablemente, la naturaleza siempre tiene una carta oculta. Una especie que vive mucho tiempo inmóvil pierde su propio impulso y deja de desarrollarse. Luego de generaciones de hipnosis los machos DK han perdido el deseo de vivir y procrear. Parece casi que el esperma y los mismos genes se retiraran lentamente. Cuando descendimos en DK-8 apenas había hombres para poner las trampas.

Jaris se inclinó hacia adelante sonriendo.

—Ya se imagina usted cómo nos habrán recibido esas mujeres, sobre todo cuando descubrieron que podíamos fecundarlas. Nuevos machos vigorosos, un nuevo comienzo, sangre nueva para la corriente de la vida.

Hizo una pausa y habló con una voz monótona y seca:

—Quizá entienda ahora por qué regresé solo. El único macho que dejó alguna vez DK-8. Aunque —concluyó— podría decirse también que nunca lo he dejado.

—...nunca... lo... he... dejado... —dijo Maddick.

Jaris asintió con un movimiento de cabeza y se puso de pie. Se acercó a Maddick e inclinándose sobre él le echó una bocanada de humo en los ojos abiertos. Maddick no se movió. Miraba fijamente adelante y parecía clavado en el sillón. Sólo los dedos de la mano derecha se le movían ahora, acariciando el objeto pulido mientras el pulgar se le deslizaba en la pequeña concavidad, saliendo y entrando.

Jaris se enderezó, sonriendo tristemente, se acercó al escritorio, tomó una campanilla curiosamente labrada, y llamó una vez.

En el extremo de la sala se abrió una puerta mostrando una alcoba en sombras donde asomaba algo enorme y pálido.

—Está a punto, querida —dijo Jaris. ♦

*Apertia, una civilización pretecnológica que recuerda los mundos de Edward Moreton Drax Plunket, Lord Dunsany.*

## SERVIMOS A LA ESTRELLA DE LA LIBERTAD

Jane Beauclerk

ESTUVIERON SENTADOS TODA LA NOCHE alrededor del fuego, hablando. Los extranjeros atendían mucho y decían poco, de modo que al alba ya hablaban la lengua de Apertia, aunque mal, y en cambio la lengua de ellos era un secreto. Por este motivo Poal escuchaba muy cuidadosamente.

—Hemos venido a comerciar —dijo el jefe de los extranjeros.

Tenía el pelo castaño, y los ojos y la ropa azules.

—Bien —dijo el jinete, mirando el alba. Se volvió a los otros—. Amigos y niños, ¿nos vamos?

—Espera —dijo el extranjero de ojos azules e hizo una seña.

Alguien corrió a la nave de los extranjeros. Otro, vestido de negro, llevó a Poal a un lado.

—Me di cuenta viendo cómo escuchabas —le dijo—. Eres un joven inteligente, ¿no es cierto?

—Quizá, si tú lo dices.

El hombre asintió.

—Soy un historiador —dijo—. Me pregunto si alguien entende-

rá como yo la futilidad de todo esto.

—¿Cómo lo entiendes tú? —preguntó Poal.

—Es una vieja historia —dijo el historiador—. Abrimos nuevos mercados, fabricamos más mercancías. Cuando los mercados están hartos, o cuando los compradores han aprendido a fabricar mercancías, tenemos que abrir otros mercados. Es fútil.

—¿Por qué?

—Porque el universo es finito —dijo el historiador.

Alguien volvió de la nave, trayendo mercancías.

—La obra de un joyero —dijo el hombre de ojos azules alzando un collar de metal que centelleó oscuramente.

—Chispas engañosas —dijo el jinete, y pisoteó las brasas de la hoguera y levantó el collar a la luz clara del alba.

—Ropa —dijo el hombre de ojos azules—. Maderas para hacer fuego. Jabón. Armas.

—No es buena política —dijo el historiador— introducir armas nuevas en culturas inferiores.

—Son hermosas —dijo Poal.

—Pero no demasiado durables —dijo el historiador—. Necesitamos materias primas. Necesitamos minerales. Observo que tienes un cuchillo en el cinturón. ¿Es de un metal común?

—Sí —respondió Poal—. Acero. El historiador asintió.

—Sí, ahora estáis condenados.

El jinete soltó unas ropas, que cayeron al suelo.

—Amigos y niños —dijo—, ¿nos vamos?

—Es de día —dijo otro.

Todos se incorporaron excepto Poal y el jinete se acercó a sus bestias.

—Espera —dijo ansiosamente el extranjero de ojos azules—. Déjame comerciar.

—¿Por qué? —preguntó la mujer más vieja, la madre del jinete—. Tenemos ropa y fuego y armas. ¿Qué otra cosa ofreces?

—Esto, y esto, y aquello —respondió el hombre y habló de la belleza y utilidad de las cosas.

Cuando terminó de hablar todos se habían ido, excepto Poal.

—¿Pensáis acaso —preguntó el hombre— que estas cosas son inútiles, o feas, o sin valor?

—Por cinco medidas de esta tela —respondió Poal— la Estrella de la Belleza vadearía trescientos mares. Por este collar en joyado, la Estrella de la Riqueza fundiría su casa de oro en monedas. Por estas leñas la Estrella de

la Poesía se cortaría tres dedos de la mano.

—No entiendo esa charla de estrellas —dijo el hombre—, pero se me ocurre que precisas nuestros bienes. ¿Por qué no comercias?

—Servimos a la Estrella de la Libertad —respondió Poal y se incorporó para seguir a su gente.

Era cerca del mediodía cuando el jinete, caminando entre dos bestias, comenzó a hablar apreciativamente del arma pequeña que le habían mostrado los extranjeros y que llegaba más lejos que las flechas y mataba con más seguridad.

—Una cosa así tiene muchos usos —dijo—, especialmente cerca de los dominios de la Estrella de la Batalla.

Subían entonces el camino que llevaba a las montañas de Org.

Hablarón de esto, algunos alabando el arma, algunos desacreditando la Estrella, algunos diciendo que debían volver y visitar a los extranjeros. Mientras hablaban, algo pasó por encima de ellos y bajó en el camino.

—¿Qué es eso? —preguntó uno.

—Un nuevo grupo de extranjeros —dijo su sobrino—. Esta vez dejemos que nos enseñen una nueva lengua. Estoy cansado de las palabras de Apertía.

Pero no eran en verdad sino el extranjero de ojos azules y algunos de sus compañeros que habían venido en una nave más pequeña desde la nave mayor. El jinete los recibió con sonrisas.

—Quizá conocéis a otros que

quieran comerciar —dijo el hombre de ojos azules—. Ya expliqué francamente que necesitamos mineral de hierro.

—Hemos notado con cansancio —dijo el historiador— que nada reemplaza al mineral de hierro.

—Tenéis suerte, mis amigos —exclamó el jinete, y ofreció una de las bestias al hombre de ojos azules diciendo—: Ven, te mostraré tu suerte.

Pero el extranjero retrocedió, frunciendo el ceño.

—¿Montar un animal? ¿Ir solo contigo? ¿Qué trampa es esta?

—Vamos todos en la nave, entonces —respondió el jinete—. En verdad la necesitaréis para cargar el mineral.

Así se convino, y los extranjeros y el jinete volaron en la nave hasta la mina abandonada del valle próximo. El jinete había descubierto esta mina hacia solo un año, el año en que había sido abandonada, pues no había un modo seguro de transportar el mineral. El valle no estaba muy lejos del dominio de la Estrella de la Batalla. Los otros esperaron y durmieron, para recobrase de la noche de charla alrededor de la hoguera. La nave regresó al anochecer.

—Por supuesto, tenemos que examinarla —decía el jefe de los extranjeros. Los ojos azules le brillaban como pulidos huevos de pájaro—. Pero sí es buena te ofreceremos, por ejemplo, veinte medidas de la tela floreada...

—¿Por qué? —preguntó el jinete.

Tenía el aspecto de un hombre que ha visto maravillas, y asienta amorosamente los pies en tierra firme, pero ponía la mano en el costado de la nave como el ganador de una carrera que acaricia a su caballo.

—¿Qué haríamos con esas veinte medidas de tela?

—Comerciar —dijo el hombre de ojos azules—. He oído decir que alguien llamado la Estrella de la Belleza daría mucho por esta tela.

El jinete se encogió de hombros.

—¿Qué nos importa que la Estrella de la Belleza se vista con plata o con harapos? —dijo—. Nosotros servimos a la Estrella de la Libertad.

—¿Pero qué tomaréis en cambio? —exclamó el hombre—. Ya dije francamente que necesitamos ese mineral.

—Llévatelo —dijo el jinete—. Te lo doy, para que lo guardes, lo uses, o lo pierdas, como prefieras tú. Amigos y niños, ¿nos vamos?

—Hemos dormido y estamos dispuestos —dijo Poal, y sacó con cuidado un arma pequeña del cinturón de un extranjero y se la guardó en la manga.

Subieron por la montaña dejando a los extranjeros boquiabiertos. Luego vieron que la nave pequeña ascendía y volaba de regreso a la nave mayor.

—Hacen bien en apartarse de los dominios de la Estrella de la Batalla —dijo uno.

—No necesitarían ser tan prudentes —dijo su hermano—. Es cierto que tienen maravillosas armas pequeñas, y quizá tengan maravillosas armas grandes.

El jinete suspiró, como suspira un hombre que piensa en su bienamada.

—¿Te complace esto? —le preguntó Poal poniéndole el arma del extranjero en la mano.

—Me complace —respondió el jinete.

—Te la doy para que la guardes o la uses o la pierdas, como prefieras tú.

Siguieron adelante, cantando.

El camino se bifurcó de pronto y una bifurcación corría a lo largo de las estribaciones exteriores de las montañas mientras que la otra subía por un paso empinado entre el pico de Org y el pico de la Desolación. El jinete montó y trotó hacia el paso. Los otros esperaron.

—¿Estás loco? —preguntó un tío anciano—. Nunca hemos tomado el paso. Tomar el paso significa cruzar los dominios de la Estrella de la Batalla.

—Sólo un extremo rocoso del dominio —dijo Poal que guardaba el segundo caballo del jinete—. Ahorraremos muchos días y kilómetros estériles.

—El jinete no está loco —dijo otro—. Tiene el arma pequeña.

—Sí, sí —asintió el tío anciano—, pero la Estrella de la Batalla es la Estrella de la Batalla.

Dejaron de hablar y el jinete volvió.

—El camino es abrupto, pero bueno —dijo—, y en las montañas abunda la caza. Amigos y niños, ¿tomamos el paso?

Muchos estaban de acuerdo, pero no todos, de modo que se separaron en la encrucijada. La mayoría, con Poal entre ellos, fue hacia el paso, y los otros se quedaron un rato junto al camino para elegir un nuevo jinete. El primer jinete les dio el otro caballo, para que el nuevo jinete no se sintiera avergonzado.

El paso era estrecho y corría entre desfiladeros empinados, de modo que hubiese podido ser guardado fácilmente por unos pocos, pero nadie se había atrevido a entrar por allí al dominio de la Estrella de la Batalla desde hacía muchos años, y no encontraron a nadie. Cruzaron el paso a la luz crepuscular y llegaron a un valle alto entre unas colinas. Allí el jinete cazó dos o tres bestias de la especie llamada lyo, y luego acamparon y comieron.

Antes del alba levantaron otra vez campamento y cuando amaneció ya habían dejado las montañas. Seguían ahora un camino borroso que atravesaba una llanura rocosa, separada del resto del dominio de la Estrella de la Batalla por una cadena montañosa de piedra desnuda. A mitad de camino se encontraron con el señor Temprano y una fuerza de veinte guerreros, pero el jinete derribó a tres o cuatro con el arma pequeña y los otros se aleja-

ron hacia el sur. Aquella noche acamparon entre las lomas, y a la mañana siguiente cruzaron el extremo occidental de la Cabeza del Cangrejo y descendieron a una llanura fértil, dominio de la Estrella de la Riqueza.

Los pueblos se apretaban a lo largo de los caminos y los ríos. En el primero fueron bienvenidos y se organizó una carrera.

—¿Es prudente acaso —dijo la mujer más vieja— correr un caballo que ha corrido por caminos rocosos todo un día y no ha bebido y ha sido asustado por los gritos de los guerreros? ¿Es prudente acaso?

—Sí —respondió el jinete, y montó y corrió la carrera. Lo acompañaban la verdad o la suerte, pues el caballo del pueblo rodó cerca de la meta y perdió por medio largo.

—Acampad aquí y sed bienvenidos —dijo amargamente el jinete del pueblo.

Acamparon. Algunos se pasearon por el pueblo dando y recibiendo regalos, algunos descansaron al sol, hablando de los peligros del día, y algunos fueron a cazar a los campos para ver cómo el jinete derribaba aves con el arma pequeña.

—Es raro que no necesite ser cargada con proyectiles nuevos —dijo uno—. Quizá fabrica sus propios proyectiles.

—No —dijo Poal que había escuchado más atentamente al extranjero—. Tiene muchos proyectiles, pero un día se le acabarán.

—Hasta entonces —dijo el jinete derribando unas nueces de un árbol blyyo— será algo hermoso.

Pero cuando volvieron al campamento todos refunfuñaban.

—Es un pueblo muy lamentable —dijo uno—. La gente cierra las casas para que no entremos, y lo que es peor, las tiendas y los establos.

—Hay pocos regalos —dijeron los hijos y los hermanitos que cuidaban la bestia del jinete—. Tuvimos que arrastrarnos bajo la pared de la herrería, y a pleno sol, en busca de clavos para la herradura de la pata izquierda.

—La bienvenida ha sido muy pobre —dijo otro—, y yo no quiero tener tratos con esta gente.

Luego muchos se mostraron de acuerdo y empezaron a hablar de irse a otro pueblo, pues el cruce del paso los había puesto orgullosos y ninguna bienvenida les parecía bastante buena.

—Bien —dijo el jinete—, estoy dispuesto a correr otra carrera.

Así que fueron siguiendo la orilla occidental del río hasta otro pueblo y allí perdieron la carrera y tuvieron que marcharse otra vez.

Se acercaba la noche y se sentían perturbados pensando que tendrían que dormir en los campos habiendo tantos pueblos cerca. Pero llegaron a otro pueblo y allí Poal le sacó el látigo del bolsillo al jinete del pueblo, poco antes de la carrera, y pasaron allí la noche, bienvenidos.

A la mañana, Poal se levantó

temprano sintiendo deseos de comer huevos de pavo, pero descubrió que el primer corral de pavos estaba guardado por un gato hurus, del tamaño de un potrillo. El gato lo recibió gruñendo.

—Cuidado, gatito —dijo Poal—. Si ronroneas demasiado alto despertarás a la gente de la casa.

Le rascó la barbilla a la bestia con una vara y con otra enrolló la parte suelta de la cadena. Luego saltó el cerco y se llenó de manga de huevos verdes. Se había vuelto para darle un huevo al gato cuando algo lo alcanzó en las costillas y se le cerró alrededor del cuerpo.

—¡Ladrón! —gritó una voz—. ¡Corruptor de gatos! ¡Asesino de aves sin incubar!

Poal se libró de la cuerda, cuidando de que no se le cayeran los huevos, y se volvió. Quien lo había golpeado cobardemente por detrás y que ahora lo amenazaba con un palo era una mujer joven y de aspecto agradable. Tenía pelo de color violeta, trenzado con flores amarillas, y lo miraba con ojos de serpiente.

—Fuera —dijo la muchacha— o soltaré el gato. Y primero deja esos huevos.

—Los he tomado como regalo —dijo Poal—. Tengo hambre.

La muchacha bajó un poco el palo, y miró a Poal con menos impaciencia.

—¿A quién sirves? —preguntó.

—Mi señor es la Estrella de la Libertad —dijo Poal.

La muchacha dejó el palo.

—Tómalo como regalo —dijo un poco cansadamente. En seguida le brillaron los ojos—. Pero no corrompas al gato hurus alimentándolo con huevos. ¡Fuera, o llamaré a mi padre!

—Yo había pensado hacer un regalo esta mañana —dijo Poal—, y no había nadie que pudiese recibirlo sino tu gato. Ahora hay alguien más.

Extendió hacia ella la mano que sostenía el huevo.

Le temblaron los labios a la muchacha, de furia, o quizá de risa. Al fin tomó el huevo.

—Ven entonces, corruptor de gatos y comamos bajo el nogal.

—Casi todos me llaman Poal —dijo él, siguiéndola.

—Todos me llaman Lorn —dijo la muchacha por encima del hombro.

—No yo —dijo Poal—. Yo te llamaré un placer para los ojos y una bendición para el corazón.

Comieron.

—Amigos y niños —dijo el jinete, cuando llegó la hora—, ¿nos vamos?

—Yo no —dijo Poal, y explicó sus razones.

—¿Está bien —exclamó el jinete— que te separes de tu gente y te quedes solo en un pueblo entre gentes de pueblo, un hombre libre entre los esclavos de la Estrella de la Riqueza, llevando una vida de riesgos y sin leyes, y todo por la hija de un mercader? ¿Está bien eso, hijo mío?

—Sí —respondió Poal.

—Toma esto, entonces —dijo el jinete poniendo el arma pequeña en la mano de Poal—. Te la doy para que la guardes o la uses o la pierdas, como prefieras tú.

Cuando el jinete y su gente desaparecieron, Poal fue a ver al mercader y le habló del asunto. El mercader se le rió en la cara. Poal se rió también.

—¿Por qué te ríes? —gruñó el mercader.

—¿Por qué no? —dijo Poal, jugando con el arma pequeña que llevaba en el cinturón.

—Llevas una cosa extraña en el cinturón —dijo el mercader—. ¿Qué es?

—Es un arma que puede cortar el capullo de una flor de la copa de un árbol blyyo desde tres o cuatro distancias de arco.

—¿Y dónde la conseguiste? —preguntó el mercader, con ojos brillantes de pájaro enfermo.

—De un comerciante, más allá de los dominios de la Estrella de la Batalla —dijo Poal.

—Ah —dijo el mercader—. Déjame el arma en prenda y toma seis caballos cargados con mineral de hierro y llévalos a los dominios de la Estrella de la Batalla. Si regresas con suficientes ganancias y antes de cuatro meses, la muchacha es tuya.

—Toma el arma —dijo Poal.

Poco antes del alba, en un día lluvioso, Poal partió llevando seis caballos cargados con mineral. Cuando pasaba junto a la casa del mercader, Lorn se le

acercó susurrando y le puso el arma extraña en la manga. Poal prosiguió su camino, cantando.

Viajó lentamente unos pocos días, a orillas del río poblado de botes, pues no sentía ningún peso en el corazón y caminar era bueno. Pero cuando llegó a las faldas de la Cabeza del Cangrejo soltó uno de los caballos y repartió la carga entre los otros.

—Acércate, mi elegido —exclamó—. Seré mi propio jinete.

Montó en el caballo y tomó el camino de la montaña, cantando.

Pero cuando alcanzó la cima y miró allá abajo las lomas deshabitadas y el desierto pétreo más lejos, su canción murió en el aire, pues vio en el horizonte los resplandores de una batalla. Pensó diligentemente en Lorn y dio de beber a los caballos y derribó un par de conejos para el almuerzo.

En el último valle ató las bestias cargadas, y cabalgó hasta la cima de una loma. Allá abajo se libraba la batalla. Una tropa de jinetes había encerrado una fuerza mayor en el vértice de dos paredes de piedra que nacían en las estribaciones laberínticas de la izquierda.

—Bien, muy pronto necesitarán hierro —dijo Poal—. Están gastando rápidamente las espadas.

Pero la batalla se calmó en seguida y descubrió que los guerreros sitiados utilizaban como barricada la nave mayor de los extranjeros.

—Adelante, mi elegido —dijo Poal—. Tenemos que ver eso.

Y descendió al campo de batalla.

Los jinetes lo vieron llegar y se volvieron contra él, pero Poal arrojó el cuchillo al suelo y se adelantó con las manos vacías de modo que recibió sólo un golpe y una cortadura.

—¿Quién manda aquí? —preguntó cuando los jinetes bajaron las espadas viendo que Poal no lucharía con ellos.

—El señor Bromon —contestaron.

—Decidle que ha llegado alguien que sirve a la Estrella de la Libertad —dijo Poal.

—Ya lo habíamos sospechado por tu valiente defensa —dijeron los jinetes, y se burlaron de él.

Pero al fin lo llevaron al señor Bromon, un hombre cabezudo y corpulento que lo miró burlonamente y amablemente.

—Curadle las heridas —les dijo a los cirujanos. Y a Poal: —¿Cómo puedo complacerle?

—Déjandome pasar, mi señor —respondió Poal—. Ese es mi camino —y señaló la nave.

—¿Qué? —dijo Bromon—. ¿Sirves al señor Temprano?

—Sirvo a la Estrella de la Libertad —dijo Poal—. Me encontré con el señor Temprano no hace mucho tiempo, y el encuentro no fue amistoso.

—Ve entonces —dijo el señor Bromon, que con un ojo miraba siempre el campo enemigo—. Pero si eres un espía del señor Temprano, que el señor Temprano te reciba como mereces.

Los cirujanos ya le habían vendado la herida, y Poal montó su caballo y avanzó entre las paredes de piedra. Vio que la línea de arcos que coronaba la nave se volvía para seguirlo. Alzó entonces los brazos y dejó que el caballo avanzara sin guía. Le permitieron pasar del otro lado de la nave y lo vigilaron con un arco mientras esperaban al señor Temprano.

—Eres hombre del señor Bromon —dijo el señor Temprano, mirándolo—, o uno de esos vagabundos que llevan un arma extraña, o las dos cosas, y de cualquier modo eres mi enemigo. Pero vienes desarmado. ¿Cómo puedo complacerle?

—Sirvo sólo a la Estrella de la Libertad —dijo Poal—, y vengo en paz, aunque es cierto que tengo un arma insólita.

Mostró el arma.

El señor Temprano frunció oscuramente el ceño.

—¿Qué es esa arma? —preguntó.

—Desde la cima de la Cabeza del Cangrejo, mi señor —dijo Poal—, puedes derribar a un jinete que va de Puerto Negro hacia el mar.

—Es un arma horrible —dijo el señor Temprano—. Apártala de mi vista.

—Con gusto —respondió Poal—, si me dejas entrar en la nave.

El señor Temprano se encogió de hombros.

—Entra en ese peñasco, si quieres. La nave tiene una puerta, sin duda, pero no se ve nada.

Poal miró el largo costado metálico de la nave y vio que esto era cierto.

—¿Cómo has conseguido esta barricada, mi señor? —preguntó.

—Descendía yo desde las estribaciones del Asombro, esperando cortarle el camino al señor Fadzal y a sus arqueros cuando vi que esta nave caía del cielo, y que dejaba salir a unos hombres —dijo el señor Temprano—.

Les ofrecí batalla, pero escaparon metiéndose otra vez en la nave y se encerraron. Luego llegó el señor Bromon con sus jinetes y no tuve tiempo de irme. —Se encogió de hombros.— Eso fue hace seis días. He cavado unos fosos, como ves, y he transformado la nave en una fortificación bastante adecuada. Pero ahora estamos comiéndonos los zapatos, y dentro de unos pocos días beberemos sangre.

—Muy triste, en verdad —dijo Poal, y acercándose a una junta apenas visible pateó el casco—. Soy yo, Poal, amigo y comerciante —gritó en el lenguaje de Apertía.

La puerta de la nave se abrió al cabo de un rato, y Poal desmontó y entró. La nave era una maravilla de maravillas.

—Siéntate en seguida —le dijo el historiador—. Pareces mareado.

Poal se sentó y miró las paredes pulidas y el piso duro y las cosas extrañas que había alrededor. En unas cajas de color de hielo vio las mercaderías de los extranjeros y pensó en la mujer Lorn y le brillaron los ojos.

—¿Cómo puedo complacerle, señor? —preguntó.

—Aleja a esos locos —gruñó el hombre de ojos azules—. Nos atacaron cuando aterrizamos. Podíamos haberlos aplastado con la rapidez con que se cierra un puño, pero eso hubiera engendrado hostilidad. En los mercados nuevos hay que actuar con cuidado e indulgencia.

—Por lo tanto nos retiramos con cuidado e indulgencia —dijo el historiador—. Nos hubiéramos retirado más, pero descubrimos de pronto que estaban utilizándonos como barricada. Se me ocurre que en este mundo se vive en un estado de anarquía feudal, y temo que los mercados no sean aquí promisorios.

—Si nos eleváramos ahora —dijo el hombre de ojos azules— estos camorristas pestilentes serían sacudidos como hormigas en una batidora. Y este no es modo de actuar en un mercado.

Poal miró largo rato las ropas brillantes, el resplandor de los metales extraños y el fuego cambiante de las joyas extrañas.

—Déjame salir —dijo— y los alejaré.

—Eso es improbable —dijo el historiador— y quizá imposible. Pero lo dejaron salir.

Poal se encontró afuera bajo los cascos del caballo de guerra del señor Bromon que se había cansado del sitio y atacaba ahora un extremo de la barricada.

—¡Paso! —gritó Poal, rodando hacia un costado.

Estuvo algunos minutos encogido contra la nave, y en verdad hubiera llamado otra vez a los extranjeros si no hubiese tenido aún en la boca el gusto de su propia jactancia. Pero un mazazo del señor Temprano alcanzó al señor Bromon y el ataque fue rechazado al fin. Poal tomó entonces su caballo y atravesó las líneas de guerreros hacia las lomas, al pie de la Cabeza del Cangrejo. Los cinco caballos estaban allí atados, a orillas de un arroyo. Poal los soltó y los llevó a la nave.

—Pisad firmemente, joyas mías —les dijo—. Quizá llevemos de vuelta una carga mayor, si se me ocurre algo.

Sacó el arma pequeña y apuntó a un conejo volador. No pasó nada. Apuntó entonces a una roca bajo las patas del caballo. No pasó nada.

—Se me han acabado los proyectiles —dijo.

Entonces se le ocurrió algo y llevó los caballos a un pliegue de las rocas. Los ató allí otra vez y se encaminó al campamento del señor Bromon.

El señor Bromon estaba sentado en una roca con la cara muy tiesa mientras los cirujanos le curaban la herida del hombro.

—Muy triste en verdad, mi señor —dijo Poal—. Lástima que no tuvieses mi arma.

—¿Qué arma es esa? —preguntó el señor Bromon con una cara que parecía la pared de piedra de un acantilado momentos antes de una avalancha.

—Desde la llanura, mi señor, puedes derribar fácilmente al pájaro de la carroña, si no vuela demasiado alto y es invisible —dijo Poal—. Con esta arma, mi señor, puedes matar a un hombre con la misma facilidad con que le echas una mirada. Como la mordedura de la serpiente, o la trampa de la araña...

—Vive tú si quieres entre arañas y serpientes —rugió el señor Bromon—. No es un arma para hombres. —Dio un puñetazo en la roca y los cirujanos sollozaron.— Te perdonaré la vida, amigo, porque eres de otras gentes y hombre de poco mérito. Pero si los servidores de mi señor la Estrella de la Batalla se atrevieran a tomar esa arma, el honor se fundiría como nieve en un hierro al rojo, y la guerra y la gloria perecerían, y no habría buenas batallas. ¡Apártala de mi vista!

Poal se alejó un poco y llamó a un guerrero del señor Bromon. El hombre se acercó enfurruñado, apoyándose en la espada.

—Dime, amigo, dónde podría encontrar al señor Gorgo —preguntó Poal.

—Más allá de las estribaciones del Asombro —respondió el hombre—. Te deseo buen viaje. Aunque no entiendo por qué un hombre cobarde y de otras gentes quiere encontrarse con el señor Gorgo.

—Es cierto que soy de otras gentes —dijo Poal—. Pero hace un tiempo le prometí a ese señor llevarle cierta arma pequeña.

Poal se alejó rápidamente hacia las estribaciones.

El guerrero lo miró un rato y luego se volvió hacia el señor Bromon. Poco después Poal oía unos gritos y un ruido de cabalgaduras. Se metió rápidamente en un hueco rocoso —el cauce seco de un río que había descendido en otro tiempo de las montañas— y desmontando golpeó a su caballo en el flanco para que galopara ruidosamente por el cauce seco. Luego se escondió detrás de un peñasco y esperó a que su caballo se perdiera de vista y el señor Bromon y sus enardecidos guerreros pasaran de largo, hacia las estribaciones. Luego Poal se metió el arma en la manga y fue a ver al señor Temprano.

—Es una trampa —dijo el señor Temprano con la espada desnuda junto a la nave—. Bromon no es un cobarde capaz de huir sin motivo.

—No es una huida, mi señor —dijo Poal sacudiéndose el polvo de las vestiduras—, y tiene un motivo. Tiene también mi arma.

—¿Qué? —gritó el señor Temprano—. ¡A las armas, mis hombres! ¡Detrás del canalla! Por lo menos moriremos valientemente.

Los hombres del señor Temprano recogieron las armas y marcharon hacia las estribaciones del Asombro antes que Poal pudiese contar la historia que había preparado. Se encogió de hombros y fue a buscar sus cinco caballos.

Cuando regresó con ellos a la

escena del sitio, los extranjeros estaban alrededor de la nave, perplejos.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó el hombre de ojos azules.

—No es nada —dijo Poal—. Unos persiguen a otros, y estos otros me persiguen a mí.

—Eso se llama estrategia —dijo el historiador.

—¿Cómo podríamos recompensarte? —preguntó el hombre de ojos azules.

Poal meneó la cabeza.

—No se trata de recompensas —respondió—. Pero me gustaría tener algunas de esas mercaderías que hay en la nave.

Los extranjeros sacaron las mercaderías y las amontonaron afuera, y luego de algunos tratos Poal descargó de los caballos los sacos de mineral y cargó en su lugar las mercaderías extrañas.

—Toma esto como regalo —le dijo al jefe extranjero sacando de la manga el arma pequeña.

El hombre no dijo nada.

Luego Poal tomó el camino de la llanura y de Lorn.

El mercader le dio la bienvenida y le ofreció una fiesta brillante y todos los mercaderes del pueblo miraron asombrados las mercaderías. Pero antes Lorn lo había recibido en la puerta de la casa y lo había guiado con una antorcha a las cámaras de su padre, pues el mercader no había esperado que Poal volviese tan pronto. Pocos días después Poal y Lorn se casaban.

—No seré un buen marido para la hija de un mercader —le dijo Poal a Lorn privadamente— y un pobre hombre de pueblo. Me gusta más dar que vender, y nunca aprendí a comprar. No he servido a nadie sino a la Estrella de la Libertad, y la he servido tan bien que ni siquiera su dominio puede retenerme.

—Estoy cansada de comprar y vender —respondió Lorn—. Estoy cansada del pueblo. La Estrella de la Riqueza no tiene dominio sobre mí, pues el único dominio que acepto es el del corazón. Dejemos este lugar y busquemos a tu gente. Sirvamos sólo a la Estrella de la Libertad y a la Estrella del Amor.

Pero luego de la boda el mercader llamó aparte a Poal.

—Eres un hombre de otras gentes —dijo— y joven además, aunque también eres hábil.

El mercader le dijo luego a Poal que desde ese día compartirían las ganancias.

Poal le contó esto privadamente a su mujer, y cuando vio la cara que ella ponía se llevó las manos al corazón.

—Oh, no fue sabio y prudente —dijo Lorn—. Me he casado con un tonto, un hombre de otras gentes que no se atreve a servir a la Estrella de la Libertad y a la Estrella del Amor.

—¡Pero un regalo! —dijo Poal—. ¿Cómo podía no aceptarlo?

—Ahora somos prisioneros —dijo Lorn—. ¿Cómo podremos librarnos de la riqueza?

Dejó caer los cabellos violetas sobre los ojos.

—Mí alegría y mi esperanza —dijo Poal—, es cierto que soy un tonto, ¿pero qué podía hacer?

—No es momento de perder el tiempo en quejas —dijo Lorn—. Tienes que ser un buen mercader ahora. Piensa cómo complacerás a mi padre, no cómo me complacerás a mí.

Poal fue entonces a la tienda del mercader y se quedó allí, pero la sonrisa de los mercaderes le venía difícilmente a la cara.

Al mediodía, la nave mayor de los extranjeros descendió junto al muelle exterior, y los extranjeros entraron en el pueblo. Llegaron con caras esperanzadas, aunque un poco inseguros, y trayendo más mercancías en unos carritos. Poal se acercó a ellos.

—¿Qué estrategia es esta? —preguntó el historiador—. A dondequiera que vamos nos encontramos contigo y ocurren cosas inesperadas.

—Quizá sea obra de la Estrella que tiene dominio sobre todas las otras —dijo Poal—. ¿Cómo puedo complacerlos, mis amigos?

—Hemos venido a comerciar —dijo el hombre de ojos azules, mirando alrededor—. Me complacería saber que aquí no hay vagabundos ni guerreros.

—Sólo hay mercaderes —dijo Poal tristemente, con una sonrisa de mercader—. Comercieros.

Llevó a los extranjeros a la tienda. Nada les gustó, excepto tres sacos de diamantes.

—Por estas joyas —dijeron ansiosamente— te daremos esto y aquello.

Mostraron las mercaderías.

—Pero son diamantes toscos —dijo Poal—, diamantes pequeños, diamantes defectuosos de mal color, raspaduras de las minas.

—Son los diamantes que más nos gustan —le respondieron.

—Tomadlos entonces —dijo Poal—. Vuestros gustos son en verdad extraños.

Y les dio los sacos.

Cuando llegó el mercader, sin aliento, y ansioso, los extranjeros se habían ido a visitar otras tiendas.

—¿Qué has obtenido de ellos? —preguntó el mercader.

—Nada —dijo Poal, y le contó la historia de los diamantes.

El mercader se enfureció.

—¿Pero por qué tenía que obtener de ellos algo que yo no quería? —preguntó Poal—. Sólo quisiera hacerlos un bien.

—De acuerdo —dijo el mercader—. Escúchame, joven de otras gentes. No es bueno para un hombre estar demasiado contento o demasiado triste. Cuando le das algo que quiere, tienes que equilibrar su alegría sacándole algo. Esto es lo que se llama beneficio mutuo. Pero ya veo que eres un tonto, y yo fui un tonto por haber confiado en ti.

El mercader maldijo a Poal.

Poal caminó tristemente hasta el muelle exterior y vio que se acercaba una nave de la Estrella de la Riqueza. Las velas de la na-

ve tenían el color dorado de los crepúsculos, y la Estrella llevaba zapatos de oro. Caminó por el muelle donde estaba Poal, junto a la nave de los extranjeros, y se detuvo.

—¿Qué es esto? —preguntó la Estrella.

Era un hombre alto y muy delgado, muy hermoso y muy gracioso. Poal se inclinó ante él.

—Es una nave, mi señor —respondió.

—Una maravilla —dijo la Estrella de la Riqueza—. Me complacería comprarla.

Poal pensó en su mujer Lorn, y en el padre de Lorn.

—Te la venderé entonces —dijo. —¿Puedes venderla? —preguntó la Estrella.

—Se me ocurre que no podría comprársela a ningún otro, mi señor —respondió Poal.

—¿Qué precio tiene?

Poal alzó los ojos de los zapatos de oro.

—Los zafiros que llevas, mi señor —dijo.

—Es mucho precio —dijo la Estrella de la Riqueza—, pero lo pagaré.

Y se sacó los veinte zafiros mayores que llevaba en los brazos en veinte cadenas de plata y se los dio a Poal. Luego llamó a sus hombres y con mucho trabajo y con el auxilio de unas grúas sacaron a la nave de los extranjeros del muelle y la cargaron en la nave de la Estrella de la Riqueza.

Poal se quedó mirando cómo trabajaban hasta que el sol se pu-

so y la nave se alejó con las velas tendidas, empujada por la brisa. Juguetó con los zafiros y fue a ver a Lorn.

Encontró en cambio a los extranjeros, muy perturbados. La noticia de que alguien se había llevado la nave había corrido por la ciudad y había llegado a ellos mientras comerciaban ansiosamente con los mercaderes del pueblo. Fueron corriendo al muelle y se quedaron boquiabiertos y cariacontecidos. A lo lejos, en el mar, envuelta en el color dorado del crepúsculo vieron la nave con la otra nave en la cubierta.

—Que los persigan —gritó el hombre de ojos azules tironeándose de los cabellos.

—Es la nave de nuestro señor la Estrella de la Riqueza —dijo la gente del pueblo—. Lo que él compra, comprado está.

—Entonces estamos perdidos —dijeron los extranjeros.

Algunos lloraron. Otros apretaron las bocas como lazos de sacos de monedas. Algunos se volvieron furiosos a las gentes del pueblo. Sólo el hombre de ojos azules repetía:

—Tenemos que perseguirlos. ¿Dónde atracarán?

—En el Cabo Marino seguramente —le respondieron—. Es un viaje peligroso.

—¿Pero cómo se llevó nuestra nave? ¿Quién se la vendió? —exclamó el hombre de ojos azules.

Poal se lo llevó aparte.

—Es un viaje peligroso, mi amigo —dijo— y quizá la nave naufrague. Quédate aquí y comercia con estos mercaderes. Les deleita comerciar.

El hombre lo miró y no dijo nada.

—Se me ha ocurrido hacerte un regalo —dijo Poal—. Toma todas mis mercaderías, para guardarlas o utilizarlas o perderlas, como prefieras tú. Repártelas entre los tuyos.

En los ojos azules del hombre brilló una luz extraña, como un amanecer en un pueblo dormido. Dio lentamente la espalda al muelle y siguió a Poal hasta la tienda del mercader, y los otros extranjeros fueron detrás.

Conviniéron todo de común acuerdo. El extranjero quiso que se redactara un contrato en la lengua de Apertia, firmado y sellado delante de testigos, por el que Poal le cedía todas las mercaderías juntas y por separado. Luego Poal habló privadamente con su mujer y a la caída de la noche dejaron rápidamente el pueblo. Se detuvieron al alba y sacaron un caballo de una granja, y montaron. Pero antes le regalaban alegremente los zafiros a la hijita del granjero que cuidaba las aves. Todos los zafiros menos uno que Lorn se puso en el brazo. ♦

*La vida extraterrestre multitudinaria es hoy tópico común, una posibilidad aceptada por físicos (Enrique Fermi), biólogos (Melvin Calvin), astrónomos (Harlow Shapley) y la mayoría de la población terrestre. Pero si hay tantas civilizaciones en la galaxia, ¿cómo no se comunicaron aún con la raza humana? "¿Dónde están todos?" preguntaba Ben Bova hace unos años en Amazing. Bova opinaba que una raza superior, capaz de haber desarrollado los viajes interestelares, no puede ignorar que un contacto prematuro con los terrestres provocaría una guerra o un shock cultural o racial. De cualquier modo la raza humana podría extinguirse en la Tierra. Quizá los galácticos nos estudian ya desembozadamente, como estudiamos nosotros la organización de un hormiguero. "Quizá nos estén mirando" —concluía Bova—, utilizándonos para aprender algo más del fenómeno llamado inteligencia y esperando a que alcancemos la madurez necesaria." De acuerdo con los cálculos del profesor Sagan, del departamento de astronomía de la Universidad de Harvard, y profesor extraordinario de la Universidad Stanford de California, hay en verdad bastantes viajeros galácticos para que nos preguntemos realmente dónde están todos, o —en cualquier momento— quién está ahí.*

## ¿QUIÉN ESTÁ AHÍ?

Isaac Asimov

EL PROFESOR CARL SAGAN ES UN modelo de hombre de ciencia. De cuando en cuando se interesa en problemas que fascinan de modo particular a la comunidad de la ciencia-ficción, y de cuando en cuando me envía alguna copia de sus comunicaciones. Por este motivo, cuando me enteré que regresaba de sus tareas en la Universidad Stanford de California

para ocupar otra vez su puesto en el departamento de astronomía de la Universidad de Harvard lo llamé en seguida y nos citamos para almorzar. Resultado: un almuerzo muy agradable y la recompensa de distintas novedades de interés. Entre ellas una copia inédita de una comunicación titulada así: *Contacto directo entre civilizaciones galácticas mediante*

*Título original: We serve the Star of Freedom. Traducción de F. A.*

*viajes interestelares por el espacio basados en los principios de la relatividad.*

Este título indica ciertamente que la comunicación del profesor Sagan no escapa a nuestros dominios. En el momento en que escribo estas líneas está a punto de aparecer en una publicación docta, y otras no doctas, como *Life*, han expresado asimismo su interés. Me parece necesario, sin embargo, que el contenido del artículo no debe quedar enterrado en sitios como *Life* sino alcanzar una circulación más amplia (entre aquellos que realmente importan, quiero decir) en las páginas de esta revista.

El profesor Sagan considera ante todo el número de civilizaciones técnicamente avanzadas (capaces de comunicación interestelar) que existen hoy en la galaxia. Estas estimaciones son el deporte favorito de muchos astrónomos de hoy, pero yo nunca había tropezado con una exposición de los cálculos tan minuciosa y clara.

Adviértase que el problema consiste en determinar el número de civilizaciones galácticas que existen hoy; las extintas no cuentan. Para saber cuántas existen hoy, hay que calcular cuántas se originan por año y multiplicarlas por el número de años que dura cada una (duración promedio). Si apareciesen anualmente diez civilizaciones, por ejemplo, y cada una durara mil años, entonces (no apartándose del "promedio")

habría hoy diez mil civilizaciones, diez de un año de edad, diez de dos años de edad, diez de tres años de edad, y así sucesivamente hasta llegar a diez de mil años de edad próximas a extinguirse. Todos los años nacerían diez nuevas civilizaciones y morirían otras diez, de modo que habría siempre diez mil.

El primer problema, pues, es el de estimar cuántas civilizaciones técnicamente adelantadas se forman por año. Empecemos por considerar el número de estrellas que se forman por año, ya que no podemos esperar que haya civilizaciones en el espacio sin estrellas.

Se calcula que el número total de estrellas de la galaxia es de 100 mil millones y que la galaxia tiene 10 mil millones de años. Esto significa que las estrellas han estado formándose en la galaxia a un promedio de diez por año. Por supuesto, este promedio no ha sido siempre el mismo todo el tiempo. Hoy puede estimarse que sólo aparece una estrella por año, y en las primeras épocas de la galaxia, presumiblemente, el promedio anual fue muy alto. El doctor Sagan, no obstante, luego de discutir el punto, estima apropiado atenerse a este promedio. Comenzamos por lo tanto con una estimación fundamental:

Número de estrellas que aparecen por año = 10.

Pero las civilizaciones técnicamente adelantadas no se desarro-

llan en estrellas sino en planetas en órbita alrededor de esas estrellas. El próximo paso, por lo tanto, es estimar cuántas estrellas tienen o tendrán en algún momento sistemas planetarios.

Hay dos tipos de estrellas, aquellas que rotan rápidamente y aquellas (como nuestro Sol) que rotan lentamente. Se cree que la causa de esta rotación lenta es la pérdida del momentum angular, que se habría desplazado hacia los planetas. Ese es el caso, ciertamente, del Sol. En nuestro sistema solar un 98 por ciento del momentum angular pertenece a los planetas, y sólo un 2 por ciento al Sol.

Como un 98 por ciento de las estrellas es del tipo espectral relacionado con la rotación lenta, podemos concluir que casi todas las estrellas tienen un sistema planetario. Por lo tanto:

Número de sistemas planetarios que aparecen por año = 10.

No puede esperarse, sin embargo, que las civilizaciones técnicas se desarrollen indiscriminadamente en todos los planetas, sino en aquellos aptos para la vida (tal como nosotros la conocemos). Estos planetas han de tener, como condición mínima, una temperatura que permita la presencia de agua (o una sustancia equivalente) en estado apropiado para las reacciones orgánicas. La temperatura no debe descender tanto

—en cualquier punto de la órbita— como para que toda el agua se hiele, ni elevarse tanto como para que toda el agua se transforme en vapor. (Hablamos del agua como el ejemplo más natural de medio de vida.)

Se supone que cuando un planeta rota alrededor de una estrella que pertenece a un sistema múltiple, tales requerimientos de temperatura no se cumplen. La órbita es entonces bastante errática como para que el planeta sea a veces demasiado frío y a veces demasiado caliente.

El número de estrellas que son miembros de sistemas múltiples incluye aproximadamente la mitad de las estrellas. Las posibles luminarias de mundos habitables son sólo, pues, la otra mitad. Nos resta saber cuántos planetas aptos para la vida tienen las estrellas solas, los lobos esteparios como nuestro sol.

El único sistema planetario que podemos estudiar minuciosamente es el nuestro. Un planeta —la Tierra— es, sin discusión, centro de vida. Un planeta —Marte— es apropiado para la vida, tal como nosotros la conocemos, y quizá tenga vida. Hay razones para creer que puede haber vida en otros planetas, pero Sagan prefiere ser prudente. Si aceptamos a nuestro sistema planetario como típico (y no hay motivos para pensar que no lo sea), podemos decir que toda estrella solitaria tiene como promedio dos planetas aptos para la vida.

Como las estrellas solitarias son la mitad del número total de estrellas en la galaxia, y tienen cada una dos planetas habitables, el número total de estos planetas es igual al número de estrellas:

Número de planetas aptos para la vida que aparecen por año = 10.

No obstante, una civilización técnica no se desarrolla en un planeta habitable si no hay vida en él. El próximo paso es determinar con qué frecuencia se desarrolla la vida en un planeta habitable.

De acuerdo con el estado actual de nuestros conocimientos, parece que si un planeta tiene una composición apropiada (similar a la de la Tierra primitiva) y una temperatura apropiada, la aparición de la vida es casi inevitable. En nuestro sistema solar hay dos planetas de tipo terrestre, la Tierra y Marte; la vida se ha desarrollado en uno de ellos, y quizá también en el otro. Esto es particularmente importante, pues Marte pertenece apenas al tipo terrestre, y si hay o hubo vida en él tiene que haberla con más razón en planetas más parecidos a la Tierra.

Asumiremos, pues, que hay vida en todo planeta habitable.

Número de sistemas de vida que aparecen por año = 10.

Pero la vida sola no es suficiente para que aparezca una ci-

vilización técnica. Tiene que haber vida inteligente, y en este punto las dificultades crecen bastante. No hay modo de saber con qué frecuencia se desarrolla la vida inteligente. Digamos que la vida ha existido en la Tierra durante 1.000 millones de años, y que criaturas de cierta inteligencia y de aspecto humano aparecieron en este planeta hace un millón de años. Las dos cantidades parecen aceptables, y si es así la inteligencia ha existido durante un 0,1 por ciento de la historia de la vida. O, para decirlo de otro modo, durante un 99,9 por ciento de la historia de la vida terrestre no ha habido inteligencia, ni se ha notado, aparentemente, su falta.

No es necesario esforzar mucho la imaginación para suponer que aunque no hubiese aparecido la inteligencia, la vida pudo haber continuado sin tropiezos su marcha ascendente. Quizás la inteligencia haya sido entonces el resultado de un accidente fortuito, tan fortuito que quizá no se haya repetido nunca en el curso evolutivo de algún otro sistema de vida.

Sin embargo, las tendencias evolutivas han favorecido, de un modo aproximadamente constante, una mayor complejidad, y en particular una mayor complejidad del sistema nervioso. Esto tiene sentido, pues cuanto más complejo es un sistema nervioso, más conciencia tiene de su ambiente

y más versátiles son sus reacciones. Ambos son factores primordiales de supervivencia. Parece justo suponer que en los procesos evolutivos de otros sistemas de vida haya habido tendencias similares.

Pero si la complejidad del sistema nervioso aumenta constantemente, entonces el desarrollo de la inteligencia es inevitable, y hasta pudo haber ocurrido dos veces en la Tierra, y no sólo una, pues es cada vez más evidente que ciertos cetáceos, como los delfines, son inteligentes, y que no lo demuestran de modo inconfundible porque viven en el mar, y porque carecen de órganos de manipulación.

Podemos concluir, por lo tanto, que el desarrollo de la inteligencia no es fortuito, sino —al cabo de un tiempo— inevitable. ¿Pero qué significa "al cabo de un tiempo"? Desde un punto de vista astronómico, la inteligencia se desarrolló en la Tierra cuando el Sol tenía cinco billones de años de edad y sólo había vivido la mitad de su vida. La mayoría de las estrellas, por otra parte, son más pequeñas que el Sol y tienen una vida más prolongada. No hay razón para suponer, pues, que no se llegue "al cabo de un tiempo". Todo sistema de vida dispone de tiempo suficiente para que se desarrollen en él criaturas inteligentes.

Sin embargo, y decidido a no abandonar la prudencia, Sagan estima que la inteligencia apare-

ce en sólo un sistema de vida de cada diez. Por lo tanto:

Número de formas de vida inteligentes que aparecen por año = 1.

Pero la inteligencia sola tampoco basta. Nos interesa el número de civilizaciones tecnológicamente avanzadas, y es posible que una forma inteligente de vida no desarrolle nunca una civilización de este tipo. Los delfines, por ejemplo, nunca desarrollaron esa civilización, y parece que nunca la desarrollarán. La misma humanidad no ha logrado mucho en este sentido.

La humanidad ha vivido en un nivel de inteligencia superior al del mono durante por lo menos un millón de años, ¿pero durante cuánto tiempo ha sido una humanidad civilizada?

La palabra *civilizada* tiene la misma raíz que la palabra *civitas*, ciudad, de modo que en realidad estamos preguntando cuánto tiempo ha habitado la humanidad en ciudades. La pregunta es apropiada, pues sólo el desarrollo de la agricultura ha permitido al hombre abandonar la vida nómada y construir una ciudad, y sólo la agricultura le aseguró alimento suficiente para que pudiera dedicar parte de sus energías a esas construcciones. La combinación de agricultura y vida ciudadana es, ciertamente, el requisito mínimo de lo que llamamos comúnmente civilización.

Bien, las ciudades más antiguas aparecieron hace unos 10 mil años, de modo que la humanidad, podemos decir, ha sido civilizada sólo en un período que equivale al 1 por ciento de su vida inteligente. En un 99 por ciento de la historia de la inteligencia, los hombres han sido salvajes. Más aún, en un principio la civilización se desarrolló en una pequeña minoría, y se extendió luego lentamente a la mayoría salvaje. (En realidad, esa propagación de la civilización no se ha completado aún, luego de diez mil años.)

Además, la base de la civilización ha sido durante mucho tiempo no-tecnológica, pues para llevar a cabo un trabajo se utilizaba la energía muscular animal (y humana, por supuesto). La energía del viento y del agua se empleaban en escala pequeña. Sólo en los tiempos modernos se recurre a un empleo intensivo de la energía inanimada, luego del invento de la primera máquina de vapor en 1769.

La humanidad ha vivido, pues, en una civilización tecnológicamente avanzada sólo durante 200 años. En otras palabras, durante un 99,98 por ciento del tiempo en que hombres inteligentes anduvieron de un lado a otro por la Tierra, no hubo civilización tecnológica digna de ese nombre. Y al fin esa civilización se desarrolló en sólo una pequeña parte del mundo civilizado. Por otra parte, los adelantos tecnológicos que

han hecho posible la comunicación interestelar, y que permiten un desarrollo eventual de los viajes interestelares, han aparecido en el último par de décadas.

¿Podemos decir entonces que cuando se desarrolla la vida inteligente la posibilidad de una civilización tecnológica es tan pequeña que puede ser ignorada?

No, pues como en el caso de la aparición de la inteligencia podemos sostener que hemos asistido a un desarrollo inevitable. Durante un millón de años el hombre ha cambiado continuamente. Hubo un aumento casi explosivo del tamaño del cerebro, que sólo alcanzó sus proporciones actuales hacia fines del período. El Homo sapiens ha dominado la Tierra sólo en los últimos cuarenta mil años.

A la aparición del Homo sapiens (el hombre moderno) siguió casi inmediatamente la civilización (en un sentido evolutivo). Por otra parte, la civilización se desarrolló al mismo tiempo en distintos sitios, mostrando que no era un accidente fortuito. Aun cuando atribuyamos un origen común a las civilizaciones de Sumer, Egipto, Anatolia y la India, es necesario reconocer que las de Perú, Yucatán, la China nacieron independientemente.

La tecnología se desarrolló sólo una vez, en el noroeste de Europa. Nunca sabremos si se hubiese desarrollado independientemente en otra parte ya que se difundió por el mundo con rapidez. Sin

embargo, en los días del esplendor de Alejandría, hace dos mil años, casi apareció también una civilización tecnológica, aunque se estancó por razones que no discutiremos aquí.

Podemos admitir, por lo tanto, que la civilización tecnológica es consecuencia inevitable de la vida inteligente, y que esta civilización progresó hacia los viajes interestelares con velocidad explosiva. No obstante, y una vez más, el prudente profesor Sagan asume que sólo una de cada diez inteligencias funda una nueva civilización tecnológica. Esto significa:

Número de civilizaciones tecnológicas que aparecen por año =  $1/10$ .

O, si se quiere decirlo de otro modo, cada diez años (término medio) aparece en la galaxia una nueva civilización tecnológica capaz de realizar viajes interestelares.

La primera parte del problema queda así resuelta (o por lo menos examinada). Si cada diez años aparece una civilización tecnológica, es entonces necesario determinar la duración media de este tipo de civilizaciones para conocer el número de las que existen en este momento.

¿Pero cuánto dura una civilización tecnológica? Si examinamos nuestra propia civilización (la única que conocemos), es concebible pensar que podemos des-

truir-la mañana mismo. Por lo menos dos hombres en el mundo podrían hacerlo en cualquier momento ordenando apretar ciertos botones. Quizá todas las civilizaciones tecnológicas se destruyan a sí mismas en breve tiempo mediante un mal uso de la energía nuclear o de otro tipo. En este caso, la duración media de una sociedad semejante puede ser muy corta, digamos alrededor de cien años.

Pero quizá nosotros seamos un ejemplo pobre. Quizá las civilizaciones se desarrollan comúnmente sin nuestros fervores y odios nacionalistas y sobreviven al peligro nuclear, empleando el dominio que ejercen sobre el ambiente inanimado en beneficio de la civilización, que se mantendrá —por ejemplo— durante 100 millones de años. Quizá nosotros mismos, miserables criaturas terrestres, tengamos bastante cordura como para hacer otro tanto.

Si adoptamos el punto de vista pesimista, el número total de civilizaciones actuales es de  $1/10$  (número de las que aparecen por año) multiplicado por 100 (promedio de años de vida), es decir 10. Este número quizá sea más pequeño. Por otra parte, si adoptamos el punto de vista optimista, el número total de tecnologías es igual a  $1/10$  multiplicado por 100 millones: 10 mil. Y este número puede ser aún mayor.

El profesor Sagan, manteniéndose entre estos dos extremos, cree que las civilizaciones tecno-

lógicas sobreviven bastante tiempo, y sería razonable decir que:

Número de civilizaciones tecnológicas que existen ahora = 1.000.000.

Si esto es así, una estrella de cada cien mil tiene una civilización tecnológica, y podemos empezar a especular acerca de las distancias que separan a estas civilizaciones, y la distancia a que se encuentra de nosotros la civilización más próxima.

En las cercanías del Sol (esto es, en el brazo de la espiral de la galaxia) la distancia promedio que separa a las estrellas es de 9,2 años luz. Si sólo una estrella de cada 100 mil tiene una civilización tecnológica, la separación media ha de ser multiplicada por la raíz cúbica de 100 mil, obteniéndose como resultado alrededor de 46,5 años luz. Si multiplicamos 9,2 por 46,5 y redondeamos el resultado podemos decir que la distancia que nos separa de la civilización tecnológica más cercana es de 400 años luz, o diez veces la distancia a Arcturus.

El profesor Sagan analiza luego las posibilidades de los viajes por el espacio interestelares, costosos y difíciles, opina, pero posibles. Tales viajes tendrán como resultado contactos entre civilizaciones y empresas comunes que harán posible sumar todos los resultados obtenidos por los exploradores galácticos aumentando de este modo la eficiencia de las

empresas. Creo, por mi parte, que esta combinación de civilizaciones será más estable que cualquier civilización individual.

El profesor Sagan sugiere que cada una de estas civilizaciones galácticas puede lanzar al espacio un número suficiente de navíos exploratorios interestelares como para ponerse en contacto con otro planeta una vez por año. Esto significa que en la galaxia habría un millón de contactos anuales y que el número de unidades en operaciones sería de mil a 10 mil en todo momento.

Si la frecuencia de estos contactos fuera meramente casual, y considerando que se producen un millón de contactos por año y hay 100 mil millones de estrellas en la galaxia, cada estrella debe de ser visitada por una nave una vez cada 100 mil años. Si esta frecuencia se ha mantenido regularmente durante el tiempo en que ha habido vida en la Tierra (aproximadamente un billón de años) nuestro sistema solar ha sido explorado en este lapso unas diez mil veces. La historia de la Tierra puede estar inscrita con minuciosos detalles en algún archivo galáctico muy lejano.

Pero los contactos no tienen por qué ser casuales. Una vez que aparece la inteligencia en un planeta la curiosidad de los exploradores galácticos puede aumentar la frecuencia de las visitas a una cada 10 mil años, y una vez que aparece la civilización tecnológica, a una cada mil años.

Si es así, el hombre debe de haber recibido cien visitas galácticas en el curso de su historia, y es posible que la última haya ocurrido en el alba de la civilización. Sagan considera la posibilidad de que algunos mitos terrestres no se refieran a dioses sino a seres extraterrestres (y no me atrevo a calcular las veces que los escritores de ciencia-ficción han considerado esta posibilidad), pero opina que las interpolaciones de elementos sobrenaturales son tan numerosas que no es posible sacar conclusiones.

No obstante, afirma en un pasaje: "Un ejemplo —que merece un estudio más exhaustivo, es el relato babilónico que atribuye los orígenes de la civilización sumeria a los *apkallu*, representantes de una sociedad adelantada, no humana, y posiblemente extraterrestre." Nunca oí hablar de los *apkallu*, pero Sagan cita estas fuentes: E. R. Hodges, *Cory's Ancient Fragments*, edición revisada, Londres, Reeves and Turner, 1876; P. Schaable, *Berosos und die Babylonisch-Hellenistische Literatur*, Teubner, Leipzig, 1923.

El profesor Sagan sugiere que no sería raro que las naves estelares hubiesen establecido alguna base automática en el sistema solar. Esta base no podría estar muy alejada de la Tierra, el mayor centro de interés posiblemente del sistema solar; pero no en la Tierra, donde los cambios atmos-

féricos y las intromisiones humanas podrían destruir la base. Cerca de la Tierra y no en la Tierra puede significar la luna. Otro motivo para explorar sistemáticamente el satélite.

Sagan concluye sugiriendo que es posible que recibamos otra visita en los siglos próximos, y dice: "Esperemos que haya entonces en la Tierra una civilización próspera que dé la bienvenida a los visitantes de las estrellas lejanas".

Quisiera añadir algo a todas estas consideraciones. El profesor Sagan se refiere sólo a nuestra propia galaxia. Hay, sin embargo, en el universo, y según las estimaciones más comunes, 100 mil millones de galaxias. Algunas emiten actualmente ondas de radio por distintos motivos catstróficos (véase en *Minotauro 4* el artículo titulado *Toda una galaxia*) y probablemente no abunda en ellas la vida.

Pero si estimamos que un 10 por ciento de las galaxias es rico en ondas de radio y pobre en vida, aun nos quedan 10 mil millones de galaxias con un millón de civilizaciones tecnológicas en cada una.

Esto quiere decir que en el universo conocido hay diez cuatrillos de civilizaciones del nivel humano, o superior al humano. Por cada hombre, mujer y niño de la Tierra habría tres millones de mundos con seres iguales a nosotros o mejores que nosotros. ♦

"Entonces Jacob dio a Esaú pan y potaje de lentejas... Así menos precio Esaú la primogenitura." (Génesis, 25)

## POTAJE

Zenna Henderson

AL CABO DE UN TIEMPO UNA SE cansa de enseñar. Bueno, no quiza de la enseñanza misma, un mal insidioso que se lleva en la sangre hasta la hora de la muerte. Pero un buen día una mira la hoja escrita que es necesario corregir o se oye a sí misma dando una respuesta a un niño y de pronto un gong golpea en el interior de la mente. Y cada eco de ese gong es un año de la propia vida, otro tropa de niños que pasa por vuestras manos, otra vuelta en una monótona máquina de moler. Se siente miedo entonces. El valor del trabajo no cuenta y la monotonía es como un gusto amargo en la boca.

A veces es posible calmar esta impresión saboreando ese preciso intervalo de pseudo libertad entre el momento en que se recibe el contrato para el nuevo año y el momento de la firma. Es posible escapar entonces, pero —por algún motivo— no aprovechamos la ocasión.

Sin embargo, yo me escapé una

primavera, abandoné la enseñanza. Decidí no firmar esa vez. Partí en persecución de algo. Excitación quizá, o un sueño maravilloso, un mundo nuevo, resplandeciente y magnífico, que debía de existir en alguna otra parte, pues yo no lo había encontrado aún. Quizá un lugar donde fuese posible empezar de nuevo y no encontrarse otra vez en el mismo horrible callejón sin salida. Abandoné, pues, el trabajo.

Pero en los últimos días de agosto sentí en mí un vacío mayor que el aburrimiento, mayor que la monotonía y la sed de libertad. Me pareció terrible estar a las puertas de setiembre y no preocuparse de que pocas semanas después —mañana— se abrieran las escuelas y sería el primer día de clase. Casi en el último minuto corrí a la agencia de empleos. Por supuesto, yo ya no podía volver a mi escuela, y además los años que yo había pasado allí eran un factor irritativo en muchos otros sitios.

## POTAJE

—Bueno —me dijo el director de la agencia mirando las tarjetas de fin de año escolar, álgebra, economía doméstica, inglés—, siempre queda Bendo. —Hoyé una maltratada carpeta.— *Siempre* queda Bendo.

Advertí este énfasis, traté de entender su significado, y suspiré.

—¿Bendo?

—Escuela pequeña. Una sola aula. Aldea minera, hasta hace un tiempo por lo menos. Aldea fantasmal ahora. —El hombre suspiró cansadamente y se abandonó a las confidencias profesionales.— Gente fantasmal también. No conservar a una maestra más de un año. Sueldo bajo... vivienda... en la casa de alguien. Ninguna distracción organizada... ninguna vida social. La única población en ochenta kilómetros a la redonda. No hay cinematógrafo. Población escolar: diez niños este año.

—Se parece al pueblo de mi infancia —dije—. Pero había dos aulas en la escuela, y muchas distracciones.

—He estado en Bendo. —El director se reclinó en su silla, con las manos en la nuca.— Comunidad enferma. Gente desgraciada. Nada les interesa. Tienen una escuela sólo porque lo exige la ley. Respetuosos de las leyes por lo menos. Quizá no les interesa nada que esté fuera de la ley.

—Acepto el cargo —dije rápidamente antes de ponerme a analizar la impresión de que Bendo no era realmente un sitio adecuado para empezar de nuevo.

El director me miró con curiosidad.

—Si está usted pensando en encender la antorcha de las grandes reformas para que Bendo arda de entusiasmo, olvídelo. Muchas magníficas antorchas se han apagado allí.

—No tengo ninguna antorcha —dije—. Francamente, estoy harta de entusiasmos desbordantes, fiestas escolares y diversiones públicas. Bendo me descansará.

—De eso puede estar segura —dijo el director inclinándose otra vez sobre sus carpetas—. El presidente del consejo escolar es Saul Diemus. Si usted no tiene coche, el único medio para llegar a Bendo es el ómnibus. Corre una vez por semana.

Salí al sol de agosto luego de esta entrevista. El calor era abrumador, y la frescura de la agencia se me evaporó de la piel casi con un siseo.

Caminé hasta la plaza y me senté en uno de los bancos de piedra que yo nunca había tenido tiempo de utilizar en mis días de estudiante. Miré la ventana de mi viejo dormitorio, y sentí una breve e intensa nostalgia, no sólo por los años que habían pasado y las esperanzas que habían muerto y los sueños que no se habían cumplido nunca, sino también por la magia especial que yo había encontrado en ese cuarto. Había sido una magia, una verdadera magia, y me había abierto tales perspectivas que durante un tiem-

po todo me pareció posible, todo realizable, si no para mí al menos para los otros, algún día. Aun ahora, luego de la dilución del tiempo, cuando yo ya no podía creer realmente en esa magia, me resistía a abandonar mi fe. Si esto fuera posible. *Si esto por lo menos fuese posible.*

Suspiré y me puse de pie. Supongo que todos viven alguna vez un momento mágico, y que todos creen que nadie puede vivir lo mismo. Pero mi momento *era* diferente. Ningún otro podía haber tenido la misma experiencia. Me ref. Basta de pasado y de sueños, me dije. Bendo y el trabajo me esperaban.

El ómnibus traqueteante levantaba unas pesadas nubes de polvo ocre que se alejaban como olas, y yo me llevé las palmas de las manos a la cara para respirar un poco de aire limpio. La arena que yo sentía en los dientes y que me invadía la ropa me era bastante familiar, pero yo esperaba que cuando llegáramos a Bendo haríamos dejado atrás esta llanura polvorienta encontrando un poco más de vegetación. Me moví en el asiento anguloso, preguntándome si habría sido diseñado para comodidad de alguien, y en ese momento el ómnibus frenó bruscamente proyectándose hacia adelante.

Esperamos a que las nubes de polvo levantadas por el ómnibus nos alcanzaran mientras el penúltimo pasajero, un indio viejo y

arrugado, vestido con unas ropas brillantes parecidas a una túnica, recogía lentamente una gastada silla de montar y unos bultos de arpillera, y caminaba a pasos cortos por el pasillo y bajaba al camino desierto.

El motor rugió otra vez y nos alejamos dejando allá atrás una figura desolada en una extensión desolada. Me pregunté a dónde iría el indio. Cuántos largos kilómetros lo separarían de su cabaña, en algún cañadón oculto o en un minúsculo oasis.

Corríamos ahora en línea recta hacia las montañas desnudas y rojas que se alzaban en el horizonte. La cinta rectilínea del camino se perdía en la distancia. Suspiré y me moví otra vez en el asiento y el rugido del motor y el cansancio que sentía en los huesos me hundieron en un somnoliento estupor.

Un cambio en el ronroneo del motor me despertó de pronto. Nos detuvimos otra vez, bruscamente. Miré por la ventanilla las nubes de polvo que descendían alrededor de nosotros y me pregunté a qué viajero podríamos recoger allí en medio de la nada. En ese momento se disolvió un telón de polvo y alcancé a leer:

OFICINA DE CORREOS DE BENDO  
Garaje y Estación de Servicio  
Mercería y Ferreteria  
Periódicos

La inscripción cubría la fachada de un edificio golpeado por la

intemperie, entre dos ruinas de piedras ennegrecidas por el humo. Luego de una inmensidad tan llana era realmente sorprendente ver esas piedras caídas que casi llegaban al camino y que alzaban al cielo sus bordes cubiertos de musgo.

—Bendo —dijo el conductor, desplegando las largas piernas e inclinándose para saltar del ómnibus—. Fin del viaje. Fin de la civilización, fin de todo.

Hizo una mueca y la máscara de polvo que le cubría el rostro se quebró en atractivas líneas de sonrisa.

Yo también sonreí.

—Pequeño, ¿no es cierto?

—Era más grande antes. Aunque de poco sirve eso ahora. Un verdadero centro minero en otro tiempo. —Mientras el hombre hablaba vislumbré unos edificios arruinados en las faldas de las colinas rocosas, sembradas de bloques de piedra.— Mi padre conoció el pueblo en su infancia. Hace tanto tiempo que había agua aquí entonces y el pueblo se alzaba en el codo<sup>1</sup> del río.

—¿Por eso se llama así?

—No sé. Quizá hubo alguien que se llamaba Bendo —gruñó el conductor mientras desataba las correas que sostenían mi equipaje en el techo del ómnibus.

—Oh, ¡hola! —gritó de pronto.

Me volví y me encontré con un hombre alto, corpulento. . . y viejo. Más viejo que su cara, de una

<sup>1</sup> Bendo, en inglés.

vez que no correspondía a sus años, pues era joven en realidad, casi tan joven como yo. Tenía una cara severa y triste, de rasgos inmóviles, y las manos tías, apretadas contra el pecho, sostenían un sombrero de fieltro.

En esa breve pausa, antes que el hombre me preguntase: —¿La señorita Anderson? —me sentí como ante esa gente profundamente religiosa que no ve en Dios sino una entidad implacable y vengativa, irritada por la indignidad del hombre, y que espera un momento de descuido para golpearlo y abandonarlo en el pecado. Me pregunté qué Dios se habría apoderado de él tan cruelmente. Me sorprendí respondiendo: —Sí. ¿Cómo está usted? —El hombre me tocó apenas la mano diciéndome: —Saul Diemus —y volvió su atención hacia mis dos grandes valijas y mi fonógrafo.

El señor Diemus se alejó arrastrando los pies. Parecía que tenía pocas ganas de hablar y lo seguí sin decir nada. Yo no había esperado encontrarme con un comité de recepción, pero los niños tenían que haber cambiado mucho desde mi infancia, pues de otro modo la curiosidad por conocer a la nueva maestra debía de haber atraído por lo menos a un par de ellos. Nos alejamos en silencio de la carretera y de la oficina de correos y pronto doblamos la rocosa falda de una loma. Miré la otra orilla del cauce seco y la calle tortuosa: el barrio residencial de Bendo. Me detuve en

el gastado puente de madera y miré alrededor atentamente. Bendo nunca sería para mí lo que era entonces. La familiaridad borraría algunos contornos y destacaría otros, y nunca vería al pueblo como cuando ignoraba quién vivía detrás de todas esas puertas desnudas.

Las casas estaban diseminadas en desorden por las faldas de las lomas y unos toscos escalones de piedra descendían hasta el camino que corría paralelamente al cauce seco del río. Eran realmente casas, y no cabañas, pero los años habían golpeado los muros des pintados que se confundían ahora casi perfectamente con el escenario desértico. En todos los patios de adelante crecían unas plantas, pero parecían haber sido sembradas tan tímidamente y florecían tan escondidas que podían haber sido muy bien macizos fortuitos de vegetación natural.

Ese culto del anonimato. . .

—La escuela. . .

Yo no había visto el rápido movimiento de la mano.

—¿Dónde?

Nada a mi alrededor se parecía a una escuela.

—En el codo del cauce.

Miré en la dirección que me indicaba el señor Diemus y vi de pronto, en la uniformidad del paisaje, un campanario que alcanzaba apenas la cima de la colina a la salida del pueblo, y un mástil al lado, fino como un lápiz. El señor Diemus se enderezó y dijo trabajosamente:

—La escuela está en el sitio más bonito de aquí. Hay un manantial y árboles. . . —Se quedó sin palabras y me miró como buscando algo que pudiese interesarle.— Soy presidente del consejo escolar —dijo bruscamente—. Tendrá usted diez niños, desde el primer grado elemental hasta el segundo año del bachillerato. Nadie sino usted mandará en la escuela. No tendrá que rendir cuentas a nadie. Tome las medidas que crea usted necesarias para asegurar la disciplina. No consentimos a nuestros niños. Enséñeles lo que deben saber. No canse a los padres con razones y explicaciones. La escuela es suya.

—Y a usted le gustaría librarse pronto de ella, y de mí también —le dije sonriendo.

El señor Diemus me miró sorprendido.

—La ley dice que es necesario instruirlos —replicó, poniéndose otra vez en marcha—. Instrúyalos entonces.

Lo seguí, sumisa, pensando con cierto malestar qué ocurriría si yo le preguntase por qué se odiaba a sí mismo, y por qué odiaba el mundo y aun —oh, apenas me atrevía a pensarlo— a los niños que yo iba a "instruir".

—Vivirá usted en mi casa —dijo el señor Diemus—. Nos sobra un cuarto.

Siguió un largo y penoso silencio, pero no se me ocurrió nada y callé. Pasé mi valijeta de una mano a otra y clavé los ojos en el sendero donde las piedras suel-

tas y la grava protestaban con cada uno de nuestros pasos. Me pareció que el señor Diemus trataba de pisar ruidosamente. Pero a pesar del eco amplificado que venía de las lomas ninguna puerta se abrió, ninguna cara se apretó a una ventana, y sentí un verdadero alivio cuando oí de pronto el cloqueo feliz y descuidado de unas gallinas que rascaban en la arena dura.

Me acurrugué a oscuras en la cama estrecha tratando de calmar el malestar que sentía en el estómago. La comida no había sido mala —yo la había encontrado aceptable—, pero sí lúgubre. La tristeza parecía haber colgado en festones del cielo raso y el infortunio se había sentado casi visiblemente a la mesa.

Yo había tratado de decirme que me sentía desanimada por la fatiga del viaje, pero había mirado a mi alrededor y había visto una paciencia desesperanzada marcada en los rostros de los adultos y que comenzaba a asomar —débil, pero indiscutiblemente— en los rostros de los niños. Dos niños habían cenado con nosotros. Sarah, de nueve o diez años, y Matt, un adolescente, los dos demasiado silenciosos, demasiado formales, demasiado dueños de sí mismos, que no habían apartado los ojos del plato.

La comida me bajó al estómago en grandes bocados y allí luchó ásperamente con el café que llego en largos tragos.

Habían pasado horas, penosas, interminables, y la comida se resistía aún a ser digerida.

Al día siguiente yo podría incorporar a la rutina de la escuela, pues enseñar a los niños era enseñar a los niños, siempre, allí o en otra parte. Quizá pudiese entonces convencer a mi estómago de que todo estaba bien, y comenzar la tarea de deshalar a esos niños paralizados y artificiosos. Por supuesto, quizá eran pequeños demonios fuera de sus casas, como es a menudo el caso. De cualquier modo yo sentía ya, afortunadamente, la emoción familiar de los primeros días de setiembre.

Me moví otra vez en la cama, y en seguida, endureciendo el cuello, alcé la cabeza de la almohada para oír mejor.

Era un murmullo, un siseo intermitente. Alguien susurraba en la habitación de al lado. Me senté y escuché sin vergüenza. Yo sabía que el cuarto de Sarah estaba junto al mío, ¿pero quién hablaba con ella? Al principio no alcancé a oír sino palabras truncas. Poco después se me agudizaron los oídos o las voces se hicieron más altas.

—... ¿y oíste tú cómo se reía? ¡Reirse así en la mesa! —Hubo un rápido murmullo y luego unas palabras a media voz:— Se le arrugaban los ojos y se reía.

—Las otras maestras se reían también.

La voz grave e insegura debía de ser de Matt.

—Sí —murmuró Sarah—, pero sólo al principio. Oh, Matt. ¿Qué nos pasa? La gente de los libros se divierte. Se ríen y corren y saltan, y hacen muchas cosas graciosas y nadie... —Sarah hizo una pausa, titubeando.— Nadie dice que es malo.

—Son sólo historias —explicó Matt.— No es la vida real.

—¡No lo creo! —exclamó Sarah.— Cuando crezca me iré de Bendo. Iré a ver...

—¡Irte de Bendo! —interrumpió Matt con una voz dura.— ¿Separarte del Grupo?

No oí la réplica de Sarah, y sentí de pronto como si mi pie no hubiese encontrado un escalón. Y mientras trataba de recobrar el aliento, las visiones, sonidos y olores del viejo dormitorio me abrumaron inundándome. Me dominó. No había sido más, sin duda, que un giro de lenguaje. Esta misera y desolada tristeza no podía tener relación con aquella magia...

—¿Dónde está Dorcas? —preguntó Sarah como si ya conociese la respuesta.

—Castigada. —La voz de Matt era dura, poco infantil.— Saltó.

—¡Saltó!

—Por encima de la baranda del porche. Hasta el camino. Papá la vio. Creo que lo hizo a propósito. —Matt hablaba ahora con una voz desafiante.— Algún día cuando yo crezca saltaré también, por encima de cualquier cosa, aun por encima de la casa. Delante de papá.

—¡Oh, Matt! —El grito de Sarah había sido de horror y de admiración.— ¡No lo harás! No puedes. No delante de papá.

—Sí, saltaré —replicó Matt.— Saltaré porque... —Se interrumpió bruscamente.— Sarah —continuó—, ¿me puedes decir por qué razón es malo saltar? No hace daño a nadie. No es feo. No hay ninguna ley...

—¿Dónde está Dorcas? —La voz de Sarah era casi inaudible.— ¿En el sótano, de nuevo?

Parecía contestar a la pregunta de Matt con esta otra pregunta.

—Sí —dijo Matt—. En la oscuridad, a pan y agua. Para que se sienta como un animal perseguido. Un animal que los otros odian.

La voz amarga del niño subrayó las palabras.

—Ves —murmuró Sarah—. ¿Ves?

Hubo un silencio y luego oí una puerta que se cerraba suavemente y la leve vibración del piso cuando Matt pasó frente a mi cuarto. Me acosté de espaldas, con los ojos fijos en el cielo raso. ¿Qué sombra pesaba sobre esta casa, esta comunidad? Niños asustados que murmuraban en la noche. Niños rebeldes encerrados en sótanos para que aprendieran cómo se sienten los animales perseguidos. Y un Grupo... No, era imposible. Sólo el recuerdo reciente de mis años de colegio podía haberme sugerido que esta sombra era de algún modo el reverso de la moneda dorada que me había mostrado Karen.

Me sentí desfallecer cuando vi la escuela. Era una de esas monstruosidades de principios de siglo. Había sido construida para una población próspera, pero ahora todas las ventanas del piso superior estaban tapiadas con tablonés y no se las utilizaba, aparentemente, desde hacía mucho tiempo. El piso bajo estaba vacío también, excepto dos habitaciones, pero era evidente que una sola hubiera bastado para el puñado de niños que esperaba en silencio junto a la puerta. No sólo el edificio había sido abandonado. El patio era una extensión vacía, de extremo a extremo, sin hierbas o árboles, o instalaciones de juegos. Había sin embargo un monte espeso detrás de la escuela, y un brillo de agua en el fondo del cañón.

—¿No hay hamacas? —pregunté a los tres niños que me escoltaban—. ¿No hay toboganes? ¿No hay columpios?

—¡No! —exclamó Sarah con tristeza y sorpresa.

Matt le echó de reojo una mirada de advertencia.

—No —dijo—, no nos hamacamos ni nos deslizamos por el tobogán. No nos columpiamos.

Me sonrió débilmente.

—¡Qué lástima! —dije—. ¿Se gastó todo? ¿La escuela no puede comprar otros aparatos?

—No nos hamacamos, no nos columpiamos, no jugamos en toboganes. —La sonrisa de Matt había desaparecido.— No nos interesa.

No hay nada tan categórico e incontestable como esta última afirmación, excusa de todo tipo de omisiones, pero yo nunca la había oído aplicada a juegos infantiles. No pude pensar en una respuesta más inteligente que "Oh", de modo que no dije nada.

Me sentí durante toda la semana como si estuviese vadeando un lago de jalea o tratara de alzar por encima de mi cabeza un enorme colchón de plumas. Recurrí a todas las estrategias para despertar el interés de la clase, en cualquier cosa. Los niños eran corteses y sumisos, pero también apáticos, y de una resignada paciencia.

Al fin, poco antes de la hora de salida, el viernes, me incliné desesperada sobre el pupitre.

—¿Nada os gusta? —imploré—. ¿Nada os divierte?

Hubo un pesado silencio y Dorcas Diemus abrió la boca. Vi que Matt lanzaba un puntapié rápido y amenazante a la pata del pupitre. La niña cerró la boca.

—Yo creo que la escuela es divertida —dije—. Creo que podemos disfrutar de muchas cosas. Quiero que me gusten las clases, pero esto no es posible si no os gustan a vosotros.

—Aprendemos —dijo Dorcas rápidamente—. No somos estúpidos.

—Aprendéis —reconocí—. No sois estúpidos. ¿Pero a ninguno le gusta la escuela?

—A mí me gusta —cantó la vocécita de Martha, la más pequeña de mis alumnas—. ¡Es divertida!

—Gracias, Martha —dije—. Y a todos los demás —los miré poniendo cara de enojo— les gustará también, ¡aunque tenga que convencerlos a golpes!

Observé consternada que los niños se encogían en sus asientos y se miraban con miedo. Pero antes que yo pudiera dar una explicación, Matt se echó a reír y Dorcas lo imitó en seguida. Sonreí satisfecha al oír que las risas titubeantes y agudas se extendían por la sala, pero vi de pronto que Esther, una niña de diez años, se enjugaba las lágrimas con una mano temblorosa. Lágrimas... ¿de risa?

Aquella noche me volví y volví en la cama, casi demasiado cansada para dormir, preocupada, pensando. ¿Qué había quebrado la vida de estas gentes? Eran sanos, eran hermosos —recordé la curva perfecta de la mejilla de Martha junto a la ventana, la gracia expresiva de las cejas de Dorcas—, tenían comida, ropa y casas adecuadas, y sin embargo, no eran lo que debían haber sido. Yo había visto más alegría y placer y entusiasmo en niños nómadas que vivían en casas de cartón prensado y que se lavaban —cuando se lavaban— en los canales cualquier cosa comestible, pero sonreían aun con eczemas o llagas en los labios.

¡En cambio estos niños sin vida! Recé distraídamente y esa noche dormí mal.

Un mes después las cosas habían mejorado un poco, muy poco. Por lo menos había menos tensión en la clase. Y descubrí que no tenían prejuicios profundos contra las plantas, y cultivamos algunas en los alféizares anchos, brotes que traíamos del manantial o que crecían entre los árboles. Y en unas jarras guardamos peccecitos del arroyo, y en una caja con barro un sapo que sólo despertaba para comerse las hormigas que le llevábamos a la hora del almuerzo. Y cantábamos, en alta voz y con entusiasmo, y —milagro de milagros— sin una nota desentonada en toda la clase. Pero no cantábamos *Subir, subir al cielo* o *¿Te gusta subir en una hamaca?* Cuando yo entonaba estas canciones los niños enrojecían, inquietos, y bajaban los ojos.

Habíamos discutido a propósito de esa costumbre que tenían de arrastrar los pies.

—Levantad los pies, por favor —les dije irritada una mañana, ya harta del *chu, chu, chu* de las idas y venidas—. Parece que tuvierais pies de plomo.

Timmy, que estaba más animado esa mañana, se mordió cabizbajo una uña.

—No puedo —dijo—. No debo.

—¿No debes? —Olvíde momentáneamente la circunspección con que yo había tratado hasta entonces a estos niños asustadizos como ratones.— ¿Por qué no? No hay razón en el mundo que te impida caminar sin hacer ruido.

Matt miró tristemente a Miriam, mi única alumna de bachillerato. La niña apartó los ojos y se mordió los labios, perturbada. Al rato se volvió y dijo:

—Es la costumbre en Bendo.

—¿Arrastrar los pies? —Yo estaba a punto de perder la paciencia.— ¿Por qué motivo?

—Así hacemos todos en Bendo.

No había enojo en la defensa de la niña, sólo resignación.

—Quizá lo hagáis en vuestras casas —dije—, pero aquí en la escuela hay que levantar los pies. Además, hacéis mucho ruido.

—Pero es malo... —comenzó a decir Esther.

La mano de Matt la obligó a callar.

—El señor Diemus me dijo que en la escuela mando yo —continuó—. Dijo que no molestara a vuestros padres con los problemas de la escuela. El problema ahora es que hacéis mucho ruido mientras otros tratan de trabajar. En el salón de clase, por lo menos, hay que caminar sin hacer ruido y levantando los pies.

Los niños consideraron solemnemente esta sugestión y se volvieron hacia Matt y hacia Miriam en busca de consejo. Los dos niños mayores asintieron y volvieron al trabajo. En los minutos siguientes vi con asombro cómo los niños iban inútilmente de un extremo a otro de la clase, levantando los pies, sonriéndose y mirándose a hurtadillas como si esos desplazamientos fuesen toda una aventura, algo difícil y deli-

cioso a la vez. Yo estaba perpleja. Recordé entonces que no sólo los niños de Bendo arrastraban los pies sino también los adultos, como si temiesen perder contacto con la tierra, como si... Meneé la cabeza y continué mi lección.

Antes de mediodía, sin embargo, el interminable *chu, chu, chu* de los pies había empezado otra vez. El hábito dominaba a los niños. Clasifiqué mentalmente el sonido como incurable y crónico, y no insistí.

Suspiré mientras observaba a los niños que salían para el almuerzo. Me había parecido al principio que aprovecharían ese lujo sin precedentes de una hora destinada al almuerzo para irse todos a sus casas. El campanario era visible desde la mayoría de las casas del pueblo. No obstante, los niños traían a la escuela unos emparedados secos y unas manzanas poco atractivas en apretados saquitos de papel. Al mediodía, sin decir una palabra, desaparecían con sus pasos arrastrados entre los árboles.

Todo es apagado aquí, pensé. Hasta el sol es débil cuando inunda las lomas y cañadones. No hay alegría, no hay risas. No hay diversiones ni bromas. No hay boberías infantiles, ni tonterías adulescentes. Sólo niños silenciosos y resignados.

No acostumbro a espiar a mis alumnos, pero se me ocurrió que quizá estos niños eran diferentes cuando estaban lejos de mí y de sus padres. De modo que volví a

las doce y media de un almuerzo adecuado, pero monótono, en casa de los Diemus, dejé atrás la escuela y me metí entre los árboles avanzando con precaución entre las matas ralas hasta que pude asomarme a una roca musgosa y mirar a los niños.

Algunos se habían tendido en la hierba escasa y corta, con las manos bajo las cabezas, mirando con ojos entornados el cielo brillante entre el follaje. Esther y la pequeña Martha buscaban semillas de *fillaree* y les contaban los dientes. Sonreí recordando que yo había hecho lo mismo.

—Soñé anoche. —La afirmación de Dorcas fue como un desafío en el pesado silencio.— Soñé con la Morada.

Me sobresalté, y Martha gritó horrorizada:

—¡Oh, Dorcas!

—No es nada malo —dijo Dorcas con las mejillas encendidas—. ¡Hubo una Morada! ¡Sí! ¡Sí! ¿Por qué no podemos hablar de la Morada?

Escuché ávidamente. Esto no podía ser una coincidencia, un Grupo y ahora la Morada. Tenía que haber alguna relación... Me apreté contra la roca rugosa.

—¡Es una cosa mala! —gritó Esther—. ¡Te castigarán! Está prohibido hablar de la Morada.

—¿Por qué? —preguntó Joel y pareció que lo pensaba por primera vez, como suele ocurrir a los trece años. Se sentó lentamente.— ¿Por qué está prohibido?

Hubo un silencio breve y tenso.

—Yo también sueño a veces —dijo Matt—. Sueño con la Morada, y todo está bien entonces.

—¿Quién no soñó? —preguntó Miriam—. Todos soñamos, ¿no es cierto? Aun nuestros padres. Cuando mamá ha soñado se le ve en los ojos.

—¿Nadie se preguntó alguna vez por qué está prohibido? —insistió Joel—. Sólo nos dicen que es malo.

—Me parece que es una cosa de hace mucho tiempo —dijo Matt—. Algo que pasó cuando llegó el Grupo...

—No deben de ser sueños —declaró Miriam— porque yo no necesito estar dormida. Creo que son recuerdos.

—¿Recuerdos? —preguntó Dorcas—. ¿Cómo podemos recordar algo que no conocimos?

—No sé —admitió Miriam—, pero me parece que es así.

—Yo recuerdo —dijo espontáneamente Thalita, que nunca decía nada espontáneamente.

—Cállate —murmuró Abie, la penúltima en edad, que hablaba siempre en un murmullo.

—Yo recuerdo —repitió Thalita, obstinada—. Recuerdo un vestido que era muy pequeño, y la mamá lo estiró para que fuera bastante largo y el vestido se quedó así. Después estiró la cintura para que fuese bastante grande y la niña se lo puso y se fue volando.

—Bah —dijo Timmy, desdeñoso—. Yo recuerdo más. —Se le inmovilizó la cara y se le agrandaron los ojos.— La nave era alta

como una montaña y la gente entró por la puerta que era alta, alta, y no tenía una escalera. Después aparecieron las estrellas grandes y brillantes, no pequeñas como las de aquí.

—¡La nave voló demasiado rápido! —Abie hablaba ahora, con una animación que yo no le conocía.— El aire calentó la nave y la niña murió antes que los botes dejaran la nave.

El niño se encogió de pronto y se apoyó en Thalita, sollozando.

—¡Ya veis! —Miriam alzó triunfante la barbilla.— Todos soñamos... Quiero decir, ¡todos recordamos!

—Creo que sí —dijo Matt—. Recuerdo. Es *subir*, Thalita, no volar. Subes y subes todo lo que quieras y nunca tienes que tocar el suelo. ¡Nunca!

Matt dio un puñetazo en el suelo rojo.

—Y también puedes bailar en el aire —suspiró Miriam—. Más libre que un pájaro, más liviano que... .

Esther se puso rápidamente de pie, pálida, aterrorizada.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Es una cosa fea! ¡Es una cosa mala! ¡Se lo diré a papá! Está prohibido soñar, o volar, o bailar. ¡Os moriréis!

Joel se incorporó de un salto y apretó el brazo de Esther.

—¿Podemos estar más muertos? —gritó sacudiéndola brutalmente—. ¿Llamas a esto estar vivo?

En seguida se encorvó temerosamente y dio algunos pasos en el claro, arrastrando los pies.

Regresé a la escuela corriendo como una posea, parpadeando para enjugarme las lágrimas, sin querer reconocer que estaba llorando, llorando por esos pobres niños que buscaban tan desesperadamente algo que estaba dentro de ellos. ¿Por qué esa negación tan rigurosa? Si ellos eran lo que yo pensaba... Y tenían que serlo. ¡Tenían que serlo!

Tomé la cuerda de la campana y tiré con todas mis fuerzas. La campana se movió como de mala gana y llamó. La una, ¡la mala!

Miré cómo volaban los niños con pasos arrastrados y lentos.

Aquella noche empecé una carta:

*Querida Karen:*

*Pues sí, luego de tantos años. ¡Oh, Karen! ¡He encontrado a otros! ¡Otros del Pueblo! ¡Recuerdas como deseabas saber si otros Grupos habrían sobrevivido a la Travesía? Bueno, ¡encontré un Grupo entero! Pero es un Grupo enfermo y desgraciado. Se te haría pedazos el corazón, si los vieres. Si pudieses venir y ponerlos en el verdadero camino...*

Dejé la pluma. Miré las líneas que yo había escrito y luego arrugué lentamente la hoja de papel. Este era *mi* Grupo. Yo lo había encontrado. Sí, se lo diría a Karen, pero más tarde. Luego que... bueno, luego que yo tratara de ponerlos en el verdadero camino, a los niños por lo menos.

Al fin y al cabo, yo algo sabía

de sus posibilidades. ¿No me había hablado Karen secretamente en aquellas horas mágicas, en nuestro dormitorio, atraídas las dos por una mutua simpatía que parecía más fuerte que esos lazos que unen a las compañeras de cuarto, y no me había contado cosas que ningún extraño debía haber oído? Y cuando al fin yo se lo contara a Karen, y pusiera al Grupo en sus manos, quizá con un don precioso, entonces yo podría sentir que le devolvía algo de ese mundo maravilloso que ella me había abierto.

Sí, pensé tristemente, nada da una buena porción de confianza como una buena porción de ignorancia. Pero haré todo lo posible... desesperadamente. Quizá si puedo sacar de la prisión a algún otro, entonces mis propias barreras... Tiré la hoja de papel al cesto.

Pero pasaron varias semanas antes que me decidiese a mostrar a los niños, de una manera o de otra, que yo sabía algo de ellos. Era una situación tan extraordinaria, si yo no me había equivocado. Y si me había equivocado, ¿qué clase de locura sospecharían en mí?

Cuando al fin apreté los dientes y me juré a mí misma que haría algo, me temblaban las manos y el aliento se me había quedado en la garganta seca.

—Hoy —dije con un esfuerzo—, es viernes. —Los niños recibieron con un silencio caritativo esta

sabia revelación.— Hemos trabajado durante toda la semana, de modo que hoy nos divertiremos.

Los niños se movieron en sus asientos, inquietos, contentos y temerosos a la vez. Pobres niños, mis “diversiones” eran para ellos mucho más penosas que cualquier tarea escolar. Pero algunos aprendían ya a disfrutar de ellas. ¡Hasta la misma Martha había aprendido a saltar a la cuerda!

—Primero los monitores distribuirán las hojas de composición.

Esther y Abie corrieron de un lado a otro con los papeles, y los afilalápices trabajaron afanosamente. En esto los niños no se diferenciaban de otros y les sacaban punta a los lápices con el menor pretexto.

—Ahora —dije, y se me cerró la garganta—, vamos a escribir. —Esta obvia observación fue aceptada con indulgencia, aunque Miriam me miró sorprendida antes de inclinar la cabeza, de modo que el pelo le cayó sobre la cara.— Hoy quiero que todos escriban sobre lo mismo. Este es el tema.

Aliviada, di la espalda a las miradas expectantes de los niños y escribí lentamente con letras mayúsculas:

#### RECUERDO LA MORADA

Oí las respiraciones entrecortadas de Miriam y Thalita y luego el rápido susurro que informaba a Abie y a Martha. Oí el grito ahogado de Esther y me volví

lentamente apoyándome en el pupitre.

—Hay tantos recuerdos hermosos de la Morada —dije en el tenso silencio—. Tantas cosas maravillosas. Y aún los recuerdos tristes son mejores que el olvido, pues la Morada es buena. Decídmelo que recordáis de la Morada.

Joel y Matt se pusieron de pie simultáneamente.

—¡No podemos!

—¿Por qué no podemos? —gritó Dorcas—. ¿Por qué?

—¡Es una cosa feal —gritó Esther—. ¡Una cosa mala!

—¡No es nada de eso! —chilló Abie—. ¡No es nada de eso!

—No podemos. —Miriam se recogió el pelo con unas manos temblorosas.— Está prohibido.

—Sentaos todos —dije dulcemente—. El día que llegué a Bendo el señor Diemus me dijo que os enseñara lo que fuese necesario. Tengo que enseñaros que recordar la Morada es una cosa buena.

—¿Por qué entonces los mayores no piensan así? —preguntó Matt lentamente—. Nos dicen que no hablemos de eso. No hay que desobedecer a los padres.

—Sí —admití—, es cierto, pero esto es también muy importante. Si os parece, lo guardaremos como un secreto entre nosotros. El señor Diemus me dijo que no los moleste con razones o explicaciones. Yo hablaré con vuestros padres cuando llegue la hora. —Hice una pausa para tomar aliento y desembarazarme de una visión en

la que yo dejaba el pueblo envuelta en una nube de polvo seguida de cerca por una tropa de padres furiosos.— Bueno, a trabajar —dije bruscamente—. *Recuerdo la Morada.*

Hubo un pesado momento de indecisión, y contuve el aliento, preguntándome de qué lado se inclinaría la balanza. Y luego... Seguramente todos querían hablar y afirmar la maravilla del pasado, pues si no no hubiesen capitulado tan pronto. Las cabezas se inclinaron hacia adelante y los lápices corrieron sobre el papel. Sólo Martha se quedó cabizbaja y mirando la hoja con una expresión de tristeza.

—No conozco bastantes palabras —se quejó—. ¿Cómo se escribe *toolas*?

Y Abie borró trabajosamente hasta agujerear el papel y chupó otra vez la punta del lápiz.

—¿Por qué tú y Abie no hacéis algunos dibujos? —sugerí—. Una pequeña historia con láminas y luego podríamos juntar las páginas como en un verdadero libro.

Miré al grupito silencioso y ocupado y sentí que se me doblaban las rodillas. Me sequé las palmas húmedas y me recliné en la silla. Advertí, lentamente, que había una nueva atmósfera en la sala de clase. La tensión intolerable, la contención inconsciente, esa prudencia, esa vigilancia, ese sentimiento de culpa provocado por el deseo de lo prohibido se habían desvanecido del todo.

Una oración de acción de gra-

cias creció en mí. Se transformó rápidamente en un ruego de misericordia cuando entreví de pronto lo que podía ocurrirme si los padres me descubrían. ¿Cuánto duraban ya esta negación y este renunciamiento, esta ocultación y este miedo cuidadosamente alimentado? De acuerdo con lo que Karen me había dicho podían haber pasado cincuenta años, bastante como para marcar a tres generaciones.

Y allí estaba yo tratando de que las llamas consumiesen un pequeño mundo. Luego de esta oscura metáfora enderecé mis piernas débiles y me puse de pie. Caminé hacia arriba y abajo, entre los pupitres, sin que nadie me prestara atención, apartándome para dejar pasar a Joe que corría al estante en busca de más papel, inclinándose sobre Miriam y maravillándose de que ella hubiera empleado sus pasteles y de que una parte de su composición fuese en colores. Y los colores me hablaban de algo que el lápiz negro no podía expresar, aunque yo nunca había visto esas formas.

Los niños se fueron, felices y excitados, charlando y riéndose hasta que llegaron a los límites del patio de la escuela. Allí las risas y las sonrisas murieron, y las caras fueron otra vez graves, y los pies se arrastraron pesadamente. Suspiré y examiné las composiciones. Allí estaba el librito de Abie. Lo hojeé, tomé aliento y lo examiné atentamente.

¿Un niño había dibujado todo esto? Seis páginas, seis páginas acabadas que parecían de un adulto. Efectos de pastel que yo no había visto nunca, imágenes que contaban una historia claramente y en voz alta.

Estrellas que llameaban en un cielo negro, y la delgada aguja de una nave, como una nota en la oscuridad.

La vasta curvatura de la Tierra, verde y cubierta de nubes, sobre un fondo negro. Una línea rosa en el vientre de la nave: la fricción de la atmósfera. Toqué el resplandor con un dedo. Yo casi podía sentir el calor.

Dentro de la nave, dolor y sufrimiento, una lucha heroica, cuerpos amontonados y caras quemadas. Un niño en brazos de su madre. Luego un enjambre de diminutas formas afiladas que salían del vientre de la máquina. Y el último chillido de incandescencia mientras la nave se volatilizaba en el aire cada vez más denso.

Apoyé la cabeza en las manos y cerré los ojos. ¿Todo esto, todo esto en la memoria de un niño de ocho años? ¿Todo esto en los sentimientos de una criatura? Pues Abie sabía. Conocía el calor, la lucha, la muerte y la huida. No era asombroso que Abie hubiese dibujado encorvado, murmurando entre dientes. La memoria racial era realmente una moneda de dos caras.

Sentí una dolorosa aprensión. Quizá me había equivocado al

permitir que recordara tan vívidamente. Quizá yo no hubiera debido...

Me volví a las hojas de Martha. Eran unos dibujos delicados, casi aracnoides, de un animalito velludo (*tooolas?*) que anidaba en una hamaca suspendida, guardaba frutos en un cesto de hojas, y vivía en compañía de un pájaro. Un pájaro realmente de otro mundo. La mayor parte de la historia de Martha se me escapaba, pues en los niños de esta edad —más que en todos los otros— el arte es un movimiento de símbolos, y como no teníamos puntos comunes de referencia, había muchas cosas que yo no podía interpretar. Pero todo este librito era alegre y luminoso.

Y ahora, las historias...

Alcé la cabeza y parpadeé a la luz del sol poniente. Yo había leído todas las composiciones, excepto la de Esther. La escritura de Esther, confusa, de patas de mosca, me hizo advertir que caía la noche y descubrí que yo estaba temblando en el cuarto en sombras, y que la vieja estufa de leña se había apagado.

Guardé lentamente las hojas en el cajón de mi pupitre, titubeé y tomé la de Esther. La leería en mi cuarto. Me puse el abrigo y dejé la escuela pensando continuamente en las composiciones de los niños. Y de pronto tuve ganas de llorar, de llorar por las maravillas que eran ahora sólo un recuerdo. Por la herencia de

talentos y dones que tenían estos niños, pero que no podían utilizar. Por los sueños realizados que les estaban vedados. Por la nostalgia que yo había descubierto en todas esas líneas escritas, la nostalgia de estos tristes exiliados alejados desde hacía tres generaciones de todo conocimiento material de la Morada.

Me detuve en el puente y me apoyé en la balastrada envuelta en las primeras sombras de la noche. Sentí de pronto una creciente nostalgia. Así debía haber sido el mundo, así podía haber sido sólo si...

Cuando entré en la cocina, mis lágrimas eran ya algo tan secreto como las emociones de la señora Diemus que alzó los ojos y me miró sin interés.

—Buenas noches —me dijo—. Le he guardado la cena.

—Gracias. —Me estremecí convulsivamente.— Hace frío.

Me senté aquella noche en el borde de la cama, dejando que el recuerdo de las composiciones me inundase, tratando de unir los fragmentos que hablaban de la Morada. Y comencé entonces a maravillarme. Los recuerdos de todos parecían ser tan felices... Timmy había escrito: *La nave brillante alta como una montaña y más rápida que dos aviones*, y Dorcas, sin preocuparse de la concordancia de los tiempos y como si el ayer no se distinguiese del hoy: *Las flores eran como luces. Las noches no son muy oscuras*

porque las flores brillan mucho y cuando salía la luna los breecos cantan y la música caía sobre uno como la lluvia, pero menos triste. Y las líneas anhelantes de Miriam: *El día de la Reunión hubo una gran fiesta. Todos tenían hermosos trajes y las muchachas se habían puesto flahmens en el pelo. Las flahmens son flores, pero también buenas para comer. Y si una muchacha siente que le canta el corazón por un muchacho comen una flahmen juntos y ya no se separan nunca.*

Si todos los recuerdos eran tan felices, ¿por qué los adultos los ahogaban con tanta dureza? ¿Por qué ese palio de infelicidad sobre todas las cosas? No es posible lamentar eternamente la pérdida de una nave. ¿Por qué un sótan para todos los niños desobedientes? ¿Por qué toda esa miseria y frustración si eran capaces de llevar a cabo la mitad por lo menos de lo que describían las composiciones —con términos técnicos que yo no entendía del todo— de Joel y Matt, y transformar a Bendo en un paraíso?

Tomé la hoja de Esther. Temía leerla. Mientras los otros escribían rápidamente Esther se había pasado casi todo el tiempo con la cabeza hundida en los brazos, cruzados sobre el pupitre. De cuando en cuando garrapateaba una línea o dos como si estuviese haciendo algo vergonzoso. Sólo ella, entre todos los niños, parecía no encontrar ningún consuelo en esos recuerdos.

Alisé la hoja en mi regazo.

Recuerdo, había escrito Esther. *Teníamos sed. Había agua en el arroyo y estábamos escondidos entre las hierbas. No podíamos beber. Dispararían sus armas contra nosotros. El sol quemaba desde hacía tres días. La mujer gritó pidiendo agua y corrió al arroyo. Ellos dispararon. El agua se volvió roja.*

Las lágrimas de Esther habían arrugado el papel.

Encontraron a un bebé bajo un matorral. El hombre lo golpeó con la madera del fusil. Lo golpeó y lo golpeó. Como yo aplasto los escorpiones.

Nos atraparon y nos encerraron. Encendieron un fuego alrededor. "Vuelen" dijeron, "vuelen y sálvense." Volamos porque el fuego nos hacía daño. Ellos dispararon contra nosotros.

"Monstruos" gritaban, "monstruos malvados. La gente no vuela. La gente no mueve cosas. La gente se parece. Ustedes no son gente. Mueran, mueran, mueran."

Luego en letras muy negras que habían roto el papel:

*Si alguien descubre que no somos de la Tierra, moriremos.*

*No levantéis los pies del suelo.*

Tristemente, dejé a un lado la hoja. La respuesta estaba ahí, sumando las confidencias de Karen a todo esto. Los náufragos que llegan a una isla y tropiezan con salvajes. Unos pocos sobreviven adaptándose, suprimiendo y negando. Otra generación reniega

de la Morada para asegurar la inmunidad presente y futura de los descendientes. Luego la generación siguiente duda e interroga, y se rebela.

Apagué la luz y me metí lentamente en la cama. Me quedé inmóvil, mirando la oscuridad, viendo la imagen que Esther había evocado. Al fin me abandoné al sueño.

—Que Dios la ayude —suspiré—. Que Dios nos ayude a todos.

Había pasado casi otra semana. Ordenamos el aula rápidamente, anticipándonos esta vez con alegría a la hora de las diversiones en vez de temerla. Sonreí al oír a mi alrededor esa algarabía, sintiendo que yo misma me animaba con la expectativa de los niños. ¡Qué cambio se había operado en ellos desde aquella tarde! Ahora empezaban a parecerme verdaderos niños. Ahora empezaban a aceptarme. Tragué saliva. En cualquier momento me preguntarían: "¿Cómo ocurrió? ¿Cómo lo sé?" Ahí estaban todos sentados, los nueve —faltaba Esther, la primer ausencia del año—, esperando con los ojos brillantes.

—¿Podemos escribir otra vez? —preguntó Sarah—. Recuerdo muchas otras cosas.

—No —dije—. Hoy no. —Las sonrisas murieron y un murmullo de protestas recorrió la clase.— Hoy veremos qué somos capaces de hacer. Joel. —Miré a Joel apretando los dientes.— Joel, dame el diccionario. —Joel empezó a po-

nerse de pie.— *¡Sin moverte de tu sitio!*

Hubo un silencio de horror.

—Pero... —dijo Joel al fin—, ¡No puedo!

—Sí, puedes —insistí—. Sí, puedes. Tráeme el diccionario. Aquí, a mi pupitre.

Joel se volvió y clavó los ojos en el viejo diccionario, del que se habían soldado las páginas 1965 a 1998.

—¿Miriam? —dijo con una voz aguda.

Miriam meneó la cabeza y se hundió en su asiento, los ojos grandes y sombríos en la cara blanca.

—Puedes, Joel. —La voz de Miriam era apenas un soplo.— Es apenas más grande que . . .

Joel se tomó con las dos manos del borde del pupitre y la transpiración le cubrió la frente. Hubo un movimiento en el estante. Luego, como disparadas por un fusil, las páginas 1965 a 1998 volaron a mi pupitre y cayeron aleteando. Luego del primer momento de estupor todos nos refinos hasta las lágrimas.

—¡Te has lucido, Joel! —gritó Matt—. Eso es lo que se llama una demostración de fuerza.

—Bueno, es un comienzo. —Joel sonrió débilmente.— Hazlo tñ, si te parece tan fácil.

Matt sudó y se esforzó y al fin Joel trató de ayudarlo, pero sólo consiguieron que el libro resbalara hasta el borde del estante donde se quedó oscilando peligrosamente.

Entonces Abie alzó tímidamente la mano.

—Yo puedo.

Me alegró que mi niño silencioso se hubiese decidido a hablar, y al mismo tiempo frunció el ceño al oír las risas protectoras de los mayores.

—Muy bien, Abie —le dije animándolo—. Les enseñarás cómo se hace.

El diccionario voló lentamente desde el estante y se posó sin hacer ruido en mi pupitre.

Todos clavaron los ojos en Abie que se retorció en su asiento.

—Los barquitos —dijo como si se defendiera—. Así salían de la nave. Así mismo.

Joel y Matt entornaron los ojos concentrándose y luego cambiaron unas miradas exasperadas.

—Claro, sí —dijo Matt—. Claro, sí.

El diccionario volvió al estante.

—¡Eh! —protestó Timmy—. Me toca a mí.

—Pobre diccionario —dije—. Es demasiado viejo para dar tantos saltos. Lleva las hojas sueltas al estante.

Timmy hizo volar las hojas.

Todos suspiraron y me miraron expectantes.

—¿Miriam? —Miriam apretó las manos convulsivamente.— Ven aquí —dije, sintiendo un escalofrío en la espalda—. *Vuela* hasta mí, Miriam.

Mirándome fijamente Miriam salió de su asiento y se quedó de pie en el pasillo. Los pies se le elevaron un poco del suelo y la

falda se le movió en el aire. Lentamente al principio, y luego con más rapidez, Miriam vino hacia mí silenciosamente, flotando, hasta que al fin se precipitó en mis brazos y con un gemido entrecortado apoyó la cabeza en mi hombro. La aparté, estremeciéndome, y busqué mi pañuelo.

—Miriam, cuida a los otros —dije con una voz temblorosa—. Vuelvo en seguida.

Entré tambaleándome en el otro cuarto. Encogida entre aquellos objetos amontonados y cubiertos de polvo lloré en silencio con la cara entre las manos. Lloré y lloré, pues al fin y al cabo... *¡al fin y al cabo!*

Y entonces, de pronto, oí un ruido y el pánico me inundó paralizándome. Era un ruido de pisadas, muchas pisadas, que se acercaban a la escuela. Salté a la puerta y la abrí de par en par y vi que en ese mismo momento el señor Diemus, Esther, y el padre de Esther, el señor Jonso, entraban en el aula.

En uno de esos relámpagos de claridad que se le graban a uno en la mente en una fracción de segundo vi a todos mis alumnos.

Joel y Matt se balanceaban en unas barras invisibles, y al subir rozaban el cielo raso con las cabezas. Abie se hamacaba en una hamaca ausente, describiendo un arco de círculo en un rincón de la sala, tocando casi la chimenea de la vieja estufa, cantando:

—¡Volar, volar al cielo!

¡No era la primera vez que los

niños probaban sus alas! Unos libros flotaban sobre el círculo de Miriam y las otras niñas que se habían arrodillado en el suelo, y Timmy hacía volar a dos aeroplanos de papel en complicadas maniobras entre los bancos.

Me encontré con la mirada del señor Diemus y sentí que se me encogía el corazón. Esther ahogó un grito al ver a los niños, y las niñas volvieron hacia los intrusos unos rostros aterrorizados. Matt y Joel descendieron rápidamente y se pusieron de pie. Pero Abie, absorto en su juego, siguió hamacándose hasta que Thalita gritó, frenética:

—¡Abie!

Abie volvió bruscamente la cabeza, y descubrió al grupo que miraba desde el umbral. Con un grito de decepción, como si le hubiesen arrebatado un juguete favorito, se detuvo en medio del aire, apretando los puños. Luego, comprendiendo al fin, lanzó un grito, un verdadero aullido de terror, y subió rápidamente en una línea oblicua, tratando de escapar, chocó con el borde del armario alto donde se guardaban los mapas, dio media vuelta, y cayó.

Traté de alcanzarlo en el aire. Oh, corrí hacia él. Pero sólo alcancé a tomarle la manita en el momento en que caía sobre la vieja estufa de leña. El cráneo de Abie chocó contra el borde de hierro labrado, y el ruido del golpe resonó en el silencio de la sala.

Enderecé cuidadosamente el cuerpecito sin atreverme a tocar la cabeza inerte. Nos arrodillamos, el señor Diemus y yo, y nos miramos por encima del cuerpo de Abie. El señor Diemus entrecabrió los labios para decir algo, pero yo hablé antes.

—Si Abie muere —dije mordeiendo con furia las palabras—, ¡usted lo habrá matado!

El señor Diemus abrió otra vez la boca, asombrado esta vez.

—Yo... —comenzó a decir.

—¡Metiéndome así en mi clase! —grité—. ¡Interrumpiendo el trabajo! ¡Asustando a los niños! La responsabilidad es toda suya, ¡toda suya!

Yo no era capaz de soportar sola todo el peso de la culpa. Tenía que compartirlo con alguien. Pero el fuego se apagó y acaricié la manita de Abie, estremeciéndome.

—Por favor, llamen a un médico. Quizá esté muriéndose.

—El más cercano vive en el paso Tortura —dijo el señor Diemus—. Cien kilómetros por la ruta.

—¿Y en línea recta?

—Dos cadenas de montañas y una meseta desierta.

—Entonces... entonces...

Yo no soltaba la mano de Abie.

—Hay un médico en vacaciones en el rancho *La rodada* —dijo Joel débilmente.

—Vé a buscarlo —dije mirando fijamente a Joel—. *Vé tan rápido como puedas.*

Joel me miró sin aliento.

—Bueno —dijo.

—Seguramente tendrán caballos para volver —dije—. No te hagas notar demasiado.

—No.

Joel corrió hacia la puerta. Oímos el ruido de sus pasos hasta que llegó a la mitad del patio. Luego, silencio. Segundos más tarde, débilmente, el ruido de algo que golpeaba la arena del arroyo, al pie de la loma. Joel, evidentemente, no era capaz de volar mucho tiempo y se alejaba dando unos larguísima saltos.

Los niños habían regresado a sus casas en silencio, ansiosamente, y luego de la llegada del médico habíamos improvisado unas parihuelas y habíamos llevado a Abie a casa de los Peters. Yo caminé junto a él, mirándole la carita apretada, tocándole de cuando en cuando el pecho como para estar segura de que todavía respiraba.

Y ahora... la espera.

Miré otra vez mi reloj. Lo había mirado hacía un minuto. Sesenta segundos si me guiaba por las manecillas, horas y horas si me guiaba por mi ansiedad.

—No será nada —murmuraba yo, para tranquilizarme—. El médico sabrá cómo curarlo.

El señor Diemus volvió hacia mí unos ojos oscuros e inexpresivos.

—¿Por qué lo hizo? —me preguntó—. Habíamos borrado casi todos los recuerdos. Eramos ya casi libres.

—¿Libres de qué? —Tomé aliento.— ¿Por qué lo hicieron ustedes? ¿Por qué le negaron a los niños su herencia?

—No es asunto suyo.

—Todo lo que impide la felicidad de los niños es asunto mío. Todo lo que transforma a los niños en ratitas asustadas está mal. Es posible que yo haya abordado mal el problema, pero usted me dijo que les enseñara lo que era necesario enseñarles, y así lo hice.

—Les enseñé a desobedecer, a rebelarse, a desafiar a la autoridad...

—Me obedecían a mí —repliqué—. Aceptaban mi autoridad. No puedo reprocharles nada —confesé, con voz más serena—. Se sintieron muy perturbados. Me dijeron que eso estaba mal, que les habían enseñado que estaba mal. Discutió con ellos. Pero, oh, señor Diemus. Bastaron unas pocas palabras para abrir la brecha en el dique. Nunca pusieron en duda mi conocimiento, no más que usted, señor Diemus. Todo esto, esta maravilla, les hervía adentro, quería liberarse. La rebelión estaba allí antes que yo llegara. No los incité a algo nuevo. Apuesto que ninguno de ellos, excepto quizá Esther, dejó de practicar una y otra vez, furtivamente y con vergüenza, las cosas que yo les permití, que yo les pedí que hicieran. Fue una iniquidad, una verdadera iniquidad, imponerles todas esas restricciones.

—Usted no entiende. —La cara del señor Diemus era de piedra.— No sabe usted todo...

—Sé bastante —dije—. Están ustedes obsesionados por los recuerdos de una época desgraciada. ¿Pero qué pueblo no tiene recuerdos semejantes en mayor o menor grado? Que esos recuerdos fueran en ustedes, y en los hijos de ustedes, más vívidos, debiera haber sido una ayuda, no un impedimento. Podían haber encontrado ustedes muchas soluciones. Pero dejemos eso por ahora. Consideremos el otro aspecto del problema. ¿Qué hubieran podido obtener ustedes con este renunciamiento y esta resignación? ¿Acaso algo de mayor valor que todos esos dones?

—No hay otro camino —dijo el señor Diemus—. La Tierra no nos acepta pero tenemos que quedarnos. Tenemos que adaptarnos...

—Sí, por supuesto, tienen que adaptarse —dije—. Todos tienen que adaptarse cuando las sociedades cambian. Esperar por lo menos a que lleguen otros que puedan adaptarse mejor. Pero meterse en un agujero y ya no salir más... En fin, el otro Grupo...

—¿El otro Grupo? —El señor Diemus empalideció y me miró con los ojos muy abiertos.— ¿Otro Grupo? ¿Hay acaso otros? —Se inclinó hacia adelante en su silla, con el cuerpo en tensión.— ¿Dónde? ¿Dónde?

La voz se le quebró en una nota aguda. Cerró los ojos y trató

de dominarse. Le temblaban los labios.

La puerta del dormitorio se abrió y en el umbral apareció el doctor Curtis, con los hombros encorvados. Miró al señor Diemus y luego me miró a mí.

—Tendría que estar en un hospital. Hay un hundimiento de la caja craneana y no sé qué otra cosa. Quizá una lesión en el cerebro. Necesitamos rayos X y... y... —Se pasó lentamente la mano por la cara joven y fatigada.— Francamente, no tengo bastante experiencia como para ocuparme de un caso semejante. Necesitamos especialistas. Si hubiera algún medio de transporte que no lo sacudiera demasiado...

Meneó la cabeza recordando la clase de terreno que se extendía entre nosotros y cualquier otro sitio y entró otra vez en el dormitorio.

—Se muere —dijo el señor Diemus—. Tenga usted razón o no, Abie se muere.

—Un momento. Un momento —dije vislumbrando algo—. Déjeme pensar. —Retrocedí rápidamente a mi dormitorio de estudiante, y al fin recordé.

—¿Hay alguien en este grupo capaz de entrar en la mente de otro? —dije.

—No —contestó el señor Diemus—. Hubo alguien que pudo haber tenido ese Don, pero lo ha perdido.

—¿Y algún comunicador? ¿Alguien capaz de enviar o recibir?

—No —dijo el señor Diemus,

con la frente transpirada—. Hubo uno que pudo haber sido, pero...

—¿Entiende ahora? —lo acusé—. Se han privado de todo eso, ¿y qué han obtenido en cambio? ¿Quiénes son los que hubieran podido? ¿Quiénes son?

—Yo —dijo el señor Diemus como si esa palabra tuviese un sabor amargo—. Yo y mi mujer.

Lo miré confundida, preguntándome si el entrenamiento sería un factor decisivo. ¿Qué podíamos hacer con lo que teníamos?

—Escúcheme —dije rápidamente—. Hay otro Grupo. Y ellos... ellos tienen... las Persuaciones y Designios. Karen ha intentado encontrarlos a ustedes, encontrar a alguien del Pueblo. Me dijo... oh Señor, hace tantos años, espero que sea así aún. Me dijo que todas las noches llaman al Pueblo. Si nosotros podemos oírlos, si *ustedes* pueden oírlos y responder, los ayudarán. Sé que los ayudarán. Son mucho más rápidos que un automóvil, más rápidos que un aeroplano, más seguros que cualquier especialista...

—Pero si el doctor nos descubre... —dijo el señor Diemus con una voz asustada y temblorosa.

Me puse bruscamente de pie. —Buenas noches, señor Diemus —dije volviéndome hacia la puerta—, y llámeme luego, cuando muera Abie.

La mano fría del señor Diemus me sacudió el brazo.

—¡No entiendo! —gritó—. Me

enseñaron demasiado tiempo y con más fuerza que a estos niños. Nunca nos atrevimos a imaginar una rebelión. Ayúdeme. ¡Ayúdeme!

—Busque a su mujer —dije—. Búsquela y busque también a los padres de Abie. Llévelos al bosquecillo. No podemos hacer nada aquí en la casa. Ha asistido a demasiados renunciamientos.

Corrí y caí de rodillas en la sombra, entre los árboles.

—No sé qué hago —dije ocultando la cara en el hueco del brazo—. Tengo una idea, pero no sé. Ayúdanos. Guíanos.

Abrí los ojos cuando llegaban los otros cuatro.

—Le dijimos que salíamos un rato a rezar —murmuró el señor Diemus.

Y todos rezamos.

Luego el señor Diemus comenzó a llamar con las palabras que yo le dictaba, en silencio, pero tan intensamente que el sudor le bañó otra vez el rostro. *Karen, Karen, ven al Pueblo, ven al Pueblo*. Los otros tres, alrededor, apoyaban los esfuerzos del señor Diemus, sostenían su grito. Yo miraba las caras tensas, y la mía se me crispaba, y el tiempo pasó mientras trabajábamos.

Luego, lentamente, el señor Diemus respiró con más calma, se le distendió el rostro, y yo sentí como si algo pasara rozándose apenas el cerebro.

—Recuerda otra vez —murmuró la señora Diemus—. Ha encontrado el camino.

Y en el momento en que el último rayo de sol se reflejaba en el cuarzo de la cima de la loma, el señor Diemus extendió lentamente las manos y dijo con un alivio profundo:

—Ahí están.

Miré a mi alrededor, sobresaltada, casi esperando ver cómo Karen descendía entre los árboles. Pero el señor Diemus habló otra vez.

—Karen, necesitamos ayuda. Uno de nuestro grupo se está muriendo. Ha venido un médico, un Extraño, pero no tiene el equipo ni la capacidad necesarios. ¿Qué hacemos?

Hubo una pausa y yo sentí poco a poco algo nuevo. No podía saber exactamente qué era. Algo que se desplegaba, que se abría. Una distensión. Las duras defensas de los adultos de Bendo se desvanecían poco a poco.

—Sí, Melodye —dijo el señor Diemus—. Es grave. No podemos ayudar porque...

La voz del señor Diemus se apagó temblorosamente. El mensaje continuó sin palabras y sentí otra vez miedo y desesperación.

—Os esperamos entonces —dijo el señor Diemus—. Conocéis el camino.

Se volvió hacia nosotros y vi en la oscuridad de los árboles la mancha pálida del rostro.

—Vienen —dijo y parecía sorprendido—. Karen y Valancy. Están tan contentas por habernos encontrado. —Se le quebró la voz.— No estamos solos...

Me alejé mientras las dos parejas se perdían en la oscuridad. Yo, de algún modo, las había alejado de mí.

Regresé a la casa sintiéndome realmente sola.

Descendieron en la oscuridad del crepúsculo... los cuatro. Durante un breve instante me asombró ser capaz de estar ahí, tranquilamente, mirando cómo cuatro adultos descendían del cielo. Los cabellos arreglados, las ropas limpias sin huellas del viaje. Y yo sabía que hacía un momento habían estado a centenares de kilómetros sin conocer siquiera la existencia de Bendo.

Pero toda impresión de extrañeza desapareció cuando Karen me abrazó con alegría.

—Oh, Melodye —dijo—, ¡eres tú! El señor Diemus me lo había dicho, pero yo no estaba segura. ¡Oh, es tan bueno verte otra vez! ¿Quién le debe carta a quién?

Karen se rió y se volvió hacia las otras tres figuras sonrientes.

—Valancy, la Vieja de nuestro Grupo. —La cara radiante de Valancy mostraba que el título de Vieja no tenía relación con la edad.— Bethie, nuestra Sensitiva. —La muchachita rubia y delgada inclinó tímidamente la cabeza.— Y mi hermano Jemmy. Valancy es su mujer.

—El señor Diemus, la señora Diemus —dije—. Y el señor y la señora Peters, los padres de Abie. Abie es nuestro enfermo, mi pequeño alumno.

Me sentí angustiada de pronto pensando hasta qué punto yo estaba lejos de la escuela en aquel momento. ¡Cómo me había apartado de la rutina diaria!

—¿Qué hacemos con el doctor? —pregunté—. ¿Tendremos que decirselo?

—Sí —dijo Valancy—. Podemos ayudarlo, pero no hacer el trabajo. ¿Es un hombre digno de confianza?

Titubeé recordando las pocas veces que yo lo había visto.

—Yo... —comencé a decir.

—Perdóname —dijo Karen—. Quise ahorrar tiempo. Entré en tí. Ya sabemos lo que sabes de él. Confiaremos en el doctor Curtis.

Sentí que un raro escalofrío me subía por la espalda. ¿Era posible que me hubieran leído tan rápidamente el pensamiento? ¡Hasta el nombre del doctor!

Bethie se movió nerviosamente y miró a Valancy.

—Pronto tendrá convulsiones. Será mejor que nos apresuremos.

—¿Estás segura de haber visto bien? —preguntó Valancy.

—Sí —murmuró Bethie—. Si ahora conseguimos que el doctor... Si quisiera seguir...

—¿Seguir qué?

La voz profunda del médico nos sobresaltó a todos cuando apareció en la puerta del porche.

Aterrorizada por las dificultades de la tarea que nos habíamos impuesto, miré a Valancy y a Karen preguntándome cómo convencerían al doctor. No dijeron nada. Miraron al médico, y du-

rante un rato los dos contuvieron el aliento. La luz de la puerta iluminó el rostro sorprendido del doctor que se volvió hacia Valancy. Se pasó la mano por la cara, estupefacto, y al cabo de un momento me miró.

—¿La ha oído usted?

—No —admití—. No hablaba conmigo.

—¿Conoce usted a esta gente?

—¡Oh, sí! —exclamé, deseando apasionadamente que fuese cierto—. ¡Oh, sí!

—¿Y cree en ellos?

—También.

—Pero ella me dijo que Bethie... ¿Quién es Bethie? El médico miró alrededor.

—Ella es Bethie —dijo Karen señalando a Bethie con un movimiento de cabeza.

—¿Ella?

El doctor Curtis miró atentamente la cara tímida y hermosa. Meneó un rato la cabeza y se volvió otra vez hacia mí.

—En fin, Valancy me dice que Bethie puede descubrir en qué estado se encuentran todas las partes del cuerpo de Abie, y que es capaz de localizar las heridas sin rayos X. ¡Sin equipo!

—Sí, es cierto —asentí—. Si ellas lo dicen.

—¿Y está usted dispuesta a arriesgar la vida de un niño...? —Sí. Ellas saben. Saben realmente.

Y yo tragué saliva tratando de reprimir esa duda que me apretaba el pecho.

—¿Cree usted que son capaces

de ver a través de la carne y los huesos?

—Quizá no se trate de ver —dije sorprendida ante mis propias palabras—. Sino de saber con un conocimiento firme y completo.

Miré asombrada a Karen, que me respondió con un movimiento de cabeza casi imperceptible. Sí, mis palabras nacían en ella.

El doctor Curtis se volvió hacia los padres de Abie.

—¿Y están ustedes decididos a confiar en estas gentes?

—Son nuestro Pueblo —dijo el señor Peters con un orgullo sereno—. Yo mismo lo operaría con una zapa si ellos me dijeran que es necesario.

—Oh, nunca me he encontrado con nada más insensato... —El doctor se pasó otra vez la mano por la cara.— Necesitaba de veras unas vacaciones, pero esto es ridículo.

Todos nos quedamos escuchando el silencio de la noche, y yo por lo menos traté de oír los latidos de los corazones ansiosos hasta que el doctor suspiró pesadamente.

—Muy bien, Valancy. No creo una palabra. Por lo menos no debiera creerlo, si no he perdido todavía el juicio. Pero ha empleado usted términos científicos exactos, como si algo supiese... Bueno, lo haré. La alternativa es dejarlo morir. Dios se apiade de nosotros.

No pude soportar la idea de encerrarme en mí misma, y encon-

trarme allí con mis temores sombríos, de modo que caminé hasta la escuela, apretándome el abrigo, demasiado liviano para protegerme del frío repentino de la noche. Llegué al bosquecillo, rezando en silencio, y seguí hacia la escuela. Pero no fui capaz de entrar. Los reflejos pálidos de las ventanas me estremecieron y volví otra vez al bosque. No había allí tiempo, ni direcciones, ni luz, ni nada conocido. Sólo una nube confusa de ansiedad y un cansancio final y helado que me arrastró de vuelta a la casa de Abie.

Entré en la cocina luego de haber buscado un rato el picaporte con manos entumecidas. Me dejé caer en una silla inclinándome hacia la estufa de leña que brillaba en la penumbra con una cálida luz roja, y me froté los dedos insensibles.

Sentí que el calor me entraba en el cuerpo y empezaba a adormecerme cuando de pronto alguien entró y dio un portazo. El doctor Curtis se apoyó de espaldas en la puerta, con la mano aún en el picaporte.

—¿Sabe usted qué hicieron? —exclamó como si se hablara a sí mismo—. ¿Qué me obligaron a hacer? Oh, Señor. —Se acercó a la estufa y tropezó con mis piernas. Se sentó en el suelo junto a mí tomándose la cabeza entre las manos.— Me obligaron a que le operara el cerebro. Tuve que repararlo. Encontrar los circuitos nerviosos y reconstruirlos. ¡Nadie puede hacerlo! Los daños en el

cerebro son irreparables. No es posible restablecer circuitos destruidos. Pero yo lo hice. ¡Lo hice!

Me arrodillé junto a él y lo abracé tratando de consolarlo.

—Bueno, bueno —le dije.

El doctor se apretó a mí como un niño aterrizado.

—¡Sin anestesia! —gritó—. ¡Sin hemorragia! Ellos la pararon. ¡Las cosas imposibles que hice con esos pocos instrumentos! Y el cerebro comenzó a curarse allí mismo ante mis ojos. Nada era como debía ser.

—Pero nada estuvo mal hecho —murmuré—. Abie se recuperará, ¿no es así?

—¿Cómo puedo saberlo? —gritó el doctor Curtis de pronto, apartándose—. Nunca vi nada parecido. Le reconstituí el cerebro y el niño respira todavía, ¿pero cómo puedo saber?

—Bueno, bueno —lo calmé—. Todo ha terminado ahora.

—¡Nunca terminará! —El doctor trató de serenarse y los dos nos ayudamos a ponernos de pie.— Una cosa como esta no se olvida en toda la vida.

—Podemos ayudarlo a olvidar si usted quiere —dijo Valancy dulcemente desde la puerta—. Podemos devolverlo a *La rodada* y no recordará nada de esta noche, excepto que hizo una visita agradable a Bendo.

—¿Pueden? —El doctor volvió hacia Valancy una mirada interrogativa.— Pueden —admitió.

—¿Quiere usted olvidar? —preguntó Valancy.

—Por supuesto que no —dijo el médico secamente, y añadió en seguida—: Perdón, pero no estoy acostumbrado a hacer milagros en el desierto. Aunque si lo logré una vez, quizá...

—¿Ha entendido usted entonces? —preguntó Valancy sonriendo.

—Bueno, no, pero si lo he hecho... si ustedes quisieran... Tiene que haber algún modo...

—Sí —dijo Valancy—. Pero tendría usted que trabajar con una Sensitiva, y Bethie es todo lo que tenemos ahora.

—¿Entonces es cierto lo que he visto, lo que ustedes me dijeron acerca de la Morada? ¿Son ustedes extraterrestres?

—Sí —suspiró Valancy—. Por lo menos nuestros abuelos lo eran. —Sonrió.— Pero estamos aprendiendo a adaptarnos a este mundo. Algún día... algún día seremos capaces... —Cambió bruscamente de tema.— Usted comprende, por supuesto, doctor Curtis, que preferimos que no hable usted con nadie de Bendo o de nosotros. Tenemos que ser gente común para los Extraños.

El doctor rió brevemente.

—¿Alguién me creería si hablase?

—Quizá no, quizá sí —dijo Valancy—. Quizá lo suficiente como para que la gente empezara a curiosear. Y eso ya sería demasiado. Estamos aquí en una situación precaria y tardaremos mucho en borrar...

Valancy calló, y comprendí que

había elegido el camino de los pensamientos para informar al doctor acerca de los problemas locales. ¿Cuánto tiempo dura un pensamiento? ¿Cuánto tiempo se necesita para pensar en el infierno y en el cielo? Pasó ese tiempo y luego el doctor parpadeó y suspiró.

—Sí —dijo—, tardarán mucho.

—Sí quiere —dijo Valancy— puedo bloquear en usted la capacidad de hablar de nosotros.

—No es necesario —replicó el doctor—. Puedo censurarme yo solo, gracias.

Valancy enrojeció.

—Perdón. No tuve intención de molestarlo.

—No es nada —dijo el médico—. Estoy un poco nervioso esta noche. Qué día, Señor.

—¿No es cierto? —comenté sonriendo.

En seguida, asombrada, sentí que las lágrimas me corrían por las mejillas y me las sequé con el dorso de la mano. Ref, embrazada, sin poder contenerme. La risa se convirtió pronto en sollozos y me avergonzó de veras oírme llorar como un niño. Tomé las manos fuertes de Valancy hasta que de pronto me deslicé en una oscuridad bienvenida y cálida donde ya no había pensamientos, ni temor ni necesidad de creer en nada desagradable, sino sólo sueño.

Fue un año mágico que pasó aleteando rápidamente, y los días feriados desfilaban como postes

de telégrafo a lo largo de una vía férrea. La Navidad fue particularmente mágica pues mis ángeles volaban ahora realmente y la gloria brillaba también alrededor, y las niñas habían tejido las vestiduras angélicas con rayos de sol. Y Rudolph, el reno de nariz roja, con cuernos de cartón que no querían sostenerse derechos, caminó realmente y dio una vuelta por el cuarto. Y cuando nos extra María y nuestro José se inclinaron en éxtasis sobre la cuna, con caras serias y atentas al milagro, sentí de pronto que veían realmente, que se arrodillaban realmente junto a la cuna de Belén.

Los meses volaron y Bendo floreció maravillosamente. Hubo risas y bromas y hasta las casas se adornaron con colores sutiles. La vegetación creció donde antes sólo había rocas, y en el cauce seco apareció un tímido hilo de agua. Me explicaron que no era posible apresurarse, pues a la gente le parecería muy raro que el arroyo reapareciera de la noche a la mañana. Aun los toscos escalones que llevaban a las casas se cubrieron de vegetación, pues se los usaba muy poco ahora, y yo ya estaba acostumbrada a ver que los niños llegaban a la escuela como una bandada de pájaros brillantes jugando entre las copas de los árboles. Asombrosamente, yo me había adaptado con mucha facilidad a todas las cosas increíbles que el Pueblo hacía a mi alrededor, y me alegraba mucho que

me hubiesen aceptado de un modo tan completo. Pero sentía siempre que se me encogía brevemente el corazón cuando los niños me escoltaban a la salida de la escuela, pues entonces tenían que caminar.

Sin embargo, todas las cosas tienen un fin, y una tarde de mayo me quedé mirando el cajón superior de mi pupitre, el único que no había limpiado aún, preguntándome qué haría con todas las cosas inútiles que yo había acumulado. Pero yo no miraba realmente el contenido del cajón. Un fatigado vacío me doblaba los hombros y me pesaba en la mente.

—No es justo —murmuré en voz alta— mostrarme el cielo y luego arrebatármelo.

—Algo parecido le ocurrió a Moisés, ¿no es cierto?

Me sobresalté bruscamente volcando la caja que tenía en la mano y desparramando por el suelo unos broches de papel y unas tachuelas.

—¡Bueno, qué sorpresa! —exclamé enderezando la caja—. ¡Doctor Curtis! ¿Qué hace usted por aquí?

—De regreso en la escena del crimen. —El doctor sonrió y atravesó el umbral—. No podía dejar de pensar en Abie. No podía creer que hubiera sobrevivido a... llámémosle ese trabajo de reparación. Tuve que venir a verlo, y lo haré cada vez que pase por aquí cerca.

—Pero está curado.

—Totalmente. Tuve que pescarlo en la copa de un árbol para examinarlo. —El doctor se encogió dramáticamente de hombros y se rió.— ¡Cuando vi como bajaba se me heló la sangre! Pero apenas se le ven las cicatrices.

—Sí —dije recogiendo una tachuela y pinchándome el dedo—. Lo miré anoche. Me voy mañana, ¿sabe usted? —Me observé atentamente las manos.— Aun me falta arreglar esto.

—Es difícil, ¿no es verdad? —dijo el doctor, y los dos supimos que no hablaba de arreglos.

—Sí —dije serenamente—. Muy difícil. La Tierra me pesa cada día más.

—Yo también advierto eso desde hace un tiempo. Pero usted tiene por lo menos la satisfacción de...

Me moví, incómoda, y me refí.

—Bueno, dicen que quienes saben hacen, y quienes no saben enseñan.

—¡Hum! —dijo el doctor no muy convencido.

Sentí que me miraba y dando media vuelta me puse a buscar una caja mejor para guardar los broches.

La voz del doctor me llegó desde las cercanías de la ventana.

—¿Asistirá a algún curso de verano?

—No —dije prudentemente—. No. Juré al graduarme que para mí se habían terminado los estudios. Al menos esos de vengatodos-los-días-y-aprenda algo.

—¡Hum! —Había diversión en

la voz del doctor.— Lástima. Yo seguiré un curso este verano. Pensé que quizá a usted le gustaría ir también.

—¿Dónde? —le pregunté sorprendida, mirándolo al fin.

—Cursos de verano de Cougar Canyon —dijo el doctor sonriendo—. Muy privados, por cierto.

—¡Cougar Canyon! Pero si ahí es donde Karen...

—Exactamente —dijo el doctor—. Ahí es donde vive el otro Grupo. Vengo de allá. Karen y Valancy quieren que vayamos los dos. ¿Se opone usted a ser sujeto de una experiencia?

—No, por supuesto —exclamé, y añadí en seguida prudentemente—: ¿Qué experiencia?

Unos cerebros seccionados desfilaron ante mis ojos.

El doctor se rió.

—Nada tan espantoso como usted se imagina, quizá. —Se sentó en mi pupitre, serio otra vez.— He estado en Cougar Canyon un par de veces tratando de descubrir de qué modo podría yo utilizar a Bethie cuando me encontrase con un caso como el de Abie. Valancy y Karen desearían entrenar a Extraños —el doctor torció la boca—, es decir desearían entrenarnos a nosotros y ver hasta qué punto pueden transmitirnos sus Dones mediante ejercicios repetidos. Sabe usted que Bethie es en parte una Extraña. Sólo la madre era del Pueblo.

El doctor me observaba con atención.

—Sí —dije distraídamente, sintiendo que la cabeza me daba vueltas y vueltas—. Karen me lo contó.

—Bueno, ¿quiere probar? ¿Quiere ir?

—¡Si yo quiero ir! —grité, metiendo de prisa los broches en una caja de bandas de goma—. ¿Cuándo salimos? ¿Dentro de media hora? ¿Dentro de diez minutos? ¿Dejó el motor del auto encendido?

El doctor me tomó por los brazos y me miró gravemente a los ojos.

—No creo que debamos hacernos muchas ilusiones —dijo serenamente—. No me sorprendería que esos conocimientos no puedan transmitirse...

Lo miré también gravemente, sintiendo un nudo en el corazón.

—Escúcheme —dije lentamente—, si usted tuviese hambre, un hambre insaciable, atroz, y ningún dinero, y se encontrase de pronto ante el escaparate de una panadería, ¿qué haría usted? ¿Volverse de espaldas? ¿O apretaría la nariz contra el vidrio para regalarse por lo menos los ojos? ¿Se lo que haría yo.

Busqué mi chaqueta.

—Además, nunca se sabe —continué—. La puerta de la panadería puede abrirse quizá... algún día... ♦

*Título original: Pottage. Traducción de J. Valdivieso.*

*Alfred E. van Vogt, autor de la primera novela no aristotélica, El mundo de No-A, es un especialista en zoología y botánica galácticas.*

## PROCESO

*A. E. van Vogt*

EL BOSQUE RESPIRABA Y VIVÍA A LA luz brillante del sol lejano. La nave había descendido atravesando las nieblas tenues de la alta atmósfera, pero el bosque, a pesar de que era sistemáticamente hostil a todas las cosas extrañas, no se mostró alarmado en seguida.

En decenas de miles de kilómetros cuadrados, las raíces del bosque se entrelazaban bajo la superficie del suelo, y las innumerables copas de los árboles se balanceaban descuidadamente movidas por las brisas ociosas. Y más allá, sobre las lomas y las montañas, y a lo largo de una costa marina casi interminable, se extendían otros bosques también poderosos.

El bosque protegía el suelo contra una amenaza apenas comprensible desde tiempos inmemoriales. Empezaba a recordar ahora, lentamente, qué amenaza era esa: naves que descendían del cielo. No recordaba cómo se había defendido en el pasado, pero sí que había sido necesario defenderse.

Mientras el bosque advertía cada vez más claramente la pre-

sencia de la nave en el cielo gris rojizo, las hojas susurraron un relato intemporal de batallas libradas y ganadas. Los pensamientos descendieron lentamente por los canales sensorios, y las ramas tiesas de millares de árboles temblaron casi imperceptiblemente. El temblor creció y afectó a todos los árboles, y en el bosque nacieron gradualmente un sonido y una tensión. Al principio fueron muy leves, como una brisa que estremece las hierbas verdes de un prado, pero pronto invadieron todo el bosque, y el bosque mismo esperó, vibrando, hostil, la llegada de esa cosa celeste.

No esperó mucho tiempo.

La nave dejó su trayectoria y descendió. Ahora que estaba cerca del suelo parecía más veloz, y de mayor tamaño. Planeó, amenazante, sobre el bosque y descendió aún más sin prestar atención a las copas de los árboles. Inflamó tallos, quebró ramas, y barrió árboles enteros como si fuesen criaturas insignificantes sin peso y sin vigor.

## PROCESO

La nave se abrió paso por el bosque, que gruñó y aulló. Al fin se posó, hundiéndose pesadamente en el suelo, tres kilómetros más allá del sitio donde había tocado el primer árbol. Detrás, las filas de árboles rotos gemían y palpitaban a la luz del sol. Un camino de destrucción largo y recto. El bosque recordó de pronto que esto era exactamente lo que había ocurrido en el pasado.

Se amputó ante todo las partes dolorosas. Retiró la savia, y la vibración cesó en las áreas afectadas. Más tarde enviaría nuevos brotes para reemplazar lo que había sido destruido, pero antes tenía que aceptar esa muerte parcial. Conoció el miedo.

Era un miedo teñido de cólera. Sintió el peso de la nave sobre unos troncos aplastados, en una parte de él mismo que aún no estaba muerta. Sintió la frialdad y la dureza de las paredes de acero, y su miedo y su cólera aumentaron.

Un susurro de pensamiento se le propagó como un latido por los canales sensorios. Espera, decía el pensamiento, hay recuerdos en mí. Recuerdos de hace mucho tiempo y de otras naves.

Los recuerdos no eran claros. Tenso, pero inseguro, el bosque se dispuso a lanzar su primer ataque. Comenzó a crecer alrededor del navío.

Había conocido el poder del crecimiento mucho tiempo atrás. En una época no había sido tan extenso como ahora. Y entonces,

un día, descubrió que se acercaba a otro bosque.

Las dos masas de árboles jóvenes, los dos colosos de entrelazadas raíces se acercaron uno a otro prudentemente, lentamente, asombrados de que una forma de vida similar hubiese podido existir todo este tiempo. Se acercaron, se tocaron, y lucharon.

Durante esa lucha prolongada, casi todas las partes centrales del bosque dejaron de crecer. En los árboles no aparecieron ramas nuevas. Las hojas tuvieron que endurecerse para cumplir sus funciones durante períodos más largos. Las raíces se desarrollaron lentamente. Toda la fuerza disponible del bosque se concentró en los medios de defensa y de ataque.

Muros de árboles se levantaron en una noche. Raíces enormes abrieron túneles subterráneos, kilométricos, atravesando rocas y metales, edificando una barrera de madera viva para detener la invasión. En la superficie, los troncos se apretaron unos contra otros formando empalizadas de un kilómetro de largo. Al fin la gran batalla se detuvo y los dos bosques aceptaron los obstáculos levantados por el enemigo.

Más tarde el bosque detuvo a un nuevo atacante que se acercó desde otra dirección.

Estos límites fueron pronto para el bosque una demarcación tan natural como el océano que se extendía al sur o las nieves eternas de las montañas.

Como en esas batallas, el bos-

que concentró todas sus fuerzas contra el navío invasor. Unos árboles crecieron varios metros en pocos minutos. Unas plantas trepadoras escalonaron esos árboles y subieron al navío. Este torrente vegetal corrió sobre el casco y se anudó a los árboles del lado opuesto. Las raíces de estos árboles se hundieron más profundamente en el suelo y se clavaron en unos estratos rocosos más resistentes que ninguna nave. Los troncos fueron más voluminosos y las lianas se transformaron en cables enormes.

Cuando cayó la noche, la nave estaba sepultada bajo miles de toneladas de madera, completamente oculta por el follaje.

Poco después de las primeras sombras de la noche, unas raíces diminutas empezaron a tantear bajo la nave. Eran infinitamente pequeñas, tan pequeñas que en esta fase inicial tenían un diámetro apenas superior a unas pocas docenas de átomos, tan pequeñas que el metal aparentemente sólido era para ellas casi un vacío. Las raíces penetraron sin esfuerzo en el acero templado.

En este momento, casi como si hubiese estado esperándolo, la nave respondió. El metal se calentó hasta ponerse al rojo vivo. No era necesario más. Las raíces diminutas se retorcieron y murieron. Las más grandes ardieron lentamente.

Al nivel del suelo unas llamas salieron de la nave por un centenar de orificios. El fuego alcanzó

primero a las lianas, luego a los árboles. No era esta sin embargo la explosión de un fuego incontrolable, ni una furiosa conflagración que saltase de árbol en árbol con furia incontenible. El bosque había aprendido hacia mucho tiempo a dominar los incendios provocados por los relámpagos o por la combustión espontánea. Bastaba con enviar savia. Cuanto más verde fuese el árbol, más lo embebía la savia, y más pronto se debilitaba el fuego.

El bosque no recordó en seguida haber enfrentado nunca un fuego capaz de devorar una hilera de árboles que rezumaban un líquido viscoso por todas las grietas de la corteza. Este fuego podía hacerlo. No se parecía a los otros. No se alimentaba de la madera, sino de su propia energía.

Esta comprobación devolvió al fin la memoria al bosque: el recuerdo vivo e inconfundible de lo que había hecho hacía mucho tiempo para librarse a sí mismo, y librar a este planeta, de una nave semejante.

Se retiró primeramente de las cercanías del navío, abandonando la masa de madera y hojas con que había querido aprisionarlo. A medida que la preciosa savia se reincorporaba a los árboles que formarían una segunda línea de defensa, las llamas se hicieron más brillantes, iluminando la escena con un resplandor feérico.

Esto ocurrió poco antes que el bosque comprendiera que las lenguas de fuego no salían ya de

la nave, y que la incandescencia y el humo provenían de una manera que ardía normalmente.

Esto también, recordó, había ocurrido antes.

Frenéticamente, aunque con repugnancia, recurrió al único método —se daba cuenta ahora— que podía librarla del intruso. Frenéticamente porque comprendía que el fuego de la nave era capaz de destruir bosques enteros. Con repugnancia porque este método de defensa significaba sufrir quemaduras a causa de una energía apenas menos violenta.

Decenas de millares de raíces se hundieron en suelos y formaciones rocosas que el bosque había evitado cuidadosamente desde la llegada de la última nave. No había tiempo que perder, pero el proceso en sí mismo era lento. Raíces minúsculas, estremeciéndose con anticipado desagrado, en remotos y escondidos yacimientos, y mediante un complejo proceso de ósmosis, retiraron granos de metal puro del mineral impuro original. Los granos eran tan pequeños como las raíces que habían atravesado poco antes las paredes de acero del navío, suficientemente pequeños para que la savia los llevase en suspensión por laberintos de raíces mayores.

Pronto miles y luego millones de granos se movieron por los canales. Y aunque cada uno de estos granos era en sí mismo imperceptible, el suelo donde fueron depositados comenzó a brillar a la luz del incendio moribundo.

En el momento en que el sol asomaba en el horizonte, un círculo plateado de cientos metros de diámetro rodeaba la nave.

La nave reaccionó cerca del mediodía. Abrió una docena de escotillas, y unos objetos salieron flotando. Se posaron en el suelo y comenzaron a aspirar este polvo blanquecino con unas mangueras. Trabajaban continuamente y con muchas precauciones, pero una hora antes de la caída del día habían recogido más de doce toneladas de uranio 235.

Al llegar la noche, todas las cosas de dos patas desaparecieron en el interior de la nave. Las escotillas se cerraron. La larga nave de forma de torpedo se elevó ligeramente y subió a los cielos más altos donde aún brillaba el sol.

El bosque advirtió la nueva situación cuando las raíces que se habían hundido profundamente bajo la nave informaron que la presión había disminuido. Algunas horas después el bosque decidió que el enemigo ya no estaba en el planeta. Pasaron varias horas más antes que entendiera que era necesario retirar el uranio de la zona, pues las radiaciones se extendían demasiado.

El accidente que ocurrió entonces tuvo un motivo muy simple. El bosque había sacado la sustancia radiactiva de las rocas. Para librarse de ella bastaba depositarla en los lechos rocosos más próximos, principalmente los que absorbían la radiactividad. Para el bosque la situación era obvia.

La explosión ocurrió una hora después.

Era algo que excedía la capacidad de comprensión del bosque. No vio ni oyó la colosal silueta de la muerte. Lo que experimentó fue bastante. Un huracán arrasó varios kilómetros cuadrados de árboles. La ola de calor y radiación engendró fuegos que ardiéron durante horas.

El miedo se borró poco a poco, cuando el bosque recordó que esto también había ocurrido antes. Mucho más clara que el recuerdo fue la visión de una posibilidad.

Poco después del alba, al día siguiente, lanzó su ataque. La víctima fue el bosque que lo había invadido originalmente, según sus propios y defectuosos recuerdos.

A lo largo de todo el frente que separaba a los dos colosos, se desencadenaron unas pequeñas explosiones atómicas. La irresistible energía derribó la barrera apretada de árboles que era la defensa exterior del otro bosque.

El enemigo, reaccionando normalmente, recurrió a sus reservas de savia. Cuando estaba dedicado a la tarea de erigir una nueva muralla, las explosiones comenzaron otra vez, y destruyeron la reserva. El bosque adversario estaba perdido realmente, pues no entendía qué pasaba.

El bosque atacante envió un ejército de raíces a la tierra de

nadie donde se habían sucedido las explosiones. Cada vez que encontraba alguna resistencia provocaba una explosión atómica. Poco después del mediodía un estallido titánico destruyó los sensibles árboles centrales del adversario, y la lucha terminó.

El bosque tardó meses en tomar posesión del territorio enemigo, arrancando raíces moribundas, derribando árboles indefensos. Cuando completó esta tarea, se volvió furiosamente contra el bosque del otro extremo y descargó sobre él una lluvia de fuego.

El adversario respondió con las mismas armas. Explosiones atómicas.

Los conocimientos del bosque atacante habían pasado al otro a través de la barrera de raíces entrelazadas.

Los dos monstruos casi se destruyeron mutuamente, transformándose en mutilados, y tuvieron que poner en marcha el doloroso proceso de un nuevo crecimiento.

Pasó el tiempo y los recuerdos se debilitaron. Esto no tenía mucha importancia. Las naves llegaban ahora una tras otra. Aunque el bosque hubiese recordado, no habría atacado a las naves con explosiones atómicas.

El único método para alejar esas naves era rodearlas con una fina capa de polvo radiactivo. Las naves recogían el material y se retiraban rápidamente.

La victoria era siempre fácil. ♦

*Amigo saltador, acaso el cuento más famoso de Terry Carr, es el retrato vívido y convincente de una criatura extraña que se mueve, habla, y piensa, a saltos. Carr —como Ray Bradbury, Damon Knight, Poul Anderson, Judith Merrill, John Wyndham, C. M. Kornbluth, Arthur C. Clarke, James Blish, Robert Silverberg, James White, Donald A. Wolheim, Charles Beaumont, Wilson Tucker, Frederic Pohl— escribió durante muchos años en las revistas de aficionados antes de entrar en el campo profesional. Carr tiene hoy veintisiete años, vive en Greenwich Village y es asesor de la editorial Ace Books.*

## AMIGO SALTADOR

*Terry Carr*

EN EL DÉCIMO DÍA DE LOS TRABAJOS de construcción, a orillas del Syrtis Mayor, descubrieron a un marti que los miraba. Debía de estar allí desde que habían traído el equipo en los camiones y habían instalado la burbuja y los cuartos de baño temporarios, pero no lo habían visto.

Los martis iban y venían tan rápidamente que la mayoría de las veces uno tenía que estar mirando el sitio justo donde aparecían, para poder verlos. Saltaban alrededor como luciérnagas, deteniéndose durante dos segundos o dos minutos, inmóviles, con la cabeza angular de pájaro inclinada a un costado, y luego se iban, reapareciendo casi instantáneamente a cinco metros de distancia, todavía con la cabeza inclinada y

mirándolo a uno. Los martis ponían nerviosos a casi todos los terrestres, y hacía un par de años, en Iguana, cerca de la llanura baldía, un muchacho le había disparado un tiro a uno de ellos, y le había errado incendiando la pared de un edificio. Desde entonces los martis no se habían acercado mucho a las ciudades terrestres.

Tampoco se habían mostrado antes, ciertamente, demasiado amistosos. Los martis eran en parte telépatas y podían expresarse bastante bien en los idiomas terrestres, pero hablaban poco. No mostraban en verdad mucho interés. De cuando en cuando uno de ellos hacía una pausa de un minuto en las colonias y quiza decía "Hola, Harry" o "Buen

tiempo este año", pero nunca se detenían a conversar. Los terrestres estaban en el planeta desde hacía una década, y todo lo que el gobierno podía decirle a uno de los martis era que habitaban en pueblos en algún lugar de las montañas, que eran trisexuales, y que vivían unos treinta años.

Walt Michelson había estado haciéndose preguntas acerca de los martis desde que sus padres lo habían traído al planeta, con la primera ola.

Tenía doce años entonces y se pasaba el tiempo mirando, y preguntando cada vez que algo le iluminaba los ojos. A los catorce años, el día del funeral de su hermano, vio por primera vez a un marti. Se posó junto a él y se quedó completamente quieto durante casi diez minutos mientras el servicio fúnebre continuaba lentamente. Estaban en las llanuras donde la capa de pesado polvo castaño tenía a veces cinco kilómetros de altura y había que elevar la voz para que pudiesen oírlo a uno en el aire enrarecido. El marti había observado en silencio los ritos intermitentes, un poco apartado, y cuando llegó el fin miró a Michelson, dijo "Sí", y desapareció.

El padre de Walt había sido constructor, un buen constructor. Había ganado bastante dinero en Marte, y cuando Walt cumplió dieciocho años pudo haber ido a estudiar a la Tierra. Pero no había querido ir. Para él la Tierra era un lugar donde la gente vivía

apretada, donde había muchos policías, y muchas leyes e impuestos y tabúes que se habían acumulado durante siglos. La familia Michelson no había tenido allí mucho dinero y eso influyó también en los sentimientos de Walt, pero, y sobre todo, le gustaba Marte porque aquí había *espacio*. . . sin paredes reales o legisladas para inmovilizar a un hombre. De modo que se había quedado en Marte y había aprendido el oficio de constructor. Era ya capataz y sería algo mejor el próximo año. La Tierra le importaba un comino.

Estaban levantando ahora una ciudad al pie de las colinas, en un sitio que de acuerdo con la opinión de algunos sería un importante puesto comercial. El agua de la capa polar llegaba en parte a esta zona, de modo que quizá fuesen posibles algunos cultivos. La ciudad había sido planeada minuciosamente en la colonia de Artesa Seca, pero nadie había pensado que hubiese algún marti en la región.

Los martis viajaban de un modo peculiar, saltando y volando a la vez, y cuando tocaban el suelo y tomaban otra vez impulso levantaban unas pequeñas nubes de polvo. Uno de los trabajadores vio que una línea de estas nubes venía rectamente hacia ellos desde el pie de las montañas y le avisó a Michelson. Michelson tomó sus binoculares y observó cómo el marti se acercaba. No tardó en llegar.

Apareció junto a la burbuja, se quedó mirando un minuto, y luego desapareció pasando directamente por una esclusa de aire, donde los hombres sacaban la tierra excavada. Repareció luego al pie de la dragadora, estuvo allí unos minutos, y se fue cuando un hombre gritó de pronto, reapareciendo en el patio de la leña, y luego en los cimientos del barrio sur. Lo vieron otra vez en el depósito de camiones y al fin en la puerta de la oficina donde Michelson había estado estudiando los planos de la calle. Michelson alzó los ojos, y el marti inclinó la cabeza y le devolvió la mirada.

El marti era de un pálido color anaranjado, y tenía el cuerpo cubierto por un vello espeso que no ocultaba los músculos poderosos. Los ojos grandes, húmedos y negros, miraban desde los lados de la cabeza, y el vello de la cara apenas dejaba ver la nariz y la boca. Las piernas eran largas, delgadas y fuertes. Las alas, delicadamente plegadas como una capa, eran de color castaño. Medía más de dos metros de altura. Parecía idéntico a los otros martis que Michelson había visto, pero sólo quizá porque no se los veía a menudo.

Mientras el marti estaba allí, inmóvil, mirándolo silenciosamente, Michelson sintió de pronto el humor de la escena, y sonrió y asintió con un movimiento de cabeza.

—Bienvenido a nuestras humildes excavaciones —dijo.

El marti desapareció dejando dos profundas huellas en el polvo, frente a la puerta. Michelson se puso de pie y salió de la oficina y vio al extraño un par de veces, mientras cruzaba el amplio patio interior, y luego pasaba otra vez, aparentemente, por las esclusas. Michelson se llevó los binoculares a los ojos, pero no pudo seguir la dirección de las nubes de polvo que levantaba el marti, mientras saltaba de un lado a otro por la llanura. Parecían ir hacia las montañas, pero no podía estar seguro.

Se encogió de hombros y se sentó otra vez junto al escritorio, a estudiar los planos de la calle. El marti no era un problema inmediato. Si los visitaba otra vez, podría haber dificultades entre los trabajadores —los martis aparecían y desaparecían tan rápidamente que eran capaces de hacer perder la cabeza a toda una cuadrilla en unas pocas horas—, pero por el momento Michelson no se sentía preocupado. Había un problema más urgente.

Uno de los hombres del campamento había descubierto que el barrio noreste había sido trazado sobre un depósito de agua subterránea. Las soluciones eran dos: o hacer ciertas modificaciones drásticas o abandonar esa parte del área. Había un lecho de rocas no muy lejos, y allí se acumulaba el agua anual de la capa polar. El depósito no parecía bastante grande como para satisfacer las necesidades de la futura ciudad,

pero no era tampoco posible levantar sobre él ningún edificio.

Michelson había descubierto ya que la instalación de cualquier sistema de bombeo que vaciase periódicamente la cavidad sería suficientemente costoso como para tener que pedir permiso a la administración de Artesa Seca, y esto podía retrasar peligrosamente el trabajo. No, tenían que encontrar un modo de bloquear el agua antes que llegara a la cavidad, y poder secarla así de una vez y para siempre.

Maldita sea, tenía que tocarle a él, se dijo, tropezar con un problema de agua en Marte, el más inesperado de los problemas. Bueno, al día siguiente iría allá con dos supervisores y verían qué se podía hacer.

El marti regresó al otro día, poco después que el sol se elevara oscuramente sobre las lomas bajas. Había tan poca luz a aquella hora temprana que nadie lo vio llegar y advirtieron por primera vez su presencia cuando se detuvo un momento en una esclusa de aire y un conductor frenó violentamente para no atropellarlo... lo que no era necesario en verdad, pues el marti había saltado inmediatamente; pero las reacciones musculares de un conductor humano no estaban adaptadas a los peatones marcianos. El marti atravesó de un salto el sistema de esclusas.

Descendió junto a Michelson que en ese momento cruzaba el

patio en camino hacia las excavaciones. Michelson se detuvo. Se volvió, inclinó la cabeza, remediando la postura del extraño, y dijo:

—Te daré un pase si quieres.

El marti lo miró con el ojo izquierdo, grande y oscuro, y sacudió ligeramente las alas.

—Hola, Walt —dijo, y desapareció.

Michelson se encogió de hombros y siguió cruzando el patio, pero el marti regresó un minuto más tarde, tocó el suelo y dijo:

—No son tan humildes —y desapareció otra vez.

Mike Deckinger, encargado de los camiones, se acercó a Michelson frunciendo el ceño.

—Nos volverá locos a todos si sigue viniendo —dijo—. Podemos estrechar las esclusas y quizá así lo mantengamos alejado.

Michelson meneó la cabeza.

—Retrasaríamos el plan de trabajo. Déjalo tranquilo. Sólo viene a mirar.

—Sí, ¿pero qué? —dijo Deckinger, y se alejó.

Harris y Loening, los dos supervisores, estaban esperando a Michelson en la excavación. Eran buenos hombres, los dos de una treintena de años, y bien entrenados tanto en la Tierra como en este planeta. Harris era rechoncho, de cara rubicunda y pelo negro y corto. Loening, más alto, de hombros anchos, tenía facciones huesudas y afiladas y unos ojos que parecían mirar desde el fondo de unas concavidades som-

brías. Michelson les explicó el problema.

—Quisiera ir del otro lado y buscar el sitio por donde entra el agua —concluyó—. Quizá podamos construir un dique o un canal.

—Eso requeriría perforaciones —dijo Loening.

Michelson alzó una ceja.

—Probablemente. A no ser que quieran usar una vara de rabdomante.

Loening gruñó entre dientes.

—Bueno, vayamos allí ante todo —dijo Harris.

Caminaron por el patio hacia las esclusas del norte. Como estarían afuera un tiempo, todos se pusieron unas máscaras de oxígeno.

El marti saltó delante de ellos en la segunda esclusa, y cuando salieron a la llanura estaba esperándolos a una media docena de metros de la puerta, sacudiendo las alas en un movimiento que a Michelson le pareció de impaciencia. Los tres hombres se encaminaron hacia las lomas más bajas, siguiendo la línea de agua descubierta en los trabajos preliminares. El marti saltaba junto a ellos, adelante y atrás. Loening caminaba pesadamente, cabizbajo y ceñudo. Harris no parecía prestar mucha atención al extraño. Michelson lo observaba y pensaba.

Esta criatura saltarina parecía tener mucho interés en los trabajos de construcción, un interés que los martis no habían mostrado nunca. ¿Qué había dicho en

el patio? “No son tan humildes.” ¿Qué significaba eso?

El marti había venido de las colinas, y se decía que estas criaturas vivían en un área montañosa. ¿Aquí? Quizá, y por eso mostraban ahora este definido interés.

Y si así era, ¿qué clase de interés?

Habían investigado el curso del agua hasta el pie de las lomas, pero no más allá. Los terrestres podían llegar allí a pie en media hora, gracias a la baja gravedad marciana. Soplaba ahora un viento tenue y frío que traspasaba las pesadas chaquetas y le movía el pelo a Michelson; pero apenas levantaba polvo. El aire de Marte no tenía mucho cuerpo. Una vez que uno se acostumbraba se lo podía respirar con facilidad, siempre que no se hicieran demasiados esfuerzos, pero si se quería fumar una pipa, y que no se apagara a cada momento, había que encerrarse en una burbuja.

Se detuvieron y descansaron al pie de la primera colina, donde se acumulaban las piedras que habían caído por la pendiente durante siglos. Loening se había soltado las ropas y se había tendido en el suelo apoyándose en un hombro. Señaló las lomas empinadas con un movimiento de cabeza y dijo:

—Ante todo habría que explorar y trazar un mapa de las estratificaciones rocosas.

—¿Crees que el agua cruza las montañas? —preguntó Michelson.

—Quizá, es difícil decirlo. He-

mos caminado sobre roca sólida durante un kilómetro o más. Eso quiere decir que el agua puede desviarse en cualquier sitio. Quizá bordee las montañas. Es uno de los puntos que quisiera investigar. Si las estratificaciones muestran que las montañas se alzaron con un cataclismo, es posible que el río subterráneo dé un rodeo.

Michelson asintió con un movimiento de cabeza.

—Bueno, podríamos apresurar esos primeros trabajos empleando explosivos. Trataré de subir por ese paso.

Loening y Harris se incorporaron con él y echaron a caminar en distintas direcciones. Michelson empezó a subir por la pendiente cuando oyó que Harris lo llamaba.

—Si ves otra vez a nuestro marti, pregúntale de dónde demonios viene el agua.

Michelson se volvió con una sonrisa.

—Buena idea —dijo.

Subió lentamente por la pendiente abrupta, abriendo de cuando en cuando el depósito de oxígeno. Las enormes rocas parecían aquí golpeadas por el tiempo, un tiempo que en Marte era poco más que el paso de las edades. Se alzaban como bestias grises y silenciosas en las sombras de la mañana. Michelson pronto perdió de vista el sitio en donde se había separado de los otros hombres, y siguió caminando por el paso y trazando un mapa toco a medida que avanzaba, anotando

las formaciones rocosas y las estratificaciones visibles. Todo era muy confuso: sólo algunas de las laderas parecían haberse levantado bruscamente, como había insinuado Loening. Y la dirección de las estratificaciones parecía variar de un modo incomprensible. Bueno, el trabajo de los supervisores sería precisamente encontrar el sentido de esas direcciones, se dijo.

Se sentó a descansar en una pequeña saliente, y mientras miraba por encima de su borrador de mapa oyó un ruido y el marti dijo junto a él:

—La mayoría de esas lomas están aquí desde hace dos millones de años.

Michelson alzó los ojos, tratando de no parecer sorprendido.

—¿Años de quién? —dijo—. ¿Tuyos o míos?

El marti sacudió las alas y dio un saltito a un costado, mirando siempre a Michelson con un ojo oscuro.

—Nosotros no contamos años.

Michelson movió la cabeza, asintiendo.

—¿Tenéis nombres?

—No —dijo el marti, y desapareció.

Michelson esperó un rato a que el marti apareciera otra vez, pero luego de unos minutos se puso de pie para irse. Había aún mucho terreno que explorar.

El marti se posó otra vez a su lado.

—Soy más rápido que tú —dijo.

—Es cierto —dijo Michelson.

Empezó a subir otra vez, entre las rocas empinadas—. ¿Vives cerca de aquí?

—Quizá —dijo el marti—. Soy más rápido que tú.

“Cerca” podía significar cien kilómetros para un marti, reflexión Michelson. Bueno, la respuesta había sido excelente.

—¿De qué sitio viene el agua? —preguntó.

El marti desapareció otra vez.

No se lo vio más durante el resto del día. Michelson subió por el paso dos o tres kilómetros, y luego regresó al punto de partida. Loening estaba esperándolo, y Harris volvió poco después. Cruzaron de nuevo la llanura polvorienta, hacia la burbuja.

—Es un terreno endiabrado —dijo Loening—. La edad de las rocas varía de un par de miles de años a Dios sabe cuánto, y hay cincuenta tipos diferentes. Esto no nos aclara el problema.

—Nuestro amigo saltador me contó que casi todas tienen dos millones de años —dijo Michelson—, por lo menos en el área donde yo estaba.

—¿Sí? —comentó Harris—. ¿No te dijo nada más?

Michelson meneó la cabeza.

—Le pregunté acerca del agua, pero no me contestó. Saltó y desapareció en el aire. Es difícil conversar con alguien que puede irse en cualquier momento. Es como una charla entre tartamudos.

—Nunca hablé con un marti —dijo Harris—. Son todos telépa-

tas, ¿no? Quizá me miraron dentro una vez y no les gustó.

Loening caminaba adelante, entre el polvo.

—No trates de entenderlos —dijo volviendo la cabeza—. Lo único bueno de estos malditos martis es que casi nunca se acercan a nosotros.

—No estoy tan seguro —dijo Michelson, y los tres hombres guardaron silencio, conservando el aliento para caminar.

Pero Michelson pensaba en el marti. Harris tenía razón: estas criaturas no hablaban comúnmente con los terrestres. Saltaban alrededor y miraban con interés, y a veces hasta decían una palabra o dos, las suficientes para reconocer la existencia de uno, pero no había comunicación entre las dos especies. Sin embargo, este marti pronunciaba comparativamente verdaderos discursos. ¿Por qué?

Michelson estaba cada vez más seguro de que los martis habitaban por allí cerca. En las lomas, quizá, y casi hubiera apostado que el agua atravesaba directamente esas elevaciones. Era verosímil que los martis se hubiesen instalado en un lugar donde había agua, y si vivían en estas lomas, ¿qué pensaban de la nueva ciudad terrestre que iba a levantarse en las estratificaciones mismas?

Quizá todavía no lo habían decidido.

Los martis, en verdad, sabían mucho más de los terrestres que estos de los martis. Los martis

se habían mantenido apartados de la vida en las colonias, observando, y ahora los terrestres estaban forzando accidentalmente un encuentro entre las dos razas. Los saltadores, aparentemente, estaban echando una última mirada a los hombres... y era posible que pronto tomaran una decisión. Michelson hubiese deseado saber cuáles eran las alternativas.

Al día siguiente cargaron un barreno de llama en una camioneta. El pequeño sol rojo estaba aún sobre el horizonte cuando dejaron las esclusas y marcharon hacia las colinas lanzando una larga sombra gris sobre el polvo. No habían visto aún señales del marti ese día, pero Michelson miraba alrededor buscando las polvaredas que anunciarían la llegada del nativo.

Instalaron el barreno a un kilómetro de las lomas. Funcionaba de acuerdo con el principio del soplete, abriendo un pequeño agujero en la roca y registrando los distintos estratos según la resistencia que encontraba. Descubrieron agua a quince metros de profundidad, bajo la capa de roca que era allí el suelo del desierto.

Se acercaron al pie de las lomas y perforaron otra vez, y otra vez encontraron agua. Loening trazó en el mapa una línea recta que unía los edificios con los puntos de las dos perforaciones. La prolongación de la línea atravesaba las lomas,

—Tendremos que llevar arriba el barreno —dijo Loening—. Prepárense. Es pesado.

Montaron el barreno en unos rodillos, y comenzaron a subir. Poco después llegaban al primer tramo llano del paso, boqueando, a pesar de las máscaras de oxígeno. Se sentaron a descansar y Harris y Loening discutieron si convenía perforar allí o había que llevar el barreno más arriba. Y entonces apareció el marti.

Descendió por el paso en tres saltos rápidos y se detuvo junto al barreno mirándolo con la cabeza inclinada. Luego desapareció y regresó unos minutos más tarde, descendiendo cerca de Michelson.

—No es un arma —dijo.

—No, es un barreno —dijo Michelson—. Buscamos agua.

—Sí —dijo el marti, y dio un salto de seis metros, paso arriba.

Allí se quedó, inmóvil, mirando a los terrestres. Los martis podían permanecer quietos durante horas, cuando querían. Sólo se le movían los ojos oscuros y húmedos. Miraba a cada uno de los terrestres y luego el barreno que se alzaba entre ellos. Harris observaba con atención al marti, pero Loening lo ignoraba fría-mente, mirándose los pies; parecía malhumorado a veces. Michelson se incorporó y caminó lentamente hacia la criatura.

—Estamos tratando de descubrir el curso del agua —dijo—. ¿Puedes ayudarnos?

El marti torció la cabeza a un

costado, clavando en Michelson el ojo grande y oscuro.

—¿Se dónde está el agua —dijo al fin.

—Queremos retener el agua, para que no llegue a nuestra ciudad —dijo Michelson—. Si tú nos ayudas, podremos evitar que os falte el agua.

El marti saltó a un costado, hizo una pausa, y saltó otra vez hacia las alturas del paso, perdiéndose de vista. Michelson esperó varios minutos, pero la criatura no apareció.

Michelson se unió de nuevo a sus compañeros.

—Me parece que lo asustaste —dijo Loening—. No juegan nuestros juegos.

—No hasta ahora —admitió Michelson—. Pero pienso que viven en estas lomas, y deberán tener en cuenta esta ciudad que estamos construyendo. Es hora de que empecemos a cooperar unos con otros.

—¿Nos guste o no nos guste? —dijo Loening.

Michelson asintió con un movimiento de cabeza.

—Si así lo desean ellos... o si así lo deseamos nosotros. Personalmente, pienso que tenemos mucho que ofrecernos. Este puede ser el primer paso.

—Los martis no dan *pasos* —dijo Loening—. Saltan. Brincan alrededor como saltamontes. —Estiró la boca en una mueca de disgusto.— En fin, tú puedes seguir hablando de intercambio cultural con los saltamontes, pero

pienso que sería mejor que lleváramos este barreno más arriba, si hoy queremos obtener algún resultado concreto.

Los tres hombres metieron los brazos en las correas y ya iban a arrastrar el barreno loma arriba cuando el marti apareció otra vez. Se posó junto a ellos y dijo inmediatamente:

—Puedo decirte dónde está el agua. Tú quieres que seamos amigos.

Michelson se sacó las correas y miró al marti, preguntándose durante un momento si la criatura hablaría seriamente. Pero, por supuesto, no podía saberse qué había en la mente de un saltador, como había dicho Loening. De cualquier modo, aunque fuese muy difícil comunicarse con los martis, estas criaturas no mentían.

Se volvió hacia Loening y dijo: —Tú y Harris podéis llevar el barreno de vuelta a la camioneta. El saltamontes ha aterrizado.

Siguió al marti entre las colinas, durante horas, por terrenos rocosos y desolados. Había silencio en aquellas montañas, no sólo el silencio de una atmósfera enrarecida, sino también el silencio del vacío, del abandono. Las sombras grises caían a lo largo del sendero como siluetas pálidas de color pastel, y el marti saltaba hacia adelante y hacia atrás. Parecía impaciente, excitado, y con un tono de avidez casi infantil en la voz inhumana y ronca, se detenía a veces y decía:

—Seremos amigos, Walt, cuando te muestre el agua.

Bueno, claro está, Michelson interpretaba las actitudes de la criatura de acuerdo con sus propias normas, y esto probablemente no tuviese sentido.

El marti lo obligaba a correr casi por el sendero de piedra.

Llegaron a una cavidad entre las rocas y el marti dijo:

—Aquí está el agua.

En la cavidad había una masa de barro (el polvo castaño y pesado de Marte) y el agua asomaba allí lentamente, e inundada luego el vallecito. Michelson vio en la superficie del agua una vegetación musgosa y verde, semejante a una arena movediza, un pantano antiséptico, pues no había allí insectos ni ninguna de las formas más pesadas de vegetación terrestre. Esta agua de deshielo, entre las rocas oscuras y frías de Marte, le pareció a Michelson un anticlímax lastimoso.

—Puedes detener el agua aquí —dijo el marti—. ¿Somos amigos?

Michelson volvió la cabeza y miró las lomas que se levantaban abruptamente en el otro extremo del agua pantanosa.

—¿Tú vives allí? —preguntó.

—Sí. —El marti saltó una vez, dos veces, cubriendo siempre una distancia de alrededor de seis metros, y al fin volvió junto a Michelson.— ¿Somos amigos? —dijo otra vez.

—Por supuesto —dijo Michelson, y en seguida se le ocurrió algo: —¿Sabes qué es ser amigos?

El ojo del marti lo miró dulcemente un momento.

—Sabemos algo de eso. Pero no tiene nombre entre nosotros.

Michelson advirtió de pronto que este vallecito barroso era un escenario muy poco impresionante para el encuentro de dos razas. Se sintió solo e insignificante entre las rocas envejecidas de aquel mundo, en compañía del velludo marciano. Este no era, al fin y al cabo, el mundo de los hombres. Había pasado casi toda su vida allí, y había llegado a pensar que aquel era su verdadero hogar, y no la Tierra. Pero aquí, a la sombra tranquila y gris de las rocas, sintió plenamente por primera vez que este mundo desolado pertenecía a los saltamontes, a los marcianos. Y sin tener conciencia realmente de lo que hacía, abrió la llave de la máscara y respiró el oxígeno del depósito, aunque no le faltaba el aire.

El marti se alejó dando saltos, sin decir otra palabra, dejándolo solo.

Harris y Loening examinaron cuidadosamente la zona en los días siguientes, y Michelson ordenó la construcción de un dique allí, mientras otros hombres se preparaban a sacar el agua del subsuelo de la ciudad. Esto lo tuvo ocupado varios días, y sólo dos semanas más tarde, cuando se inició la construcción del dique, empezó a preguntarse seriamente por qué el marti no habría

vuelto. Nadie lo había visto tampoco en los alrededores.

Poco después, Michelson visitaba el lugar con un coche volador para examinar la marcha de los trabajos. Habían trasladado allí maquinaria pesada, y habían levantado un campamento temporario para los trabajadores. El área hervía de actividad. Michelson examinó las huellas de los pies de los hombres en el polvo marciano, escuchó el ruido de las voces y las máquinas alrededor de él, y pensó en el día silencioso en que había estado allí solo con el marti. Hacía dos semanas... dos semanas que parecían meses.

Se alejó y se subió al coche volante. Inspeccionaría la zona. La ciudad de los martis se alzaba aparentemente en el otro extremo del paso. Esperaba poder descubrirla desde el aire. Voló a baja altura, lentamente, entre los desfiladeros rocosos, examinando el suelo con los binoculares. Se había internado ya veinte kilómetros en las montañas, y estaba casi decidido a abandonar la empresa, cuando descubrió el sitio.

Las habitaciones habían sido cavadas en la roca, en líneas verticales, en toda la pared de un precipicio. Eran veinte o veinticinco, no más. Descendió al pie del precipicio y se acercó lentamente.

Las precauciones parecían innecesarias. No había nadie. Encontró algunas cosas, unos pocos

objetos pequeños de piedra, delicadamente cincelados, algunas pieles de marti, usadas posiblemente como abrigos para el invierno, una o dos piezas de mobiliario. Pero la aldea había sido abandonada. No podía decir con seguridad cuándo se habían ido los martis, aunque parecía que hacía dos semanas vivían aún allí.

No tocó nada en las habitaciones, ni siquiera recogió una de las piedrecitas labradas. Quizá más tarde pudiesen enviar allí una expedición del gobierno para catalogar y estudiar lo que habían dejado los martis. Regresó lentamente a su máquina mirando las huellas de los pies marcianos en el polvo del cañón.

Oyó un aleteo detrás de él y se volvió sorprendido. Un marti lo miraba sorrenamente. Podía ser el mismo de las otras veces, pero parecía más pesado, y la piel era quizá más oscura.

—Hola —dijo Michelson—. ¿Somos amigos?

El marti siguió mirándolo en silencio. Las alas oscuras y pesadas lo envolvían como sombras. Al fin la criatura dijo:

—Algunos de los nuestros también están locos.

El marti desapareció con un salto rápido, agitando las alas oscuras.

Poco después Michelson se volvió y caminaba otra vez hacia la máquina, dejando unas huellas de botas en el polvo. ♦

INDICE GENERAL DE LOS NUMEROS 1-6

ABERNATHY, ROBERT		HUBBARD, P. M.	
El año 2000 .....	5, 126	El ladrillo de oro .....	2, 118
ANDERSON, POUL		JACKSON, SHIRLEY	
El campamento .....	1, 72	Boletín .....	2, 44
ANTHONY, JOHN		JAVOR, F. A.	
El hipnoglifo .....	6, 50	El triunfo de Pegaso .....	3, 93
ASIMOV, ISAAC		KNIGHT, DAMON	
El polvo de las edades ....	2, 46	¿Qué bestia torpe? .....	1, 3
La oscuridad de la noche ..	3, 84	LEIBER, FRITZ	
Toda una galaxia .....	4, 48	La anciana señorita Macbeth	1, 48
Nada .....	5, 62	MACLEISH, ARCHIBALD	
¿Quién está ahí? .....	6, 73	Epístola para ser dejada en la Tierra .....	3, 127
BALLARD, J. G.		MATHESON, RICHARD	
El Leonardo perdido .....	1, 112	Nacido de hombre y mujer	2, 3
El jardín del tiempo .....	4, 120	La chica de mis sueños ...	4, 32
El hombre iluminado .....	5, 3	MCKENNA, RICHARD	
BEAULIEK, JANE		Mi propio camino .....	3, 63
Servimos a la estrella de la libertad .....	6, 59	Regresa, cazador .....	6, 3
BEAUMONT, CHARLES		MILLER, WALTER M.	
El americano desaparece ..	5, 66	Cántico por Leibowitz .....	2, 98
BESTER, ALFRED		MOORE, WARD	
Los hombres que mataron a Mahoma .....	1, 101	El hombre que se casó con la hija de Maxill .....	2, 63
Antes la vida era distinta ..	4, 93	NELSON, ALAN	
BOUCHIER, ANTHONY		Narapoia .....	3, 79
En busca de San Aquino ..	1, 32	PORGES, ARTHUR	
La oruga rosada .....	3, 117	El Ruum .....	3, 50
Jack Nueve Dedos .....	5, 108	RANSOM, JAMES	
BRADBURY, RAY		Fred Uno .....	2, 88
La costa en el crepúsculo ..	1, 24	REED, KIT	
Todo un verano en un día	3, 45	El tigre automático .....	1, 59
BUDRYS, ALGIS		En la colonia de huérfanos.	5, 39
La orilla del mar .....	2, 6	SHAARA, MICHAEL	
El distante rumor de los motores .....	4, 43	El planeta Grenville .....	4, 83
CARR, TERRY		SHEGLEY, ROBERT	
Amigo saltador .....	6, 119	El precio del peligro .....	4, 3
CLARKE, ARTHUR C.		SMITH, CORDWAINER	
De la mente y de la mate- ria .....	1, 52	Alpha Ralph Boulevard ..	3, 3
Superioridad .....	6, 40	STURGEON, THEODORE	
DAVIDSON, AVRAM		El hombre que perdió el mar .....	3, 34
El Golem .....	3, 29	VAN VOGT, A. E.	
EMSHVILLER, CAROL		Proceso .....	6, 112
Día en la playa .....	5, 30	WEST, JOHN ANTHONY	
HEINLEIN, ROBERT A.		George .....	2, 49
Todos ustedes, zombies .....	4, 19	Fiesta en Managuay .....	5, 113
HENDERSON, ZENNA		WHITE, JAMES	
Aiyat .....	2, 23	Viaje de ayuno .....	5, 74
Galaad .....	4, 57	YOUNG, ROBERT F.	
Potaje .....	6, 82	Romance en un depósito de coches usados del siglo XXI	5, 45



edición inglesa  
**VENTURE SCIENCE FICTION**

edición francesa  
**FICTION**

edición japonesa  
**S-F**

edición alemana  
**EINE AUSWAHL AUS FANTASY AND SCIENCE FICTION**

edición italiana  
**FANTASIA E FANTASCIENZA**

edición castellana  
**MINOTAURO. FANTASIA Y CIENCIA-FICCION**

"THE MAGAZINE of FANTASY AND SCIENCE FICTION publica la mejor ciencia-ficción y la mejor literatura fantástica que se escribe actualmente y prácticamente todos los relatos de ciencia-ficción de verdadero valor literario que puedan encontrarse en el género". (Library Journal).

La Vigésimoprimerá Convención Mundial de Ciencia-Ficción reunida en Washington ha proclamado a THE MAGAZINE OF FANTASY AND SCIENCE FICTION "la mejor revista del mundo en 1963". F & SF había obtenido ya esta máxima recompensa (el Hugo) en 1958, 1959, y 1960.



**ediciones minotauro**

las obras maestras de la ciencia-ficción  
 la aventura de la ciencia  
 la literatura fantástica contemporánea

El hombre ilustrado, de Ray Bradbury (2ª ed.) - Más que humano, de Theodore Sturgeon (2ª ed.) - La tierra permanece, de George R. Stewart - El color que cayó del cielo, de H. P. Lovecraft (2ª ed.) - Fahrenheit 451, de Ray Bradbury (2ª ed.) - Señor de las moscas, de William Golding - El cuerno de caza, de Sarban - Sirio, de Olaf Stapledon Regreso, de Theodore Sturgeon - Soy leyenda, de Richard Matheson El filo del futuro, de Howard Fast - El tiempo de la noche, de William Sloane - Los cristales soñadores de Theodore Sturgeon - Las doradas manzanas del sol, de Ray Bradbury. En venta en todas las librerías.